

Hugo Correa

El valle de Luzbel



Lectulandia

Carlos Sánchez, un hombre viudo y jubilado, ve su apacible vida interrumpida por una serie de encuentros casuales que lo llevarán a vivir una inesperada y fascinante aventura. Su interés por la historia, la teología y la ciencia lo llevan a conocer a Ismael Fernández, un poderoso y enigmático hombre de negocios que le heredará sus riquezas y un misterio más allá del entendimiento humano. Misticismo, religión y ciencia ficción se entremezclan con exóticas aventuras, conflictos internacionales y civilizaciones perdidas. El mito del ángel caído y las teorías extraterrestres del origen de la raza humana son parte de una historia contemporánea de suspenso que confirma a Correa como un autor adelantado a su tiempo.

Lectulandia

Hugo Correa

El valle de Luzbel

ePub r1.0

mnemosine 23.04.18

Hugo Correa, 2015

Editor digital: mnemosine
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

EDICIÓN CONMEMORATIVA



5º ANIVERSARIO EPUBLIBRE.ORG

*A mi esposa, Ximena Rueda,
y a mis hijos, Ximena, Hugo, Alejandro,
Francisco Javier y María Paz*

Advertencia al lector

La acción del protagonista en esta novela se describe en primera, segunda y tercera persona, sin una secuencia determinada, para darle agilidad a la narración.

Mi interpretación del mito de los preadamitas —una raza humana anterior a Adán— se apoya en mis personales hallazgos tanto en el Antiguo como Nuevo Testamento, aunque cito antecedentes ya planteados por algunos estudiosos de la Biblia.

Para la rebelión de Luzbel me atengo a interpretaciones canónicas, aunque su sentido final es de mi responsabilidad.

Las Crigal (criaturas intergalácticas) son una creación mía, y las describí por primera vez, sin este nombre, en el diario *La Nación* de Santiago, el 31 de enero de 1960. El 16 de diciembre de 1967 insistí en el tema a través de *El Mercurio*, también de esta ciudad.

El valle de Luzbel puede ser considerada una novela New age.

El autor

«Él confiaba igualar al Altísimo aunque este se opusiera...»

JOHN MILTON

«Los hombres no pueden conocer la verdad, porque son mortales.»

PROVERBIO JAPONÉS

Hoy es la fiesta de Magdalena. ¡Tanto que me cuesta salir cuando empiezan los fríos! Pasados los sesenta años la comodidad se apodera de uno. Pero Magdalena me había llamado temprano para recordarme el compromiso, y no podía echar pie atrás. Con cierta tristeza me despido de mi panorama para esa tarde —el de todos los días—; acostarme temprano en el dormitorio que le arriendo a una apática viuda, ya madura, y ponerme a leer una historia de Mesopotamia. Luego las noticias en la tele y alguna película, cuando hay una pasable. Así he vivido desde que me obligaron a jubilar, hace dos años, y no veo cambios porque soy incapaz de intuir los hechos que a la larga fueron trascendentales para mí, como mi encuentro en el metro con Magdalena esa mañana.

—¡Don Carlos! Trabajamos juntos en Soinco... ¿No se acuerda de mí?

—¡Magdalena Silva!, ¿no? Era secretaria de la gerencia... La encuentro más delgada, eso sí. —Hacía más de veinte años que no la veía, y en ese tiempo una persona no solamente puede bajar algunos kilos...

—En cambio usted está igual, don Carlos. Canoso, solamente, pero le queda muy bien.

Hija de un médico conocido, se había separado por la época de su llegada a Soinco, quedándose con dos hijas, recuerdas. Te cuenta que, casada de nuevo antes del triunfo de Allende, su marido debió asilarse el 11 de septiembre. Lo acompañó a México, donde prosperó trabajando como consultor de una empresa de comercio exterior, pero a los cinco años había muerto en un accidente automovilístico.

—Y aquí me tiene, viuda, y de vuelta al terruño —suspira—. Descanso, visito a mis amistades... ¿Y usted?

—Sigo viudo, como entonces, y jubilado, además. No creo que vuelva a casarme. Aunque lo he pensado a veces.

—En unos diez días más, antes de que termine mayo, voy a dar una pequeña fiesta. Yo le confirmo la fecha. Tengo amigas muy buenamozas, y a lo mejor le interesa alguna.

La personalidad alegre, atractiva, contagiosa de Magdalena, contribuyó a sacarme de mi «sagrada rutina», como la define Thomas Mann describiendo a Isaac, creo. Solo asisto a las fiestas de mis hijos, Verónica y su marido, un ingeniero comercial, y Carlos, también casado, cuya existencia ha transcurrido en medio de sobresaltos económicos. Nunca has podido ayudarlo, porque tu jubilación apenas te alcanza para darte vueltas, y a veces, el mes se te hace eterno. Entre Carlos y Verónica reúnes siete nietos, hombres y mujeres.

Magdalena vivía en un gran departamento, a una cuadra de la estación El Golf. La tarde, bastante helada, lo obligó a caminar rápido entre altos edificios y árboles frondosos. Magdalena acude a recibirlo efusiva en el ambiente cálido, acogedor de su casa. Pidió silencio a la concurrencia, y su ampulosa presentación lo inhibió un tanto. Estrechó un círculo de manos, de personas mayores, y solo tres o cuatro jóvenes. Me ofrecieron un trago, y me quedé en un grupo donde se conversaba de política, tema que jamás he dominado a pesar de lo inevitable. Pero el hombre bajo, de barriga prominente y voz gruesa, que comentaba un bullado escándalo municipal, pródigo en detalles graciosos y malévolos, hacía reír de veras. Vuelve Magdalena, se disculpa con los demás, y te dice al oído:

—Quiero presentarle a Ismael Fernández Santapau. Es un mexicano muy poderoso, y está haciendo inversiones en Chile. Lo conocí en México, y le tengo mucho aprecio.

Alto, bien vestido, de unos cincuenta años, o quizá menos, pelo negro y bigote cuidado. El rostro proporcionado y su mirada de cernícalo poseían algo desconcertante que me despertó una curiosa y fugaz inquietud, porque su inusitada cordialidad, que sorprendió a la propia Magdalena, me hizo olvidar esa impresión.

—¡Gusto de conocerlo, señor Sánchez! —Su actitud y voz de barítono reflejaban una oculta agresividad—. Le presento a la señora Clemencia Rodríguez, una amiga.

Recordaba haber visto su espigada silueta, su cabellera abundante, con reflejos rojizos, y sus ojos expresivos. Sonrió discretamente al saludarlo, y su rostro atezado recuperó una cierta impasibilidad. Debía tener alrededor de cuarenta años.

—¡Lo envidio! Cómo me gustaría olvidarme de los negocios y dedicarme a descansar —exclamó Fernández, al enterarse de mi condición de jubilado.

Se explaya entusiasta sobre sus inversiones en Chile, la solidez de la economía, la buena organización institucional y el orden administrativo.

—Conozco poca gente en Santiago, y me encantaría volver a verlo, señor Sánchez. ¿Podría almorzar conmigo en mi casa el viernes, digamos, o sea, pasado mañana? O el día que me indique.

La invitación te pilla desprevenido.

—Bueno... por supuesto que sí. ¡Me encantaría! —dije, vacilante.

—¡Perfecto! ¿Tiene auto o prefiere que lo mande a buscar? Porque vivo arriba, en San Damián.

—No, no tengo auto.

El mismo hombre que relataba el escándalo edilicio se acercó al grupo del mexicano.

—Don Camilo Ibarra, concejal de Las Condes —se apresuró Magdalena a presentarlo. Y excusándose con Fernández, se llevó de allí a Carlos.

—¡El viernes a las doce y media, don Carlos, lo pasará a buscar mi chofer! No se

olvide —te dice el mexicano con su voz decidida.

—Se ha conquistado a Ismael, don Carlos. Es una persona que conviene tener de amigo. ¡Tiene mucho, pero mucho poder!

Te limitas a mover la cabeza afirmativamente, aún sorprendido por el curioso interés que el mexicano te dispensara, mientras Magdalena te conduce hasta un sofá donde hay tres mujeres, todas de aspecto poco memorable.

—Don Carlos Sánchez sabe mucho de cosas esotéricas, de civilizaciones desaparecidas, todos esos temas que tanto te gustan —le dice Magdalena a la del medio, de rostro afilado, ratonil y ojillos penetrantes. Y a Carlos—: Rafaela hace unas interesantes reuniones en su casa, siempre con invitados especiales.

—No me acordaba de haberle hablado de esas cosas —manifesté, mirando asombrado a Magdalena—. ¡Qué buena memoria tiene!

—Mañana tengo una reunión en la que abordaremos un tema que puede interesarle, señor Sánchez: los preadamitas.

—¿Qué es eso? —inquirió Magdalena.

Rafaela fijó sus astutos ojos en Carlos, exhibiendo unos dientecillos también de roedor.

—Algunos sostienen que existió una raza humana anterior a Adán. De ahí el nombre de «preadamitas». —Carlos se dirigió a Magdalena. Y volviéndose a Rafaela, dijo—: ¡Pero es una herejía!

—¡Me encantan las herejías! Por favor, señor Sánchez, no deje de ir mañana.

—Puedo pasarlo a buscar, don Carlos, si es que no tiene otra cosa que hacer —se apresuró Magdalena.

En menos de una hora ya tenía dos convites, al cabo de años de una vida ajena a todo tipo de compromisos. Ahora Magdalena lo conducía a un rincón vecino de la terraza, donde dos hombres conversaban calmosos.

—¿Te acuerdas de don Carlos Sánchez, Esteban? —preguntó la mujer al más bajo, un tipo de unos sesenta años, de rostro redondo, saludable y pelo escaso. Y aunque más grueso, reconoces de inmediato a Esteban Sanhueza, abogado de Soinco en tus tiempos, aunque entonces se dejaba el pelo largo en exceso. Con su acompañante, otro abogado, te quedas recordando personas y hechos de una época que se te antoja prehistórica.

—¿Quieres que te lleve? —me ofreció Esteban, cuando resolví marcharme a eso de la una de la madrugada.

Salimos a la noche helada, neblinosa.

—¿Por qué dio esta fiesta Magdalena?

—Supongo que quiere reencontrarse con sus amistades —replica Esteban—. Estuvo muchos años fuera.

Subían por Apoquindo con mucha parsimonia, en medio de un tránsito

disminuido. Pero una ambulancia de luces parpadeantes y con su sirena alterando el silencio relativo de la calle, se les cruzó de pronto. Esteban respiraba acompasadamente, bastante congestionado.

—Me contó que su marido había muerto en un accidente.

—¿Eso te dijo? —Esteban te mira de reojo, risueño—. Pero lo mataron.

—¿Cómo lo sabes?

—Por un cliente que conoció el caso. Un neumático trasero del auto de Julio Estrada tenía un impacto de bala, ¿ves? Iba por un camino al lado de una quebrada y, al parecer, le dispararon desde otro vehículo. El auto saltó desde bastante altura a un riachuelo, que lo arrastró más de un kilómetro. Costó mucho sacarlo.

—¿Y por qué lo mataron?

—Estrada era muy picado de la araña, y debió meterse con la mujer de algún capo. La «plomonía» es una de las enfermedades más corrientes allá. ¡Aun con buen tiempo! —Y lanzó una carcajada.

También Carlos rió.

—¿Conocías a Ismael Fernández?

—De presentación donde Magdalena. Pero de referencias, desde México.

—¿Qué tal persona es?

La calle se abría despejada, con edificios nuevos por el lado derecho y casas antiguas a la izquierda, convertidas casi todas en oficinas.

—Como todos estos personajes que no saben qué hacer con sus millones. Se le considera uno de los hombres más ricos de México, y del mundo.

—Me invitó a almorzar a su casa pasado mañana.

—Entiendo que tiene una mansión en Las Condes. Magdalena me la describió. Como amistad te conviene, aunque estos tipos no dan puntada sin hilo. Tú tienes parientes poderosos, ¿no?

—La próxima es Jorge VI —le adviertes, un tanto desconcertado por su pregunta. Por ese lado nada podría darle yo a Fernández. Mis parientes nunca se han preocupado de mí, excepto el tío Eulogio, que está muerto. Tampoco voy a pedirles algo ahora, después de todos estos años.

—Son meras especulaciones mías. Fernández es muy suspicaz, desconfiado, de esos que siempre temen que se les acerquen para pedirles algo, aunque lo disimulen. Siempre es bueno estar prevenido, ¿entiendes?

—Acércate a la vereda. Aquí vivo, en el segundo piso.

—¡Qué agradable! Estos edificios de tres o cuatro pisos me encantan. —Esteban detuvo el auto.

—Y Clemencia Rodríguez, ¿es su amiga?

—En algún momento creo que sí. Estuvo casada con Pablo Bernal, que ocupó un alto cargo en el BID. Ahora está aquí de nuevo, trabajando por su cuenta.

—¡Qué interesante lo que me has contado! Te lo agradezco.

Me levanté pasadas las siete y media, que es mi hora tope. Si permanezco en cama una vez despierto, suelen venirme depresiones. Desayunaba cuando Ana Luisa partió a su trabajo. Es una de tus ventajas de vivir aquí, porque te quedas solo todo el día. Ana Luisa nunca llega antes de las siete. Visita a una hermana, o a alguna amiga, y también cultiva un amor, aunque es un tema que nunca aborda. Discreta, algo pesimista, de cuerpo más bien cuadrado y nariz ligeramente torcida, sus escasas sonrisas le dan un cierto atractivo. Cuando vuelve, generalmente estoy en mi habitación, porque no como de noche: solo tomo una taza de té.

Mi dormitorio alberga todos mis tesoros, que son escasos, porque muchos libros, algunos grabados y adornos, los repartí entre mis hijos cuando debí vender mi departamento. Pero poseo un televisor y un pasapelículas, una pequeña estufa a gas licuado que enciendes al atardecer, y raras veces en las mañanas, por extremo que sea el frío. Tu presupuesto es muy ajustado, y las expectativas de ingresos extras son nulas a estas alturas de tu vida. Ruego a Dios que mi jubilación me alcance para afrontar mis últimos años con un mínimo decoro. Porque la vida aún guarda sus atractivos, aunque solo sea para seguir con mi actual rutina.

La ventana de mi habitación, orientada a los Andes, me brinda el sol desde su salida, y también la visión de las cumbres nevadas, o las crestas abruptas y laderas rojizas durante el verano.

Al instalarse a leer el diario, recordó su compromiso de almorzar al día siguiente con Ismael Fernández, algo insólito en sus costumbres cotidianas de los últimos años. Su primo Gregorio Correa solía invitarlo al club o a su casa, pero dejó de hacerlo luego de su infarto, que desencadenó además su avaricia congénita. Y la tía Consuelo, hermana de mi madre, que también preparaba algunas de sus especialidades, murió hace cinco años.

Eres tú el que se preocupa de visitarla ahora, cuando acudes al sepulcro de tus padres en el Cementerio Católico todos los meses.

Mientras hojeas el diario, piensas que tu relación con Fernández, tan auspiciosamente iniciada, no se prolongará en exceso, porque carezco de los medios para corresponder una atención. Huyo de esos almuerzos periódicos, a los que son tan adictos los jubilados. Y pasar a convertirme en una especie de cortesano del magnate, dispuesto a celebrarle hasta sus eructos para asegurarme sus invitaciones, lo descarto por completo. Amo mi independencia. Sin duda mi intuición se negaba a iluminarme. También recuerdas que esta noche es la reunión donde la amiga ratonil de Magdalena, porque el tema de los preadamitas te interesa. Nunca has hallado bibliografía, excepto en algunas enciclopedias, que poco o nada dicen.

Te preparas un café, porque el frío cunde, y retomas el libro de Mesopotamia. Te

sumerges en ese pasado remoto, con sanguinarios monarcas que disponían a su antojo de la vida de sus súbditos. ¡Y qué decir de sus prisioneros en el campo de batalla! Los adversarios de esos brumosos reyes debían sufrir indescriptibles crueldades, en cambio su pueblo y sus cortesanos, siendo leales, algo disfrutaban. Porque para vivir satisfaciendo todos los caprichos en esas épocas había que ser el rey en persona, aunque él también sabía su vida amenazada por imprevistos enemigos. Pero allí se sentaron las bases de nuestra civilización, entre indecibles sufrimientos. Uno debe agradecer que le haya tocado vivir en un período bastante tolerable.

Aunque, ¿son mejores nuestros tiempos? Habría que preguntárselo a los judíos en tiempos de Hitler, o a los rusos con Stalin. Porque los que integramos la gran masa anónima de la humanidad debemos golpearnos el pecho a dos manos si nos garantizan una vida medianamente aceptable, libre de grandes zozobras, catástrofes o enfermedades.

Magdalena pasó a las 21.45. Con un traje oscuro, de botones dorados, Rafaela parecía la sacerdotisa de algún exótico ritual. Había otras dos personas, una mujer relativamente joven, muy delgada, y un hombre de tez oscura y pelo blanco, abundante, de unos cuarenta años. Rafaela se lo presentó como Antonio Acorsi, dueño de una importadora de telas finas. Su voz baja, que no subía de tono, provocaba un efecto hipnótico. Lo saludó con discreta cordialidad y siguió su conversación con la flaca. Pero entonces interrumpió su charla para mirar hacia la puerta. Su rostro y mirada adquieren una particular expresión, y te encuentras con Clemencia Rodríguez, que te saluda con mucho afecto. A los demás se limita a hacerles venias. Acorsi no le separaba sus ojos oscuros, y al encontrarse con los míos, me dirigió una enigmática sonrisa, como de complicidad, que me desconcertó bastante.

Pronto había en el salón unas doce personas o más, todas mayores. Entonces sonó el timbre, en uno de esos escasos momentos de unánime silencio que suelen producirse en las reuniones, y Rafaela fue a abrir. Y volvió con un hombrecillo encorvado, de unos cien años, pensé. Caminaba sin embargo con bastante agilidad, mientras Rafaela lo conducía al centro de la habitación.

—Les presento al profesor Torcuato Elizondo. Es un distinguido especialista en temas bíblicos, y se encuentra de paso por Chile. Con él conversaremos sobre algo fascinante, que prefiero no adelantarles. Por favor, señor Elizondo, siéntese en este sillón que le tengo especialmente preparado.

Así lo hizo el vejete, tomándose su tiempo.

—¡Muchas gracias, Rafaela, por su amable presentación! —Sorprendía su voz entera, varonil—. Tuve la gran suerte de haber conocido a una eminencia en el tema, el profesor madrileño Rodrigo Benalcázar, que murió hace más de cincuenta años. Yo tenía dieciocho cuando le escuché una conferencia que dictó en Madrid, y como me

vio tan entusiasmado, a partir de entonces empecé a visitarlo seguido, y a su sabiduría le debo todo lo que sé.

Recordó cómo había conocido a Rafaela una semana antes, gracias a su amistad con unos parientes chilenos, donde Elizondo se alojaba. Seguramente había abordado ese tema centenares de veces, y de pronto retrocedía cuando se saltaba alguna frase en especial, como si recitase un texto memorizado. Pero su evidente entusiasmo logró contagiarme.

Empezó sosteniendo que los preadamitas aparecen claramente descritos en el capítulo 1 del Génesis, versículo 27: «Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios le creó, macho y hembra lo creó». Aquí no se dice que la mujer fue hecha de una costilla de Adán, como se lee en el capítulo 2. Entre los preadamitas y Adán transcurre un largo período, quizá miles o millones de años, a juicio de Benalcázar. De carne y hueso como nosotros y de una gran belleza, los preadamitas casi igualaban a los ángeles en cuanto a perfección espiritual, porque siguen a estos en el proceso de la Creación.

Según antiquísimos y desconocidos textos a los cuales Benalcázar tuvo acceso, Dios había dejado a los preadamitas bajo la directa tuición de Luzbel, su arcángel favorito. Y así esta raza no tardó en poblar toda la superficie de la tierra primigenia. Aún más: desde nuestro planeta se esparció hasta los confines del cosmos, gracias a unos seres especialmente creados por el Altísimo, capaces de ir a cualquier lugar del universo en pocos segundos. O sea, antes de la caída de Luzbel, los preadamitas ya poblaban los billones de mundos que debe haber en todas las galaxias.

—¿Cómo eran esos seres que los llevaron? ¿Los describe Benalcázar? —le pregunto, de veras interesado, mientras un confuso, lejano recuerdo de mi niñez, empieza a perfilarse.

—Benalcázar no lo sabía. Pensaba que eran criaturas distintas a las planetarias, más espirituales que materiales, semiangélicas, en resumen. Pero capaces de transportar a los preadamitas a través del universo. Volviendo a nuestro tema: como el ángel más bello del cielo quería regir a sus súbditos sin darle cuenta a Dios, se rebeló contra él y fue castigado. Y aunque no intervinieron en la lucha, que ocurrió a «altísimo nivel», en el mejor sentido de la expresión —aquí todos sonrían—, también a los preadamitas los alcanzó la ira de Dios. Para empezar, horrorosos cataclismos sepultaron su civilización en el fondo de los océanos y de los continentes, donde el hombre nunca podrá encontrarla. Pero lo peor de su castigo consistió en la creación de Adán y Eva, con lo cual fueron relegados a un segundo plano. Y en todos los planetas donde se establecieron los preadamitas, el Señor creó adanes y evas para anularlos. Pero los preadamitas, que también serán alcanzados por la redención al fin de los tiempos y recibirán el perdón divino, eran y siguen siendo inmortales. Lo que nada tiene de raro, porque con el fruto del árbol de la vida que había en el Edén, al propio Adán se le dio la oportunidad de ser inmortal, pero la perdió al ser expulsado de allí.

Mientras mi mente se convertía en una especie de torbellino, intentando atraer a mi memoria esa lejana experiencia, noto cómo Acorsi mira a Clemencia en un inútil intento de captar su interés, porque la mujer lo ignora en absoluto. El jardinero... Sí: era una vivencia que de alguna manera se había quedado bloqueada en mi memoria, tal vez por su misma distancia en el tiempo, aunque ahora afloraba a través de la exposición de Elizondo.

—Es en el mismo Génesis (4,14 y 15) donde encontramos otro antecedente sobre la existencia de una raza anterior a Adán; cuando Caín mata a su hermano Abel. — Con su mano temblorosa, extiende un papel que había sacado de su bolsillo—. Al ser castigado por su crimen, Caín apela ante el Señor diciendo que al convertirlo en un vagabundo por la Tierra «cualquiera que me encuentre, me matará». Y respondió Yahveh: «Quienquiera que matare a Caín, lo pagará siete veces», y puso una señal a Caín para que nadie que lo encontrase lo atacara. —Elizondo prosigue—: ¿A quién podía temer Caín, cuando en esa época los únicos pobladores del mundo eran él y sus padres? Porque el pasaje se refiere obviamente a personas y no a bestias feroces. Yahveh comprende tácitamente el temor de Caín y lo ayuda. ¿Contra quién o quiénes? Evidentemente se alude a los preadamitas, que habían antecedido a Adán y su linaje en nuestro planeta.

Por lo menos a mí, su explicación me sonó verosímil.

—En cuanto a la inmortalidad de los preadamitas, también se encuentra ratificada en el Nuevo Testamento. —Y vuelve a su nota—: Vean los versículos 16,28 de San Mateo: «Yo os aseguro: entre los aquí presentes —y nos mira a todos con una expresión premonitoria— hay algunos que no gustarán la muerte hasta que vean al Hijo del Hombre venir en su reino». Y eso se repite en San Marcos 9 y San Lucas 9,27. Pero no solo los evangelios citados aluden a la inmortalidad de algunos seres humanos. También san Pablo, en Tesalonicenses 4,15, afirma: «Os decimos esto como palabras del Señor, no nos adelantaremos a los que murieron». Y al decir «nosotros» san Pablo no se incluye, sino que se refiere a una parte del género humano.

—Bueno: los inmortales que estén entre nosotros, que levanten la mano. No se lo diremos a nadie. —Todos rieron de buena gana, incluyendo Elizondo, ante la voz timbrada de Acorsi.

—¡Eso nunca ocurrirá! —exclamó el anciano—. De haber inmortales aquí, jamás se delatarían, porque no podrían vivir tranquilos, como ustedes comprenderán. La soledad es y será siempre la compañera inseparable del inmortal.

Lo dijo con particular solemnidad, como quien enuncia una decisiva sentencia.

—Y a propósito de san Pablo, un escritor francés del siglo XVI, Isaac la Peyrère, vuelve a poner en el tapete la idea de los preadamitas, e intenta demostrar que la tierra de Canaán estaba ya poblada por seres humanos antes de la creación de Adán, basándose en los versículos 5, 12, 13 y 14 de la Carta a los Romanos.

Y recitó *in extenso* el texto paulino: «12 por tanto, como por un solo hombre entró

el pecado en el mundo y por el pecado la muerte y así la muerte alcanzó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron; 13 porque hasta la ley había pecado en el mundo, pero el pecado no se imputa no habiendo ley; 14 con todo, reinó la muerte desde Adán hasta Moisés, aun sobre ellos que no pecaron con una transgresión semejante a la de Adán...».

—El texto del apóstol es bastante claro. Porque, ¿no es obvio el sentido de la última frase? —Y Elizondo nos miró, mientras sostenía sus notas—. Esos que no pecaron como Adán necesariamente tenían que ser los preadamitas, ¿no les parece?

—Perdone, señor Elizondo —le interrumpo, con mucho respeto—, pero la epístola dice que «reinó la muerte desde Adán hasta Moisés, aun sobre aquellos...», etc. Y los preadamitas, según nos dijo, eran inmortales.

—El apóstol alude a la inmortalidad espiritual, no física —me responde, benévolo—. Pero le agradezco su alcance, porque me permite traer a colación uno de los argumentos más brillantes de Benalcázar en apoyo a sus ideas. En el Credo, una de las oraciones cumbres de los cristianos, se dice textualmente: «Desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos...». Se refiere por supuesto a Cristo y a su papel de Juez Supremo en el día del Juicio Final. Se subentiende que el Hijo de Dios viene a juzgar a «muertos» ya resucitados para el efecto. Es decir, a vivos, porque de lo contrario esa afirmación carecería de sentido. Pero se usa esa palabra para distinguirlos de los «vivos» de la plegaria, o sea, los preadamitas, que «no gustarán de la muerte hasta que vean al Hijo del Hombre venir en su reino», según san Mateo. Así el Credo reconoce implícitamente, pero acudiendo a una magistral sutileza, la existencia de esa raza inmortal, que se halla esparcida por todo el universo, y es tan numerosa como «las estrellas del cielo». Pero a los ojos del Hacedor está espiritualmente muerta.

Sin duda que Elizondo conocía muy bien su tema y prefiero no insistir.

—O sea, para el señor Benalcázar solo los preadamitas fueron diseminados por el universo mediante esos seres del espacio, pero Adán y su linaje no.

—Dios puso todo su amor en la creación de los preadamitas, otorgándoles grandes cualidades y poderes. Pero a la caída de Luzbel los consideró contaminados de mal dada su larga sumisión al arcángel rebelde, de acuerdo con Benalcázar. Mi maestro se basaba en el 16,9 del Eclesiástico, que dice: «No se apiadó de la nación perdida, de los que estaban engreídos en sus pecados». La Escritura alude aquí a los primitivos habitantes de Canaán, que para La Peyrère eran los preadamitas. Pero Dios fue misericordioso con ellos, según veíamos. Porque a juicio de Benalcázar, los preadamitas habrían actuado bajo el llamado «temor reverencial», que sentimos ante un superior jerárquico, y el Altísimo no podía ignorarlo.

Su notable erudición nada dejaba sin respuesta.

—A Adán y Eva no los hizo por separado, como a sus predecesores. Benalcázar pensaba que Dios no había considerado positiva la creación de hombres y mujeres como seres independientes.

—Pero ¿¡por qué!? —Muchos rieron ante la vehemencia de Rafaela.

—Nunca lo explicó, para no meterse en honduras teológicas. Como fuese, Dios quiso enmendar este error haciendo a Eva de una costilla de Adán, es decir, estableciendo desde el principio un vínculo indisoluble entre ambos. Además los circunscribió al Edén, y después de la Caída, a la Tierra, porque no les otorgó la facultad de comunicarse con esas criaturas que transportaban a los preadamitas a otros mundos, y que estos, decía Benalcázar, aún conservan.

—Además de la inmortalidad, porque nosotros quedamos expuestos a la muerte en todas sus formas: accidentes, catástrofes naturales, enfermedades, asesinatos —comento.

—Es que Dios y su corte angélica pertenecen al ámbito espiritual o preternatural. Pero cuando crea el mundo de la materia o naturaleza, donde vivimos, el Hacedor lo dota de sus propias leyes, que son distintas a las de su ámbito. Estas pasaron inadvertidas en las etapas preadamítica y edénica, que en parte fueron como prolongaciones del medio celestial, explicaba Benalcázar. Pero a raíz de la Caída, Adán y Eva debieron enfrentar en todo su rigor las leyes de la naturaleza, es decir, la supervivencia del más apto. El mundo natural no se halla regido por la justicia ni la seguridad, como las entendemos. No morimos y vivimos según nuestros merecimientos, y de ahí que mueran niños, jóvenes o personas bondadosas. Puede matarnos la maldad o irresponsabilidad humanas, y de todas maneras lo harán los inamovibles principios del mundo material, que al Hacedor no le interesa cambiar, porque funcionan bien. Y perdimos Su protección frente a ellos con el pecado original. Pero tanto a los preadamitas como a los hombres, Dios les dio un alma mediante la cual nos mantenemos unidos a Él, y que no les fue concedida a las restantes criaturas de la Tierra. Porque de acuerdo con nuestro buen comportamiento en este mundo, el Altísimo nos recompensará al morir llevándonos a su morada.

Sus planteamientos sonaban coherentes.

—Pero los preadamitas no mueren, y pasarán de esta impredecible vida a la gloria eterna —añado con algún escepticismo.

—Bueno, pero así como Dios hizo casi perfectos a los preadamitas, concedió a Adán y su descendencia una gran capacidad de superación, para que se redimiesen a través de su ingenio, esfuerzo y resistencia a la adversidad, en este valle de lágrimas. Y también los preadamitas deberán hacer méritos. Se les ha exigido una gran humildad y discreción, pues aunque han convivido desde el comienzo con los hombres, les está vedado revelarles su origen anterior a Adán. Es otro aspecto de su castigo. Y aunque tampoco Adán debe haber dejado muy satisfecho al Señor, favoreció a su raza enviándole a su propio Hijo para salvarla.

Sus palabras arrancan un murmullo de aprobación, pero notas una expresión irónica en Acorsi.

—Porque también Cristo debió encarnarse en todos los planetas en que los adanes y evas llegaron a desplazar a los preadamitas como pobladores principales —prosigue

Elizondo, acudiendo a su papel—: En Colosenses 1,19,20, san Pablo afirma: «Pues Dios quiso habitar plenamente en Cristo, y por medio de Cristo quiso poner en paz al universo entero, tanto lo que está en la tierra como lo que está en el cielo, haciendo la paz mediante la sangre que Cristo derramó en la cruz». Es evidente que al decir «lo que está en el cielo» el apóstol alude a los habitantes racionales de otros mundos. Y esta conclusión es de un compatriota de ustedes, el jesuita chileno Manuel Lacunza, que la plantea en el volumen III, párrafos 436 y siguientes, de su maravillosa obra *La venida del Mesías en gloria y majestad*.

Sus argumentos otorgaban credibilidad a un tema basado exclusivamente en cuestionables hipótesis.

—Además, Benalcázar contaba que había existido hasta comienzos de la Edad Media una secta de adoradores de Luzbel. Era muy secreta, inspirada en el Antiguo Testamento y en ciertos textos apócrifos, porque en ese tiempo el auge del cristianismo los exponía a serios peligros. Cabe destacar que en Colosenses 2, 18 san Pablo previene contra «el culto a los ángeles». O sea, era algo que ya preocupaba a los cristianos. Pero a decir de Benalcázar, más que una secta religiosa, los luzbelistas constituían una sociedad secreta. Y además había leído en algunas informaciones periodísticas que los adoradores de Luzbel subsisten en nuestros días.

La empleada empezó a servir el café.

—Y esos seguidores o adoradores ¿son los preadamitas? —preguntas.

—Eso creía mi maestro —replica el anciano, mientras revolvía su tacita—. Porque siendo inmortales, muchos aún se encuentran en nuestro planeta.

—Pero los preadamitas se mezclaron con los descendientes de Adán, supongo —insistes—. ¿O forman una raza aparte, aquí en la Tierra?

—Es una buena pregunta —comenta Elizondo—. No necesariamente los preadamitas debieron unirse a los hijos de Adán, porque al procrear entre hermanos, o padres con hijos, la raza humana se habría degenerado. Y de ahí provendría el famoso capítulo 6 del Génesis sobre los hijos de Dios y las hijas de los hombres. Los hijos de Dios serían los preadamitas.

Elizondo procedió a extender otro papel sacado de su bolsillo, no tan arrugado como el anterior.

—«Cuando la humanidad comenzó a multiplicarse sobre la faz de la tierra...» —empezó a leer, acomodándose los anteojos.

Mi memoria se aclaraba cada vez más, y ahora prácticamente todo lo ocurrido esa lejana mañana cobraba una sorprendente nitidez, mientras Elizondo recitaba el enigmático pasaje.

—«Entonces dijo Yahveh: No permanecerá para siempre mi espíritu en el hombre, porque no es más que carne; que sus días sean ciento veinte años». Lo que sigue solo tiene relevancia porque apoya la existencia de los preadamitas, según aparece citado en el Eclesiástico 16,7: «No perdonó Él a los antiguos gigantes, que se rebelaron fiados en su fuerza». Porque de la unión entre preadamitas y los hijos de Adán nacieron también los nefilim o titanes, que habrían tratado de imponer el culto a Luzbel después de su rebelión, y fueron castigados. Pero volviendo a lo nuestro: esos mestizos, por así llamarlos, hijos de preadamitas y los descendientes de Adán, podían vivir un poco más de un siglo, pero sus hijos, a su turno, terminaron por asimilarse a nosotros y deben ser nuestros iguales, pensaba Benalcázar. Esta misma convivencia inhibió más a los preadamitas para revelar su origen que la misma prohibición divina, porque su inmortalidad habría sido imposible de explicar y menos de justificar ante los descendientes de Adán, aunque en esos tiempos se aceptaba lo sobrenatural como algo cotidiano. Eso decía Benalcázar.

—Pero el Diluvio Universal hizo desaparecer a todo el género humano, excepto a Noé y su familia, que se salvaron en el arca. —Hago el alcance en un tono dubitativo.

—Exactamente. Los mestizos de hombres y preadamitas también tuvieron que morir. Pero los verdaderos preadamitas, que aún permanecían en la Tierra, se salvaron en razón de su inmortalidad, así fuese construyendo balsas o aferrados a lo

que flotase. O quizá esas criaturas del cielo se los llevaron a otros mundos, y los trajeron de vuelta cuando nuestro planeta se hubo secado. Porque el castigo no era para ellos. Pero a los hijos de Noé se les presentó el mismo problema que a los hijos de Adán con su descendencia. Y si Dios había permitido antes la unión de estos con los preadamitas, no tenía por qué prohibirla después del diluvio, según Benalcázar.

Aunque el raciocinio de Elizondo llevaba la especulación a dimensiones inéditas, mis recuerdos infantiles le otorgaban una extraña credibilidad.

—O sea, cualquiera de los que estamos aquí puede ser descendiente de preadamita, y quizá todos —sugirió Acorsi, con su voz bien timbrada, mirando a Clemencia, sin conseguir interesarla.

—¡Por supuesto! —asintió Elizondo, bebiendo su último sorbo de café con un suave rumor—. Todos debemos tener sangre preadamita, pero los legítimos que aún permanecen en la Tierra deben formar una sociedad archisecreta, y seguramente evitan hasta comunicarse entre sí para no delatarse. Además que con sus superiores cualidades intelectuales, poco les costará burlarse de nosotros. Pero cuando se unen con los humanos, porque nada les impide seguir haciéndolo, a veces dan origen a esos genios que tanto nos asombran, como Da Vinci, Galileo, Cervantes, Bach, etc. Me contaba Benalcázar que cerca de París apareció entre los escombros de un incendio la figura de un ángel de pie, mirando al cielo y amenazando con su espada. Pero estaba muy dañada, y cuando los bomberos intentaron removerla, se redujo a pequeños fragmentos... Se supo después que en ese lugar se reunía una sociedad esotérica. Hay otras historias parecidas, aunque no comprobadas, sobre imágenes de Luzbel halladas en distintos países.

Recuperada la calma, pensaba en todas esas historias que, de alguna curiosa manera, se vinculaban con su experiencia infantil, tan bruscamente revivida. Y al volverse descubrió que Antonio Acorsi se había aproximado. Echaba miradas a Clemencia, enfrascada en una charla con Magdalena sazonada de risitas.

—Veo que le interesa mucho este tema —me comenta con cierta ironía, encucillándose junto a mí—. Tengo un hombrecito al cuidado de un sitio que compré cerca de la población Baquedano, por Recoleta adentro. Cuando lo llevé, me dijo: «A lo mejor se me aparece un extraterrestre aquí, porque yo conocí uno cuando era chico. Era como cualquier hombre nomás, aunque más despierto...». Yo no le pregunté nada, para que no se me pusiera confianzudo. Pero si a usted le interesa, se lo presento.

—Me gustaría conversar con él. —También, de algún modo borroso, ese hecho se asociaba con su propio caso.

Me marché con Magdalena justo cuando el profesor Elizondo se aprestaba a retirarse. En la noche fría, pero despejada, las estrellas brillaban entusiastas.

—¿Usted conocía a Antonio Acorsi? —me pregunta de improviso Magdalena.

—Ahora solamente. ¿Y usted?

—Era amigo del marido de Rafaela. ¡Es muy patudo! Cuando me lo presentaron,

me invitó a salir. Es casado y tiene varios hijos. Y la Clemencia me contó que no le quitaba los ojos de encima.

No le dices que habías reparado en el detalle. Tampoco te parecen tan vituperables sus acusaciones, pero crees notar algo más tras la inquina de Magdalena.

El instinto me aconseja no insistir.

Recordaba perfectamente al hombre que llegara a su casa para limpiar el jardín. Veo su cara de pájaro, su alta y delgada figura, mientras removía la tierra con sus herramientas. Y al preguntarle de dónde venía, el hombre me contesta sin alzar la vista:

—Soy de otro mundo.

A pesar de sus siete años, resuelve seguirle el juego.

—¿Y cómo llegó a la Tierra?

Las lombrices que el hombre desenterraba con su palita, algunas partidas por la mitad, seguían retorciéndose. Desde el muro un zorzal espiaba, listo para atacar. Y pensó entonces que el ave y el hombre guardaban un cierto parecido.

El jardinero le explicó que había unas criaturas del espacio capaces de transportar a las personas a través del universo. Pero solo algunas de estas podían recibir sus mensajes. Todo había ocurrido la mañana de un sábado, cuando me aprestaba a partir a mis clases de natación.

—Mañana vendrá un hombre a desmalezar el jardín —había comentado su mamá la noche anterior—. Se vino a ofrecer justo cuando andaba buscando uno.

¿Por qué había olvidado todo eso? Porque después de esa revelación su vida se había deslizado en medio de tropiezos, dudas y problemas, suficientes para relegar al desván de los cachivaches ese tipo de historias. Y transcurridos casi sesenta años desde ese día, nada de lo vaticinado por el jardinero me había pasado. Porque el hombre te dijo, cuando ya tu padre había venido a recordarte la hora al oírte conversar en el patio, que tú también poseías la cualidad de comunicarte con esos seres extraterrestres, pero esa condición solamente maduraba bastante tarde en la vida, como le había ocurrido al jardinero.

—Pero usted se ve más joven que mi papá —le había dicho.

—Algún día sabrá todo eso y mucho más.

Fueron varias las revelaciones, ya olvidadas, que el hombre le hiciera durante esa corta conversación, porque el tiempo pasaba y debió partir. El jardinero le dijo que no volverían a verse, porque después de terminar su trabajo partiría a otros lugares. Solo acudió ese día para explicarte que tenías ese don.

Con los años su historia se mezcló con mis fantasías infantiles. Quizá me contó todo eso solo para entretenerme, porque no creía que me hubiese mentido, pensé por último. Y cuando al almuerzo comenté mi conversación con el jardinero, mi papá me dijo:

—Es muy común que esta gente sea mitómana. Debe haberlo leído por ahí, o quizá vio una de esas películas fantásticas.

La charla de Torcuato Elizondo tuvo la virtud de desenterrar algunos fragmentos de esa distante revelación, por completo desdibujados por los años. Despierto desde temprano, el frío me retenía en el calor de la cama, pero la posición horizontal me debilita psíquicamente. Los preadamitas y Luzbel también se entrelazaban con las palabras del jardinero.

Un amigo le había dicho:

—Uno de los signos de la vejez es que nadie se preocupa por ti, excepto tus familiares más cercanos. Nadie va a llamarte para ofrecerte un cargo, por ejemplo, o alguna oportunidad. Tampoco las mujeres se acuerdan de uno, ni siquiera las de nuestra edad. ¡No es la mejor etapa de la vida...!

Pero habían empezado a ocurrirme cosas. Luzbel, el ángel caído... Además ese día almorzaría en casa de Ismael Fernández, y sintió renacer su curiosidad ante la repentina simpatía que le tomara el mexicano. Y entonces recordó algo que había olvidado preguntarle a Elizondo. Me preparé mi desayuno mientras Ana Luisa se duchaba, y cuando se dirigía a la cocina a hacer el almuerzo, ya estaba hojeando mi diario. ¿Qué sucedería cuando Ana Luisa jubilase, a la vuelta de unos años? Había dejado entrever que invitaría a una amiga a vivir con ella. O sea, debería buscarse otro alojamiento. Odiaba las mudanzas, a pesar de que sus bártulos eran mínimos. No veía fácil encontrar un lugar con las comodidades del actual. Problemas de la vejez: empieza a convertirte en una carga, y llega el momento en que tus propios familiares, aun los más cercanos, te desean la muerte.

Las nubes cubrían la cordillera, y Ana Luisa ya se había marchado. Esperó hasta las diez para llamar a Rafaela, mientras en la sala de estar el frío aumentaba progresivamente. Recién había conversado con Elizondo, le informó la mujer y le dio el número de su teléfono.

—Eso lo hablamos varias veces con Benalcázar —me dijo Elizondo—. Los preadamitas le rendían culto al Luzbel anterior a la caída, como algo elegíaco, por así llamarlo. Porque los preadamitas no iban a desafiar a Dios alabando a Satanás. Eso estaba claro para mi maestro. Y también para mí.

Vuelves al diario, y el recuerdo de tu compromiso con Ismael Fernández te estimula en este día anubarrado, opaco y frío de fines de mayo. Concentrado en la lectura de un artículo sobre una empresa de Miami que se dedicaba a buscar los tesoros de antiguos barcos hundidos, tardas en escuchar la campanilla del teléfono. Un hombre que se presenta respetuoso como el chofer del señor Fernández, pasará por ti dentro de una hora.

Y es puntual. En un gran Mercedes oscuro, y convenientemente abrigado, partes hacia San Damián bajo un cielo que no parecía dispuesto a despejarse. El conductor,

muy serio y puesto en su lugar, manejaba a bastante velocidad, pero sin aceleraciones ni frenadas bruscas.

No demoran más de diez minutos en meterse por una calle angosta y arbolada, a dos o tres cuadras de Las Condes. La puerta de acceso se hallaba abierta, y junto a una caseta metálica con un guardia uniformado, comenzaba un camino curvo entre magnolios, macizos de pitósporos, verónicas y colinas seguramente artificiales revestidas de césped. Al describir una vuelta cerrada aparece la fachada de un solo piso, que se extendía imponente hacia ambos lados. El chofer le abrió la portezuela, y un hombre maduro, correctamente vestido, lo hizo pasar a la gran madriguera de su misterioso anfitrión. Me conduce por un amplio pasillo con piso de mármol hasta una sala muy acogedora, con una chimenea encendida. A través del vano divisé una mesa de billar, y tras un amplio ventanal, el antejardín se desplegaba en medio del aire neblinoso, con su parque y desniveles. Las cortinas habían sido corridas, y reinaba una temperatura agradable, procurada no tanto por el fuego como por la calefacción, la que con los años ha empezado a hacérseme imprescindible. Pero ves con cierto pavor que hasta tu modesta estufa te significa un gasto quizá excesivo. Lancé un profundo suspiro, mientras el mozo carraspeaba suavemente, y al volverme me preguntó si quería algo de beber mientras don Ismael llegaba. No tardaría mucho. Se sentó frente al fuego, y pronto saboreaba un excelente Pure Malt acompañado de aceitunas grandes como ciruelas, queso picado y bocadillos de caviar.

Solo oí al dueño de casa cuando le decía algo al mozo, y pronto entraba en el salón precedido por su cordial y resuelta voz:

—¡Perdone mi atraso! Pero no podía zafarme de una reunión.

Pidió un whisky con hielo, mientras alabas su casa.

—¿Quiere conocerla? La compré a puertas cerradas. Un empresario vivió malos momentos, me la vendió a un precio muy conveniente.

Pasaron al gran salón, orientado al parque posterior, donde una enorme piscina reposaba con su superficie ligeramente rizada y salpicada con las hojas secas de unos liquidámbares.

—¿Vino a radicarse definitivamente? —Conocía casas elegantes, pero ninguna tan grande y moderna.

—¿Porque compré casa? En absoluto: tengo casa en México, Estados Unidos, Inglaterra, en varios países. Porque los hoteles no son seguros. Eso del mozo que llega a una suite con un pedido inexistente, y es un asesino, algo común en las películas, puede ocurrir. Por eso prefiero gastar en casas, porque lo más grande que puede darnos el dinero es asegurarnos la vida.

Otra amplia piscina, esta vez techada, y dotada de abundante luz natural gracias a sus ventanales y el cielo envidriado.

—¡Qué maravilla! —No pudo evitar la exclamación.

—Ahí la tiene para cuando la necesite. No hay nada mejor que darse una zambullida en agua caliente, mientras afuera llueve o nieva.

Ahora enfrentaba el extenso parque de atrás, con petunias, pensamientos y hortensias, bien dispuestos entre tulíperos, alcornoques y otros árboles. Al fondo, la alta reja de una cancha de tenis.

—¿Vive en casa o departamento, don Carlos?

—Dígame Carlos, nomás.

—Es que usted se parece a mi abuelo materno —le explica con su voz baja, de suaves inflexiones, haciéndolo pasar al enorme dormitorio principal—. Fui su nieto regalón. Entonces vivíamos en una hacienda en Colombia, porque soy colombiano de origen, no sé si lo sabía.

Niego con la cabeza.

—Pero mi abuelo murió a los cincuenta años de un infarto. Lo quería mucho. ¡Era muy, pero muy parecido a usted!

Eso podía explicar la repentina simpatía que le inspirase, pensó.

—Respecto a su pregunta, arriendo una pieza en un departamento. Mi casa y el auto los vendí para afrontar diversos gastos, entre otros la larga enfermedad de mi madre. —Y volviéndose a su anfitrión—: Porque el dinero hay que gastarlo, llegado el momento. Usted debe saberlo mejor que nadie.

—¡Así es! —rió Ismael—. Vamos a terminar nuestro trago y almorzamos.

Financiaba varios proyectos inmobiliarios importantes en Chile, pero su centro de operaciones se repartía entre México, Estados Unidos y Gran Bretaña. Había adoptado la nacionalidad mexicana, dada la caótica situación de Colombia con la guerrilla y el narcotráfico. Le contó que había enviudado al morir mi mujer de un mal parto. Mis dos hijos los había criado y educado con la ayuda de mi madre, que afortunadamente se mantuvo con buena salud hasta el ingreso de los niños al colegio.

—¿Tiene hermanos?

—Un hombre y una mujer. Mi hermano debió irse del país por graves problemas económicos, y tuve que ayudarlo. Está en Uruguay. Mi hermana vive con su marido en Viña.

No había podido entrar a la universidad, porque su padre murió y debió trabajar. Un tío le dio un puesto en su empresa, y luego se fue a otra compañía con un sueldo mejor. Durante el gobierno de Pinochet un ex compañero de colegio, que llegó a general de Ejército, le ofreció espontáneamente conseguirle un cargo con una buena renta.

—Pero nunca pasó nada. —Bebió un sorbo de vino, mientras el mozo servía el segundo plato—. ¡Es cosa del destino, también! Solo puedo decirle que las reformas de Pinochet me arruinaron. ¡Los intereses se fueron a las nubes! Y como si eso fuera poco, me obligaron a jubilar, porque necesitaban disminuir la planta.

—De repente aparecen las oportunidades.

—Es difícil. A uno lo ven como una persona mayor, que ya tiene su situación. Y eso que conozco gente bien colocada y tengo parientes ricos. —Lo dijo recordando su conversación con Esteban Sanhueza.

—Pienso que las expectativas se cierran cuando uno así lo ha dispuesto. Aunque no soy católico observante, siempre he creído que nunca debe perderse la esperanza. Por ahora, ya tiene un nuevo amigo. Lo que se le ofrezca, llámeme.

—¡Muchas gracias! Suelen ocurrir situaciones inesperadas, evidentemente. Haberme encontrado con Magdalena, por ejemplo, después de tantos años.

—Este fin de semana me voy fuera de Santiago. Le daré instrucciones a Ramiro, el encargado de la casa, para que lo reciba cuando quiera venir a almorzar, o a alojar, porque los dormitorios sobran.

—Es demasiado amable, realmente. ¿No va a traer a su familia?

—Es que no tengo familia. Nunca me he casado. Es preferible para una persona que viaja tanto y hace tantas cosas como yo. De alguna manera, la mujer y los hijos lo hacen a uno más vulnerable en el mundo actual. Le quitan libertad de acción.

—¿Y sus padres?

—Murieron siendo yo muy niño, y fui hijo único. —Dirigiéndose al mozo—: Dile a Ramiro que venga.

Él mismo vertió vino en la copa de Carlos, que con la mano le indicó el nivel.

—He bebido bastante por hoy.

—¡Supongo que se tomará un bajativo! —Se volvió a Ramiro y le repitió las mismas instrucciones que me anticipara.

Imposible no sentirse algo perturbado con tanta gentileza y confianza. Como adivinándolo, Fernández prosigue:

—Es de esperar que me considere su amigo desde hoy, aunque no me conozca bien todavía. Porque las relaciones humanas son siempre cuestión de química, como decía alguien. Es algo que se transmite sin palabras.

—Debe ser algo como las feromonas, aunque solo las producen algunos animales.

—¡Ah, sí! Leí sobre eso. Entiendo que se usan para la eliminación de insectos dañinos. Veo que está muy bien informado.

—Leo mucho. Es un hábito que nunca he perdido.

—Me olvidé mostrarle la biblioteca que hay detrás del escritorio. También venía incluida con los muebles, pero no he tenido tiempo de revisarla aún, porque también soy un gran lector. ¡Son más de diez mil libros!

La cantidad termina por abrumarte.

—Tengo muy poco tiempo para hacer vida de hogar —agrega, mientras se dirigen al salón—. Llevo quince días en Chile, y eso es mucho, porque mis negocios importantes no están aquí. No creo que durante el año permanezca más de dos semanas en cada una de mis casas, o mis yates.

—¿Tiene socios en Santiago? —Entibiaba la enorme copa de coñac entre sus

manos, frente a la chimenea.

—Por supuesto, pero evito los socios mayoritarios. Desgraciadamente, tengo que marcharme. Cuando venía en el auto me llamaron para citarme a una reunión que no tenía programada. Pero, por favor, quédese el rato que quiera. Y después pide que lo vayan a dejar.

Pero ya había tomado una resolución, porque jamás dejo de dormir una corta siesta.

—Muchas gracias, Ismael. Pero es suficiente por hoy.

—Yo lo llevo, entonces, porque voy para el centro. —Y mientras caminaban hacia la salida—: Usted es un gran señor, Carlos. Y los grandes señores son escasos hoy. Entiendo que su familia es muy antigua. Algo me dijo Magdalena.

—El primer Sánchez llegó con los conquistadores —repliqué, ya en el coche—. Acompañó a don Pedro de Valdivia en las campañas de Arauco, y recibió una encomienda a la salida de Santiago. Hasta mi bisabuelo, mi familia fue propietaria de grandes haciendas. A mi abuelo le tocó algo, pero mi padre no recibió ni un macetero.

Ismael rió de buena gana.

—Pero a mi padre le gustaba el campo, y empezó arrendando fundos hasta que se compró uno.

—La historia de mi familia es parecida, con la diferencia que supieron conservar sus tierras durante el virreinato, y mi padre al morir poseía las mejores estancias de Colombia.

El Mercedes bajaba por Las Condes, en medio de un tránsito discreto.

—No creo que haya ninguna familia, descendiente de los conquistadores, que conserve hoy grandes predios. Además que debimos afrontar la reforma agraria. Cuando mi padre murió, tuvimos que vender su fundo.

—Si me hubiera quedado como agricultor, no habría llegado muy lejos —comentó Ismael como para sí—. Pero pude diversificar mis inversiones, porque la tierra suele ser muy buena, pero está expuesta a los vaivenes de la política en la América hispana.

Cuando bajó del auto había empezado una garúa.

Suele ocurrir que alguien nos caiga bien al primer intercambio de palabras, pero no siempre se trata de reacciones mutuas: los agentes secretos y los estafadores profesionales utilizan su simpatía para ganarse a la gente. Pero respecto a mí, Ismael Fernández no cabía en ninguno de estos grupos.

Me disponía a dormir siesta cuando sonó el teléfono.

—¿Don Carlos Sánchez? Gusto de saludarlo. Habla con Antonio Acorsi.

¡Qué pronto cumplía con su ofrecimiento! Lo invitó a visitar al cuidador de su sitio esa misma tarde. Y enterado de que no poseía auto, le prometió pasarlo a buscar como a las cinco, una hora muy apropiada, porque le dejaba tiempo para su reposo.

La llovizna había cesado, y la reemplazaba un frío penetrante bajo un cielo atravesado por nubes desgarradas, algodonosas. Con tu grueso abrigo, te instalas junto a Acorsi en su automóvil bien calefaccionado, y pronto bajamos por Apoquindo, en medio de un tránsito pródigo en buses.

—Vivo en La Reina, con muy buen aire y una gran vista. Además que con auto no hay distancias, aunque es difícil estacionarse. Pero mi oficina queda en Providencia. Antes la tenía en el centro. Por suerte siguen construyendo edificios como locos con el lavado de dólares.

—¿Cree usted?

—¡Desde luego! Son miles de millones de dólares. Hay capos de la mafia instalados aquí... ¿no lo sabía?

—No es un tema que me preocupe mucho.

Acorsi dobló cuidadosamente para seguir por Costanera, y allí los buses desaparecieron.

—Esta debe ser la ciudad con más buses del mundo. Conozco bien el problema, porque tuve un recorrido cuando el negocio no era tan bueno. Usted puede ver que las micros circulan vacías, y sin embargo le conviene a los empresarios. ¡Cómo ganarían esos cabrones!

Pasaron el puente Lo Saldes y bordearon la ladera mustia, de tono marrón, del San Cristóbal, y la caja del Mapocho, con un delgado caudal.

—Esa amiga suya, Clemencia Rodríguez, es muy buena moza y atractiva —empezó Acorsi, cambiando el tono de voz—. ¡Me encanta esa mujer!

—¡No es tan amiga mía! —repliqué sorprendido—. He estado apenas dos veces con ella.

—¡Vaya! Como vi que le sonreía mucho... —Lo miró dudoso—. A mí no me dio ni la hora. Pero de Magdalena Silva es amigo, porque llegó con ella, ¿no?

Te observa de reojo, mientras el auto, dejando atrás Pedro de Valdivia Norte, subía por donde la ladera del San Cristóbal llega hasta el río, que ahora corría entre

pedregales, bien encajonado, con sauces en su ribera opuesta. Algunos aislados edificios sobresalen entre las casas de buena construcción que bordean Costanera.

—También la conozco algo. —Cruzamos frente al Sheraton y luego bajamos por Bellavista. La mole del San Cristóbal, disparejamente arbolada, fue traslapada por antiguas casas—. ¡No se lo vaya a decir a ella, eso sí! Tengo un socio en Colombia que sabe mucho de Ismael Fernández Santapau, un tipo muy siniestro que tiene negocios en Chile. ¿Lo conoce usted?

—Solo de presentación. —El instinto te indica que no debes abrirte con Acorsi.

Bajo la luz grisácea de la tarde dejaron atrás varias canchas de tenis, algunas con jugadores de pantaloncitos y camisetas blancas en medio de ese frío día. Finges interesarte en los tenistas.

—Es un tipo muy, pero muy peligroso —prosigue Acorsi, aprestándose a tomar por Recoleta—. Mi socio viaja mucho a México, donde el tal Fernández es un gran capo. ¡Hay que cuidarse de él!

¿Sería Acorsi el cliente que mencionase Esteban Sanhueza? Pero no pensaba preguntárselo.

—¿Por qué lo dice? ¿Ha hecho negocios con él?

Atravesaban ahora por un costado de la Recoleta Franciscana, de nuevo flanqueados por buses, entre una doble hilera de añosas construcciones, casi todas destinadas a locales comerciales.

—¿Negocios con ese tiburón? Ese se mueve en los círculos del primer nivel. Pero baja a los del último cuando lo necesita. Su amiga Magdalena era amante de Fernández en México.

—Pero estaba casada con un chileno, entiendo.

—Sí, con Julio Estrada, muy allendista. Pero era demasiado lacho, así que se hacía el lesa, nomás. Trabajaba para unos socios de Fernández, los Legorreta, también grandes magnates mexicanos. Algo pasó ahí, según me contó mi amigo. Parece que Estrada hacía uso de informaciones confidenciales, y un día amaneció desbarrancado en su auto. Dicen que lo mandó a matar el propio Fernández, o los Legorreta. No está claro. Pero que Estrada está muerto, eso es muy claro. —Y rió socarrón.

Evidentemente, esa parte la desconocía Sanhueza.

—Pero ¿hay alguna prueba de todo eso?

—¿Pruebas? A esos niveles nunca se dejan pruebas, como comprenderá. Las personas como Fernández tienen los mejores contactos en todas partes. ¿Sabía usted que Fernández era colombiano?

—Tiene la nacionalidad mexicana, entiendo.

—Porque en Colombia lo tienen fichado. Ayudaba a los capos del narcotráfico a lavar dólares. Se decía que estaba asociado con uno de los Rodríguez Orejuela, y era amigo de Pablo Escobar. ¡No lo vaya a comentar! Pero es bueno que esté advertido, por si acaso. —Un cortejo fúnebre, que entraba al Cementerio General, lo hizo

detenerse—. Ahora que lo he mirado mejor, usted se parece mucho a una persona, a alguien que vi en alguna parte.

¡Como para contarle a ese deslenguado que también Fernández me encontraba igual a su abuelo...!

—Todos tenemos más de un doble. ¿Nunca lo han confundido con otra persona?

—¡Nunca! —Y riendo animadamente, lo que destacó la blancura de sus dientes en su cara morena, dijo—: Parece que soy único.

Con muchas precauciones, en vista del tránsito, dobló a la izquierda y se metió por un verdadero callejón, entre un largo muro de viejos adobes, por un lado, y casas de un piso, tristes, de agrietadas paredes o con su pintura descascarada, por el otro. A las dos cuadras el pavimento terminó, y luego de avanzar por una calle de tierra, aún húmeda con la reciente llovizna, Acorsi se estacionó frente a un amplio sitio, que colindaba con otros parecidos, divididos solamente por alambradas. Un hombrecillo encogido, flaco, vestido con ropas remendadas, emergió a lo lejos de una casucha de fonolita, no más grande que un retrete, emplazada en el fondo de la propiedad.

—Ese es Cenobio —le informó Acorsi, bajando del coche. Carlos lo siguió en la tarde que un viento suave enfriaba aún más. Debieron cruzar con largos trancos una franja barrota para ingresar al terreno—. Él me contó lo del extraterrestre.

¿Qué edad tendría? ¿Cincuenta, sesenta? El desolado panorama lo deprimió.

—¿Qué tal, Cenobio? ¿Trajo ya sus cosas y a su señora?

—Sí, ya estamos instalados aquí —comentó el hombrecillo con una voz débil, famélica, se me antojó. ¿Y ese era el testigo de un «encuentro cercano», como los llaman? ¿Sería una broma de Acorsi?

Ahora los tres seguíamos hacia la callampa mísera, en el atardecer otoñal. Por la abertura que servía de puerta, tapada con un saco o algo así, surgió la mujer, digna pareja de Cenobio, también flaca, de aspecto triste, desesperanzado. Acorsi la saludó con especial deferencia.

—Por ahí se les va a colar el viento —comentó observando los desajustes entre las planchas de fonolita—. ¿Alojaron aquí ya?

—Todavía no, señor —replicó la mujer, con una voz entera, que contradecía su apariencia—. Esta noche será la primera.

—Bueno, mañana, porque ya es muy tarde, voy a traerles unos diarios para que tapen esas juntas. Así encararán mejor el invierno. ¡Vaya! Ahí hay un grifo. —Y pensativo, señaló el sitio vecino—. Consíganse una manguerita, y así podrán tener agua para sus necesidades. Tampoco creo que haya problemas para que usen la letrina del lado... Ya no hay cuidador ahí.

El hombre y la mujer escuchaban sus recomendaciones mirándose entre sí, asintiendo con mutuos movimientos de cabeza. Y al descubrir el tendido eléctrico, que pasaba a no más de dos metros del deslinde posterior, Acorsi enarcó las cejas.

—Con mucho cuidado, eso sí, porque podría electrocutarse, cuélguese de esos cables para tener luz y hasta una radio, si quieren... En todas las poblaciones lo hacen, y no creo que aquí lo vayan a descubrir.

A veces, en medio de sus altruistas consejos, Acorsi me guiñaba el ojo.

—Yo sé hacerlo, así que no voy a tener problemas —dijo Cenobio, con su cara iluminada por la sugerencia del patrón.

—Bien, Cenobio, eso sería todo por ahora... ¡Ah! Este señor, don Carlos Sánchez, quería preguntarle sobre el extraterrestre que usted conoció hace años.

—No, yo no lo conocí. ¡No había ni nacido, entonces! Mi papá conversó muchas veces con él, y otras personas también. Vivió casi un año en la población Baquedano.

—¿Cuándo pasó todo eso? —pregunté, empezando a sentir frío en el crepúsculo creciente.

—Hace más de cincuenta años. Mi viejo tenía unos veinticinco, y ya van a ser seis que murió.

—Pero ¿no habrá alguien que lo haya conocido y esté vivo todavía? —insistes.

—Sí, la viuda del profesor Waldo Flores, que hacía clases en la escuela de la población... La Elcira va a lavarle la ropa a la señora Rosaura todas las semanas. —Y señaló a su mujer, que permanecía callada, encogida, escuchando sin intervenir para nada.

—¿Y podría darme el teléfono para llamarla? —Repentinamente esa frágil historia se reviste de una curiosa importancia para ti.

—Es que no tiene teléfono —terció Elcira.

—Pero ¿por qué cree usted que ese profesor conoció al extraterrestre?

—Porque habló varias veces con él, me contaba mi viejo —replicó Cenobio—. Lo iba a ver seguido a la escuela.

—Pero la viuda ¿sabría algo?

—Yo creo que sí. Ya estaban casados en ese tiempo. ¡Viera la memoria que se gasta! —añadió Elcira, reanimándose—. Si quiere le doy la dirección, pero no vaya antes del jueves, para avisarle. No sale nunca por el reuma.

Nos despedimos de la pareja en la tarde gris, helada y ventosa, porque noté que Acorsi no disimulaba su impaciencia.

—¿Cree en todas esas leseras, don Carlos?

—Nunca he podido conversar con alguien que haya estado con un extraterrestre. Es una oportunidad.

—No estamos ni a cinco minutos de su casa —me dice, señalando hacia el sur—. Pero, desgraciadamente, tengo que hacer ahora. Si quiere lo paso a dejar...

—Prefiero que le avisen de mi visita, primero.

Volvió la cabeza cuando iban llegando al automóvil, pero ya ambos, marido y mujer, se habían refugiado en su minúscula vivienda.

Rehicieron el camino cuando ya estaba bastante oscuro; los automóviles y los buses tenían ahora sus luces encendidas.

—Nada de extraterrestres para mí, o de preadamitas inmortales. —En el interior cálido las luces del tablero brillaban con diversos colores—. A mí me gustan las cosas reales, como esa Clemencia Rodríguez, por ejemplo. También estuvo metida con ese Fernández. ¡Elige muy bien a sus mujeres! Y cuando se aburre las larga.

—¿Que ya no hay nada entre Clemencia y Fernández? —preguntó, en un tono inocente.

—Eso le contó Magdalena a Rafaela. ¡Yo fui por la Clemencia a esa reunión, solamente! Y como me fue tan mal, Rafaela me salió con que Clemencia andaba bajoneada por su pelea con Ismael Fernández.

Dobló lentamente por Santa María, junto al río, con el Parque Forestal en su orilla opuesta. Al poniente, la mole de la Estación Mapocho, bastante difuminada tras las luminarias.

—¿Por qué no invita a Clemencia para que comamos los tres juntos en un departamento que tengo por ahí o donde ella quiera?

No te cuesta mucho responderle.

—La conozco muy poco para llamarla, incluso. Además ya no estoy para esos trotes. —Lo miró calmoso, mientras Acorsi mantiene los ojos fijos en las luces rojas que lo preceden.

Luego empezó a recordar a conocidos y parientes que pasados los sesenta años se habían aislado, y después, cuando quisieron volver a sus amistades, se hallaron desfasados y fueron incapaces de readaptarse. La Escuela de Leyes, la clínica Santa María, quedaron atrás. Acorsi enfiló por el puente del Arzobispo, y siguió luego por Costanera, siempre con el mismo tema, como para convencer a Carlos.

—Yo lo llamo apenas la señora Elcira hable con la viuda del profesor —me dice cuando apoyo un pie afuera—. A lo mejor para entonces usted ha cambiado de opinión y se atreve a convidar a la Clemencia.

Riendo, te despides, y subes lentamente al segundo piso, donde el frío te acecha.

Leí hasta pasadas las ocho la historia de Sumer. ¡Con qué facilidad te trasladas a esos tiempos! Para Mircea Eliade el renacimiento del gusto por la historia del hombre actual presagia el fin de una época, y quizá de los tiempos. Cuando enfrentamos una muerte inminente, en plena conciencia, todo el pasado desfila ante nuestros ojos en fracciones de segundo, nos recuerda el autor. Porque estamos terminando una era y no solamente un siglo. Y las expectativas de una guerra nuclear, siempre presente,

podría enfrentarnos a un auténtico acabo de mundo.

Tuve un sueño que recordé a medias, bastante angustioso. Buscas una dirección, pero las fachadas de las casas cambian cada vez que crees hallarla. Afortunadamente, hace tiempo que no te vienen pesadillas.

Los sábados Ana Luisa se levanta más tarde. Había empezado a llover cuando escuché el teléfono. Por instrucciones de su patrón, Ramiro, el encargado de la casa de Fernández, le preguntó si iría a almorzar para enviar a buscarlo. Cogido de sorpresa, dudó algunos segundos. Pero la lluvia y la jornada que le aguardaba a solas en el departamento, el recuerdo de la enorme y acogedora casa y su biblioteca, le parecieron demasiado atractivas.

No pude seguir con el diario. Le parecía excesivo que Fernández se tomase esas molestias. ¿Estaría bien que hubiese aceptado? En esta vida, todo es cuestión de colocarse, decía un compañero de oficina, aludiendo a conocidos, amigos y parientes suyos, que se aseguraron el porvenir con el simple expediente de ponerse a la sombra de algún poderoso empresario. Pero hay que tener acceso a alguien así, tanto por vínculos familiares o simplemente sociales. Aunque mi tío Eulogio poseía acciones en varias empresas, solo usufructuó del poder cuando se hizo elegir director de Soinco, porque prefería disfrutar sin molestarse de las utilidades que le ofrecían sus inversiones. Y tampoco fue un magnate, como los que mencionaba mi compañero.

Y ocurría que ahora, ya en la década de los sesenta años, se cruza en tu camino un personaje de esa clase. Y aunque te sabes incapaz de pedir, necesitas ingresos extra para ciertas comodidades mínimas, como la calefacción, por ejemplo, o la posibilidad de reponer el guardarropa, o para acudir al taxi en caso de apuro. Y ni qué decir en el caso de una enfermedad seria, porque mi previsión de salud es limitada. Claro que había gente en peor situación que la tuya, como los cuidadores de Acorsi, por ejemplo. Pero su recuerdo no contribuye a levantarte los ánimos.

De pronto aparece Ana Luisa, vestida para salir, y me dice:

—Hoy almuerzo afuera, don Carlos. Me invitó una amiga que enviudó hace dos meses. Su marido murió de una leucemia. ¡Pobre! Quedó bastante cazuela de ayer, porque usted no vino a almorzar.

Alterado por un repentino recuerdo, le conté que también saldría. Pero veo a mi nieto Carlos, muerto de leucemia diez años antes. Está en su camita, conectado a una de esas siniestras mangueras de suero, o algo parecido, blanco como la tiza, y con sus ojos sumidos en grandes ojeras, tan luminosos antes de esa maldita enfermedad. Permaneces con la imagen del niño, sonriéndote débilmente, porque ya no le quedan ánimos. Fue el mayor de Carlos, que por fortuna tuvo otros después. Mi hijo gastó lo que no tenía, esperanzado en que Carlitos lograría recuperarse. Había sido mi primer nieto y, desde luego, estaba terriblemente encariñado con él. Mientras duró su agonía no dormiste, encomendándolo a Dios y a todos los santos, sin poder convencerte de que alguien tan inocente estuviese condenado a morir. ¡Qué injusto me parecía! Aunque pensabas, como consuelo, que estaría mejor en el otro mundo, descansando

de sus sufrimientos.

Trémulo, comienzas a cambiarte de ropa. Primero la muerte de tu mujer y luego la de tu nieto, aunque distantes en el tiempo, te marcaron de alguna manera, te quitaron las ganas de preocuparte por ti mismo, e incluso, quizá de ahí derive tu actual situación. No fuiste capaz de recuperarte. ¿Para qué, después de todo? Cuando los seres importantes de nuestras vidas desaparecen tan pronto, y en forma imprevista, quedamos inválidos en la práctica. Aunque tuvo algunas amigas en todos esos años, nunca pensó en casarse de nuevo. Después sobrevino la enfermedad de mi madre y los problemas de mi hermano menor, y debí vender mi casa.

Con estos recuerdos despleándose por su mente, llegó el chofer de Ismael Fernández, cuando ya Ana Luisa había partido. Corriendo ahora en un comfortable BMW hacia San Damián, las imágenes de su mujer y su nieto seguían aferradas a su memoria. Ramiro lo esperaba en el mismo salón, con la chimenea encendida, y un verdadero cóctel. Gozó de veras de esas delicias y del copioso almuerzo, mientras afuera el día oscurecía progresivamente, preparándose algún aguacero. Tomó el café en el salón frente al fuego, y después de un whisky muy añejo, durmió una corta siesta, estimulado por el notable silencio que le rodeaba. Como hallarse en el espacio a bordo de un satélite. Luego fue a la biblioteca y comenzó a revisar los libros, todos muy bien empastados o con aspecto de flamantes, que atestaban los anaqueles de encina. Y de pronto se encontró con *La historia de los ángeles*, metida entre textos de brujería, magia y satanismo. En medio de la fragante penumbra, sintió que la piel se le erizaba. ¡Cómo le habría gustado poseer todo eso! Cogiendo el pequeño volumen, volvió al salón, y frente al fuego se puso a hojearlo.

Al autor, Salustio Agramonte, solo se le identificaba en la solapa como un «distinguido profesor español». Abordaba temas que más o menos conocía, aunque no tocaba a los preadamitas. Pero mencionaba el Libro de Enoch, la rebelión de los ángeles, la visita al Sheol, el mundo subterráneo de los muertos, «la tierra de destrucción, olvido y silencio», los ángeles degradados a pesar de ser «hijos de los cielos», ideas que ejercían sobre mí una particular fascinación, y más en medio de ese grato y temperado ambiente, mientras afuera había descendido una densa niebla. Ramiro, siempre respetuoso, llegó a sacarme de ese nimbo mágico para ofrecerme té. Aunque llevaba no menos de una hora con la luz encendida, no me había dado cuenta de que el día se acercaba a su fin. Me regodié con queques, pastelitos, pies y otras exquisiteces. Pero apenado comprendí que no podía permanecer más tiempo allí. La prudencia me aconsejaba partir, pero alcancé a beberme un último whisky, porque Ramiro ya se estaba disponiendo a servirme otro cóctel, convencido de que me quedaría a comer. Al despedirse te pregunta, muy serio:

—¿A qué hora quiere que lo vayan a buscar mañana, señor Sánchez?

Y a pesar de mi deseo de seguir hurgando en la biblioteca, le contesté que tenía otro compromiso. Después de un silencioso viaje en medio de la niebla, que parece impregnar de quietud el mundo, se hallaba en su habitación como único habitante del

departamento, porque Ana Luisa aún no regresaba. Simplemente se desvistió y volvió a los sumerios, aunque no le fue fácil concentrarse, poblada como se hallaba su mente con el libro de Agramonte. Pensaba en que se había precipitado en rechazar la sugerencia de Ramiro, cuando lo llamó su hija Verónica para invitarlo a almorzar al día siguiente.

El falso compromiso que esgrimiera se había materializado.

Pasé el domingo con mi hija y mis tres nietos, dos hombres y una mujer, todos aventajados, por suerte, porque Verónica y Raúl, su marido, han hecho un gran esfuerzo para educarlos. Mi hija siempre me tiene empanadas, que compra en un lugar bastante remoto. Son las mejores que he comido no hechas en casa cuando mi madre vivía. Raúl, que suele andar con un aspecto preocupado, esa vez se veía de bastante buen humor, porque había tenido un ascenso en su empresa, y lo celebramos con unos pisco sours preparados por él mismo.

Esa noche soñé con una vasta planicie blanquecina, bajo un cielo negro y sin estrellas, como el techo de una enorme caverna. Y una voz profunda, con trémulas inflexiones, recitaba algo como letanías en un idioma desconocido. Aparentemente provenía desde lo alto, pero aunque miraba en torno, nada divisó. No sentías miedo, pero sí una progresiva inquietud, porque temías que de pronto el propietario de ese vozarrón se bajara de su sitial y te enfrentara. Despertó con un repentino chubasco que hacía sonar los vidrios de su ventana. Era la primera lluvia resuelta del año, porque la primera, en estricto rigor, no pasó de una garúa.

Me quedo un largo rato con el aguacero en los oídos, y recordando la blanca, lisa y pulimentada llanura. Sin duda, el culpable había sido Agramonte, porque mis últimos sueños, los que recordaba al despertar habían sido sumamente insulsos, desazonantes, como andar dando vueltas y vueltas por los mismos sitios, casi siempre en barrios sucios, de gran pobreza.

Aunque también quizá contribuyeron a estas visiones nocturnas, las fantasiosas disquisiciones de Elizondo y su maestro Benalcázar, gatilladas de alguna misteriosa manera por el opúsculo sobre los ángeles.

Hay días en que amanezco en paz con el mundo, en que lo veo lleno de expectativas, y creo que esta existencia gris cambiará y me ofrecerá algo luminoso. ¿De dónde provienen estos estados de ánimo? Seguramente son simples jugadas de nuestra psiquis o de nuestro sistema glandular. Porque no atisbo razón alguna, en mi caso al menos, para que me cambie la vida. Claro que esos períodos son cortísimos, de no más de una o dos horas, porque nunca falta el detalle prosaico, el recuerdo de la promesa no cumplida, de las esperanzas frustradas, en fin, tantas cosas desperdigadas por el cambio, sin cristalizar. Me basta leer en el obituario el nombre de algún conocido, por ejemplo, para que todas mis ilusiones se desplomen regocijadas, recordándote tu edad. Odio las necrologías, pero siempre las leo, porque es la época en que mis contemporáneos empiezan a irse. ¡Qué horror morir! ¿Por qué nos aferramos tanto a la vida, por mezquina que se nos ofrezca? ¡Cuántos se harán la misma pregunta a diario! Imaginarnos el nido vacío, donde colocan el cajón con nuestros restos, mientras afuera la vida continúa.

Desde la reunión en casa de Magdalena se puso a revisar su pasado, muy a la rápida, desde luego. Además, no ofrecía nada demasiado espectacular, porque había sido bastante opaco, carente de grandes ambiciones, con facilidad para desmoralizarse al primer traspie. Quizá, de no haber muerto su mujer, se hubiese superado, porque la ausencia de estímulos es inhibitoria. Aunque estas ocurrencias solían abrumarme hasta hace un tiempo, aprendí a echarlas de mi mente en cuanto asomaban. Pero ahora te han vuelto con ciertos bríos, y un irracional optimismo por añadidura. ¿Por qué, cuando a estas alturas es tarde para enmendar los errores? Quizá el recuerdo de tu conversación con el jardinero, a raíz de la charla de Elizondo, tu repentina amistad con Ismael Fernández y tu visita al cuidador del bocón de Antonio Acorsi, en fin, todo lo acaecido en esos cuatro o cinco días, te enfrentaba de nuevo a la vida activa, a la que renunciaras voluntariamente al enfrentar la vejez.

¿Qué esperaba de la historia de las Crigal, de los preadamitas, del presunto extraterrestre de la población Baquedano, del testimonio que sobre el tema podría aportarte la viuda de Flores? Simple escapismo, común en la gente mayor cuando empieza a sentirse sola. La vida es otra cosa: ahí estaba Acorsi, procurándole su abnegada ayuda a ese mísero matrimonio que le cuidaría su sitio, metido en una callampa apenas más grande que una garita sanitaria. Esa era la realidad. Y debía felicitarse de tener por lo menos una jubilación decente, aunque año a año se encogía, y tal vez a la larga tuviese que parar en una pensión de tercera clase, con olor a excremento de gatos, en habitaciones de altos techos herrumbrosos, alumbradas apenas por míseras ampolletas.

Entre estas y otras reflexiones parecidas, se me fue ese primer día de la semana.

Mientras tomaba mi desayuno, Ana Luisa entraba y salía del baño y su dormitorio, preparándose a partir. Es increíble lo que se mueve inútilmente, pienso, cambiándose de abrigo o zapatos a última hora, buscando el paraguas que dejara en alguna parte, y no lo recuerda, preguntándome a mí si lo he visto, en un tono nervioso, inquieto, como si de eso dependiera su vida, e indicándome a la vez qué hay para almorzar, qué ensalada puedo prepararme... Su preocupación es mucho más honesta que la de Acorsi con sus cuidadores, pero tampoco te corresponde juzgarlo. Esa pobre gente había llegado allí al cabo de una vida casi completa, sin que hubiesen sido capaces de salir del hoyo. Como le hubiese ocurrido a él en el mismo caso... No podía achacarle a Acorsi su actual situación, porque tenía tanta culpa como cualquier miembro de la sociedad. Y dentro de su modo de encarar la realidad, sus consejos constituían un esfuerzo por hacerles más llevaderas sus hediondas existencias.

Añorar los tiempos pasados, como los viejos... Almorcé a solas, dormí mi siesta, y al levantarme a eso de las tres de la tarde, el frío reinante me hizo recordar las comodidades de la casa de Fernández. ¿Telepatía, quizá? Porque minutos después me llamaba el mexicano para invitarme a almorzar al día siguiente. Además quería saber cómo me habían atendido ese sábado, y le hablé del librito de Agramonte.

—¿Sí? Dígame dónde está y hoy mismo se lo mando a dejar.

Acudes a las palabras de buena crianza, diciéndole que se lo aceptarás en calidad de préstamo. Se limita a reír.

—Me contó Magdalena que el jueves pasado había estado con usted en una reunión muy interesante.

Debía existir una comunicación muy fluida entre ambos, pensó. Quizá Magdalena lo asesoraba en alguna de sus tareas, dada su experiencia como secretaria. Una hora después llegaba el chofer con la obrita sobre los ángeles.

Llovía suavemente cuando me instalé en el sofá con el diario. Había pasado una buena noche, sin sueños inquietantes, y logré deshacerme de mis ocurrencias negativas pensando que quizá hallase alguna respuesta en mi nueva reunión con Ismael Fernández sobre todas estas anomalías en mi hasta ahora monótona existencia.

Leyó hasta que el timbre le anunció la puntual llegada del chofer de Fernández. La lluvia había aumentado, y diez minutos después Ramiro recibe su abrigo, y lo conduce al salón con la chimenea encendida. Ismael hablaba con México, le explicó gravemente Ramiro, y le ofreció un whisky. A los pocos minutos entraba su anfitrión, con ese carácter efervescente, por así llamarlo, capaz de levantarle el ánimo al más abatido.

—Así que usted cree en los preadamitas, me comentaba Magdalena —empezó, alargando las manos al fuego, aunque allí el frío no existía—. La última vez no tuvimos tiempo de abordar esos temas.

—¿Le interesan a usted? —pregunté, sorprendido.

—Francamente sí, pero no he tenido tiempo de preocuparme. Voy a contarle algo que le va a interesar. —Cogió el whisky que le alargó Ramiro, y se apoyó en la chimenea, mientras Carlos permanecía en su sillón—. Tengo una propiedad en plena selva, cerca de la frontera de Colombia con Brasil y Perú. Se la compré a un narcotraficante, a buen precio... ¡No crea que estoy metido en el negocio de las drogas! —agregó riendo, desinhibido—. Pero en Colombia es imposible no toparse en algún momento con esa gente. Como le decía, es una muy bella propiedad, y espero que usted la conozca algún día.

—No debe ser fácil llegar allá.

—Tomamos mi jet en Eulogio Sánchez, y en cinco horas de vuelo directo llegamos. Tengo un aeropuerto propio en medio de la selva. Es un sitio que uso para aislarme del mundo, cuando estoy urdiendo un nuevo negocio o quiero descansar. —Y añadió, con una amplia sonrisa—: ¡No la utilizo para ocultarme, como su anterior propietario!

Acorsi no andaba tan descaminado al vincular a Fernández con el narcotráfico, por ahora prefería creerle a este, porque nada le habría costado eludir el tema.

—A unos 300 kilómetros al suroriente de Manto Verde, como se llama mi refugio, hay un valle muy especial, que pocos conocen —proseguía Ismael, mientras se instalaban en el comedor—. Vive ahí una tribu indígena, casi extinta. Los tusquitos, se llaman.

Abrí mucho los ojos al ver unas enormes ostras esperándonos. Afuera continuaba la lluvia, impulsada por un viento que alborotaba las ramas de los arbustos del parque.

—¿Ha oído hablar de los tepuys?

—No, nunca.

—Son unas formaciones geológicas del interior de Venezuela que se levantan de pronto en la llanura con muros verticales de hasta mil o más metros de altura. Y en la cima hay grandes mesetas donde continúa la selva. En uno de esos tepuys se origina el Salto del Ángel, la catarata más alta del mundo. Y en un tepuy se inspiró Conan Doyle para escribir *El mundo perdido*, que usted debe haber leído.

Pero el valle de los tusquitos era un tepuy al revés, continuó Fernández, es decir, una hendidura de unos quinientos metros de profundidad, con paredones cortados a pico, escalables mediante estrechos senderos excavados por los propios nativos a través del tiempo. Tanto los tepuys como esas particulares fosas, se habían formado millones de años antes a raíz de cataclismos que levantaron el terreno, en el primer caso, o lo hundieron, en el segundo. Unos buscadores de minerales lo bautizaron con el nombre de valle de Luzbel, según los tusquitos.

—¿Sabía usted que a los preadamitas los relacionan con los Luzbel? —Me asombré de veras—. Algo me contó Magdalena, y de ahí esta historia... Por favor, Carlos, sírvase más ostras.

—¿Por qué le pusieron ese nombre?

—Porque muy cerca del fondo hay una caverna con un raro dibujo. Tanto me habló de ese lugar un muchacho que trabajaba en Manto Verde, que un día tomé el helicóptero, y en hora y media llegamos, porque esa impresionante hondada está en medio de la selva amazónica.

Los tusquitos desconfían del hombre blanco, y son reacios a mostrar la gruta, porque según ellos la custodia un poderoso espíritu. Pero Fernández les había llevado regalos. Debieron subir por un sendero bastante escabroso y resbaladizo socavado en el paredón. Entraron por un oscuro pasaje que remataba al fondo de un sector más amplio, formando como una plazuela. Hasta ahí no llegaba la luz, pero tenían linternas.

—Había algo como el trozo de un gran muro. Y al tocarlo me pareció de un metal muy bien pulido. Grabado en él se veía con mucha nitidez la figura de un enorme ángel, como los que aparecen en los textos sagrados. De pie, con sus alas plegadas, pero visibles a ambos lados del cuerpo, y con sus manos apoyadas en una espada de bordes sinuosos. ¿Me creerá que se me olvidó llevar una videgrabadora? No funcionó el flash de mi cámara y las fotos se perdieron.

—¡Eso sí que fue una verdadera lástima! ¿Y no han ido los del *National Geographic Magazine*? ¡Nunca había oído hablar de algo así!

¡Tantas novedades en tan poco tiempo, después de casi una vida de sucesos monótonos, sin gusto a nada, que solo generaban frustraciones!

—Hay poderosos intereses encargados de mantener en secreto ese valle. Además que sería necesario agrandar la cueva para ver si ese muro corresponde a una construcción mayor. Y hay tantos sitios en el mundo más accesibles y espectaculares... Además los tusquitos dicen que están dispuestos a destruir la gruta antes de permitir que los blancos la estudien.

El mozo retiraba los platos llenos de conchas nacaradas y el propio Fernández le llenó la copa de vino. Uno de los minerólogos había dicho que ese dibujo era de Luzbel, porque recordaba la efigie de un antiguo libro religioso representando al ángel rebelde. De ahí el nombre del abra.

—¿Le produjo alguna sensación especial ver a ese ángel en un sitio tan remoto?
—pregunté excitado.

—Me sentí algo sobrecogido, lo que no me ocurre con frecuencia, aunque mi vida ha sido bastante agitada. Porque ver esa figura en un lugar tan lejano, que debió estar sepultada durante millones de años... Porque esa hondada era antiquísima, quizá de la época en que había un solo continente, el Pangea.

—La hondada tal vez, pero esa caverna pudo ser visitada durante la conquista de América por alguna expedición extraviada, y como siempre llevaban un sacerdote quizá él grabó ese ángel. Habría que excavar más, para ver si aparecen otras figuras,

y también para saber a qué corresponde ese muro.

—No se me había ocurrido. Andrés, el muchacho que me llevó al lugar, habla tusquito, y le hice algunas preguntas. La tribu había llegado unos cincuenta años antes huyendo de los cangaceiros y de otras pandillas de la selva amazónica. Durante ese tiempo, solo muy pocas veces fueron visitados por blancos, algunos de ellos extraviados, y les ayudaron a salir de allí. La cueva la encontraron tal como se ve ahora, sin rastros de visitantes anteriores, ni siquiera restos de fogatas. El chamán se encargó de limpiar el muro con el ángel, y desde entonces la tribu le rinde una particular veneración. Sentían que esa figura alada los protegía. El instinto me dice que eso es muy anterior a la llegada de los españoles a América. ¿Por qué no podrían ser sus preadamitas? En uno o dos meses más, cuando termine el invierno, voy a darme algunos días de feriado. Podemos ir de nuevo a Manto Verde y al valle de Luzbel.

—¡Nada me gustaría más! —repliqué, recordando la charla de Elizondo—. ¡Y pensaba que todo lo había oído...!

—Siempre se oyen cosas nuevas. Por eso cuando usted aludió a su edad la primera vez que almorzó aquí, me reí pensando en lo equivocado que estaba.

—Es algo que he descubierto estos últimos días.

Se estaba adentrando en un mundo desconocido, inquietante, cuya existencia no ignoraba, pero al que nunca había intentado asomarme siquiera. Tampoco había buscado la coyuntura, y ahora me sentía atrapado, porque necesitaba saber algo más. ¿Qué y por qué? Quizá fuese solamente un dictado de los años, porque pasada cierta edad hombres y mujeres empiezan a preocuparse de la muerte y del más allá.

—Tenía una proposición que hacerle, Carlos —te dice Ismael, cuando sirven el postre—. Uno de mis gerentes, que trasladé a México, dejó un departamento amoblado cuyo arriendo expira en tres o cuatro meses más. Se lo ofrezco, para que lo ocupe hasta el término del contrato. Es muy bueno, con calefacción central y está cerca de la estación Alcántara. Por supuesto, todos los gastos corren por cuenta de la inmobiliaria. Usted tendrá que gastar en su alimentación únicamente.

Como para decir «sí» volando, pero siempre he sido muy controlado y aún más ante lo imprevisto.

—Es un ofrecimiento muy generoso, Ismael —empiezas, mirándolo en el comedor iluminado nuevamente con la luz tamizada del exterior—. Pero me costó mucho conseguir mi actual habitación y no quiero perderla, porque dentro de cuatro meses más tendría que volver, ¿ve?

—Es que sigue pagando su residencial hasta su vuelta. Así no tendrá problemas.

—Déjeme pensarlo un poco, ¿le importa?

Vuelves al valle de Luzbel, comentándole que en cualquier momento podrían llegar curiosos y darlo a conocer. Pero te contesta que, además de su aislamiento y difícil acceso, los propietarios de extensos coteles en sus cercanías se encargan de ahuyentar a los intrusos. Y había otro problema: desde alguna corriente subterránea

había empezado a filtrarse agua, que ya formaba una pequeña vertiente junto al muro, y luego iba a caer al valle. Esa fisura se agrandaba progresivamente, le explicaron los tusquitos.

—¡Eso sí que es grave! Quizá las Naciones Unidas deberían intervenir — exclamas, mientras les sirven el café.

—Puedo asegurarle que los dueños de los cicales no permitirían el paso de nadie, ni del Papa —replicó riendo—. Cuando compré Manto Verde me enteré de esos entretelones.

Entonces llegó Ramiro.

—Están aquí las visitas, don Ismael.

—Que esperen unos minutos. —Y dirigiéndose a mí—: Es un mexicano que financia producciones de televisión. Viene con una productora chilena, que conozco. Quieren que les preste mi casa para grabar aquí algunas escenas de una nueva teleserie.

7-A

Ismael le presentó a Pilar Santelices, bajita, cuyas formas opulentas realzaba con una ropa ceñida. En sus ojos verdosos, picarescos, asomaba un oculto regocijo. Le pareció advertir un brillo especial en la mirada de su acompañante al verlo.

—¡Por fin lo conozco personalmente, señor Fernández! —exclamó Navarro, con su voz profunda y ligeramente humosa—. Había oído hablar mucho de usted.

Ismael enarca las cejas, como dando por obvio que alguien como él fuese famoso. De unos cincuenta años, macizo, no muy alto, de cara estriada, pelo castaño y grandes ojeras, el mexicano permanecía con sus febriles ojillos entrecerrados. Llevaba un pañuelo de colores vivos anudado al cuello.

—¡Qué casa más sensacional! —exclamó Pilar con su voz bien timbrada—. Veo a la pareja central sentada en ese sofá, frente a la chimenea, acusándose mutuamente de infidelidad... ¡Maravilloso!

—Tú conoces bien el asunto. —Navarro sonrió a Carlos e Ismael.

—¿Le importa que tome algunas fotos? —preguntó Pilar, y solo ahora descubres que lleva una cámara colgada junto a su cartera.

—¡Para nada! —exclamó Ismael, alegre—. ¿Desean servirse algo? ¿Un whisky, un coñac, algún refresco?

—Con un whisky me conformo. ¿Y tú, Pilar?

—Solo un café. No bebo cuando trabajo.

—Me parece bien que hagas méritos. —Florencio nos hizo un guiño—. Porque es mucha la plata que debo poner en este negocio...

La mujer enfocó su cámara a diversos rincones de la sala. Brilló el flash dos, tres veces, y de pronto nos dice a los dos con Ismael:

—Por favor, conversen junto a la chimenea. Además voy a darle un ángulo para que se destaque la amplitud de la sala. ¡Tengo que convencer a los ejecutivos del canal!

—¿Tiene algún inconveniente, Carlos? —te pregunta Ismael—. Así tendré un recuerdo suyo, porque me dará algunas copias, ¿no?

Algo sorprendido con la idea, me apoyé en una esquina de la chimenea e Ismael en la otra, mientras Florencio, desde un sillón, no nos quitaba de encima sus ojos sombríos. Pilar nos tomó dos o tres fotos y luego pidió permiso para recorrer la casa.

—Yo se las mostraré —dijo Ismael, y dirigiéndose a ti—: Por favor, quédese aquí, nomás. Volvemos en cinco minutos.

Se instaló frente al fuego, y comenzó a darle vueltas al ofrecimiento de Ismael, que seguía inquietándolo secretamente. Nada más atractivo que pasar el invierno en un

departamento calefaccionado, y no veía problemas en que Ana Luisa aceptara su alejamiento temporal. Además le convenía, porque ahorraría bastante. A la muerte de mi padre, debimos dejar nuestra casa y arrendar otra más modesta en Manuel Montt adentro. Así podríamos vivir con algunas limitaciones, mientras la mamá vendía el fundo. Ese año un tío de mi papá nos pidió que le cuidáramos su casa en Lyon, mientras veraneaba, y allá nos trasladamos. Disfrutamos de un extenso jardín y una magnífica piscina, pero yo al menos sufrí horriblemente cuando debimos regresar a Manuel Montt.

No, no me iría a ese departamento, porque para empezar debería vivir solo allí. ¿Cómo mantenerlo limpio? Seguramente le pagarían los gastos comunes, pero no el aseo. Además, Ana Luisa me servía de compañía, y aunque no soy aprensivo, la salud suele hacer sus jugadas a mi edad. Necesitaba alguien por cualquier emergencia, aunque solo fuese para llamar a la ambulancia...

Pilar volvió comentando que la casa se prestaría para estupendas «locaciones», y me ofreció un papel de extra en la teleserie, como invitado a una fiesta de la *high society*... Pronto se marchaban, y entonces le planteé a Ismael mis puntos de vista en relación al tema de la casa.

—Quizá tenga razón —convino, mirándolo muy serio—. Es algo grande para vivir solo, porque mi gerente estaba con su señora y dos hijos pequeños. Se lo ofrecí solamente por la coyuntura favorable que se presenta.

—Se lo agradezco mucho, de veras —repites, un tanto confuso, como nos ocurre al adoptar una decisión que no nos convence del todo—. Pero debo ser realista.

—Tengo que asistir a una reunión. Por favor, quédese a tomar té, y a comer si lo desea, porque comeré afuera. ¡Estos días han sido terribles!

—Si va para el centro, prefiero que me lleve. Más tarde me costaría irme de este ambiente tan agradable.

Estaba bien allí, porque la pieza era acogedora con sus libros, sus recuerdos familiares, el televisor y la estufa que podía encender en caso de emergencia. Tampoco echaba de menos la independencia, porque para aprovecharla se requiere dinero, al menos para cultivar la amistad de una mujer, por ejemplo. Pero la realidad suele frustrar nuestras expectativas, al revés de la fantasía. Cuando ibas a una fiesta prometedora te convencías de tu error al llegar. Los sueños hilvanados por tu imaginación se derrumbaban al enfrentar el escenario, quizá porque tendías a revestirlo de colores demasiado vivos. Tal vez te hubiese ocurrido lo mismo de aceptar el ofrecimiento de Ismael, careciendo de los medios para atender a tus posibles invitados.

Sobre Fernández, algo en lo hondo de tu conciencia no funcionaba con fluidez. Por una parte las plantaciones de droga, por otra Manto Verde, construido por un criminal para ocultarse, y además ese lugar que llevaba el nombre del ángel caído,

convertido ahora en el Príncipe de las Tinieblas, en Satanás, en la fuente del mal en nuestro mundo. ¡Los preadamitas! Según Benalcázar, los restos de su cultura debían hallarse en las entrañas de la tierra, como ese dibujo en la cima del valle de Luzbel. Pero me estaba precipitando al aceptar de antemano la veracidad de esa historia. Como fuese, todos esos elementos de alguna manera se interconectaban, porque Fernández también estaba sutilmente implicado.

Suena el teléfono y me sobresalto, porque permanecía frente a la estufa que había encendido para desvestirme. Verónica me avisaba la muerte de Gregorio Correa, mi primo, de un infarto. Lo sepultarían mañana, después de una misa en los Sagrados Corazones, a las once. Seguían muriéndose los de mi generación, porque Goyo me aventajaba por tres años. Le tuve aprecio durante largo tiempo, pero su avaricia terminó por enfriarme bastante. Tendría, pues, que asistir a su funeral, y de alguna manera volví a la realidad, porque en esos últimos días había vivido bastante ajeno a ella.

Recé el rosario, como siempre lo hago antes de acostarme, y encomendé a Dios el alma de mi primo.

Como centro de una extensa familia, económica y socialmente poderosa, Goyo repletó la iglesia. Me topo con viejos conocidos y parientes en esa mañana fría, anubarrada, triste, en concordancia con el acontecimiento. Ahí estaba su prima segunda, Teresa Sánchez, encorvada y llena de arrugas a sus setenta años. Y Rodolfo y Cristina, hermanos del difunto, a los cuales nunca los unió una gran amistad, aparte del parentesco. Vivían alejados de toda actividad, a pesar de que poseían recursos suficientes como para hacer cosas. Eulogio Barros hijo, pomposo y gordo, lo saluda con un tonillo protector. Carecía de la fibra humana de su padre, y solo sabía repetir frases hechas, con sonrisas que terminaban abruptamente, como si las accionase algún mecanismo. Había heredado bastante dinero de su padre, primo del mío, poseía una excelente casa, y un fundo en Linderos, al lado de Santiago.

Sebastián Alcalde, también primo de Goyo, quedó junto a mí en la iglesia, y a la salida me ofreció llevarme en su auto al cementerio. Además va con nosotros otro primo de Sebastián, Rodrigo Larraín, un gordo muy simpático y reidor, socio de uno de los corredores de la Bolsa de Comercio, y al que no había visto en años. Durante el trayecto vamos haciendo recuerdos de nuestra juventud, porque somos más o menos de la misma generación, excepto Rodrigo, bastante menor que yo. También salen a relucir las enfermedades de fulano y zutano, la quiebra de Arsenio Molina, al que un infarto le impidiera hacer frente a una delicada situación, y simplemente perdió todo. Lo poco que le quedara se le fue en los gastos de la clínica. Todo esto contribuye a achatarlo aún más, porque soportaba apenas los funerales, y aunque siempre iba al Cementerio Católico a visitar a sus padres, se le hacía difícil recorrer los largos claustros con sus tumbas embutidas una sobre la otra, o dentro de los mausoleos

oscuros, con rejas de fierro y restos de flores mustias en el suelo.

El entierro de Gregorio fue en el Cementerio General, e integraron un largo cortejo por una avenida bordeada de pimientos y panteones, bajo el día invernal casi, aunque faltaba para el término del otoño. ¡Cuántos muertos a tu alrededor! Miles y miles, y otros tantos en las demás necrópolis de la ciudad. Millones y millones de muertos esparcidos por todo el mundo a lo largo de los miles y quizá millones de años del hombre sobre la Tierra, mientras nosotros, simples transeúntes, pronto iremos a hacerles compañía. Su depresión bajó aún más, en tanto Sebastián y Rodrigo conversan en voz queda, y ríen a veces entre dientes. Y aunque dicen que Dios es un Dios de vivos, la Tierra es un planeta de muertos, porque las ánimas de los difuntos, esperando el Juicio Final, superan en miles y quizá millones de veces a los que hoy se desplazan por el mundo, urdiendo artimañas para sobrevivir, aun a costa de la ruina de los otros, como lo hacen los ladrones, estafadores y narcotraficantes... La figura airoso, fuerte y audaz de Ismael Fernández atravesó su imaginación, y sus aprensiones aumentaron en medio de esas personas, en su mayoría dueños de una situación cómoda, porque su precaria existencia acudió sarcástica. Todos volverían a sus casas, donde los esperaba una familia para almorzar, en cambio tú debes irte a la pensión, a comer a solas lo que Ana Luisa te dejara listo para calentar. Suspiras.

Luego de unos breves discursos, escuchas cómo empujan el cajón dentro del nicho con broncas resonancias, y se te pone la carne de gallina. Ahí viviría en adelante su primo, en su juventud dueño de una apuesta estampa, que lo hizo regalón de las muchachas, metido en ese oscuro mausoleo por los siglos de los siglos, si antes un terremoto o cualquier catástrofe no lo reducía a escombros. ¡Qué espanto! Pediré que me incineren.

Me volví con Rodrigo y Sebastián, e hicimos la fila para presentar las condolencias a los deudos, algo que me resultó especialmente penoso, porque Clara, la viuda, mostraba un desconsuelo patético en su cara delgada, encogida. Al menos Goyo había sido un buen marido. Parecía que llovería de un momento a otro, y de pronto Sebastián me invita a almorzar al club, porque faltaba poco para la una.

—Hemos llegado a una edad en que solo nos encontramos en los funerales — comentó de buen humor.

Pero Rodrigo no podía acompañarnos, porque debía volver a su oficina. Nos instalamos en medio de una decena de mesas desocupadas y pedimos el almuerzo de la lista, apropiado para el día: tortilla de acelgas y caldillo de congrio. Pero antes nos tomamos sendos pisco sours, y reanimado con el trago olvidé mis negros pensamientos de minutos antes. Al volverse hacia el acceso, siguiendo un presentimiento, quizá, divisó a Clemencia Rodríguez entrando en compañía de un hombre bastante mayor, alto, erguido y con una calva avanzada sobre sus rasgos afilados, que buscaba un lugar. Clemencia te descubre y te sonrío de una manera

especial.

—¿Quién es? Me parece conocida. —Y cuando se lo explicas—: Es estupenda, en realidad.

Sebastián estaba mejor que yo para mirar a Clemencia, porque para hacerlo debía volver un poco la cabeza. Me concentré en el almuerzo, escuchando a Sebastián que comentaba los últimos días de Gregorio, porque el infarto lo había pillado durmiendo, sin ninguna advertencia previa. Salía poco, iba al club no más de una vez a la semana, y la noche anterior a su muerte había comido en casa de unos amigos.

—La amiga de Francisco Sutil te mira seguido. ¿Has tenido algo con ella?

Se sintió íntimamente halagado con el comentario de Sebastián, aunque sin ser malpensado, su amistad con Fernández podía influir en la actitud de la mujer, en especial después de su ruptura, según comentara Acorsi.

—La conocí recién, como te decía. A lo mejor me mira para molestar a su amigo.

Se rió. Al marcharnos le hice una venia a Clemencia, que me correspondió con una sonrisa espectacular.

Se dirigió al metro pensando en el comentario de Sebastián, en las sonrisas de Clemencia y en Ismael Fernández. Cuando se bajó en la estación Escuela Militar empezaban los primeros goterones. Afortunadamente, cogió de inmediato un bus.

El almuerzo con Sebastián y mi encuentro con Clemencia habían contribuido a levantarme los ánimos y a mirar con más optimismo la vida.

Durmió una larga siesta y se preparó un té en el departamento ya oscuro. Acababa de echarle azúcar a la taza cuando lo llamó Clemencia.

—¡Don Carlos! Qué bueno que lo encontré. —El teléfono debió dárselo Magdalena, pensó, acometido por una leve excitación—. ¿Me acompañaría a una exposición privada de grabados de Doré, en la casa de un matrimonio que conocí en Estados Unidos?

Seguía lloviendo, ahora con más intensidad.

—Es a las siete y media. Hay un cóctel después. Yo puedo pasarlo a buscar. Vivo en Málaga, así que estamos cerca. ¿Le parece bien a las siete y cuarto?

Demasiadas facilidades para mantener una negativa en términos razonables. Aun sin el optimismo de Sebastián, ajeno a otros aspectos de tu relación con Clemencia, estar un rato con ella en medio de esos momentos de intimidad que suelen generarse en cualquier reunión social te atraía enormemente. Al menos, saldrías de dudas sobre sus intenciones. ¿Y si a la exposición también iba Fernández? Pero de nada debía inquietarse: convenía poner las cartas a la vista y esperar qué sucedía después.

Se cambió de terno —tenía dos para «las grandes ocasiones», como había comentado con Ana Luisa, en bastante buen estado— y se puso una corbata con dibujos vivos. Clemencia pasó por él vestida con un impermeable en el que refulgían los rastros del chubasco.

—¿Va a estar Magdalena, también? —pregunto, ya instalado junto a ella en el coche que parece nuevo e íntimo.

—No, ninguna de las personas que ha visto en nuestras reuniones. Los McCormack son canadienses. Estaban en Washington cuando vivimos allá. Brian es representante de una gran empresa canadiense de celulosa, que es de la familia de Millicent, su mujer. Es gente muy rica. Ahora están abriendo una sucursal en Chile.

Clemencia conducía bien y a buena velocidad. De Apoquindo pasaron a Manquehue y siguieron hacia el norte. Llovía con regular intensidad.

—¿Son grabados auténticos de Doré?

—Me expliqué mal, en realidad. Son de un muy buen imitador, también francés, Yves Lamoureux, que murió hace unos diez años. Pero sus interpretaciones de las obras que ilustró Doré son personales. No se limitó a copiarlo.

Su curiosidad crecía a medida que el coche, impregnado con la fragancia de la mujer, avanzaba con una celeridad sostenida, en medio de un tránsito tolerable.

—¿Y ha estado con Ismael Fernández? —Hizo la pregunta con naturalidad, pero Carlos experimentó un secreto sobresalto. ¿Para eso lo habría llamado?

Le conté que había almorzado con él ayer, pero sin explayarme mayormente.

—Le tiene un gran aprecio, don Carlos. Extraordinario, realmente. ¿Sabía que iba

conmigo y Magdalena, en su auto, cuando él lo descubrió en la estación Escuela Militar esperando movilización? Llegó a detener el auto, y siguió mirándolo por el espejo retrovisor. «Ese señor es igual a alguien que conozco...» Y entonces Magdalena se acordó de usted.

La noticia te pilla desprevenido y por un momento no sabes qué decir. Miras a Clemencia, que se había detenido frente a una luz roja.

—Magdalena nada me había contado —atinas a decir, luego de un segundo de vacilación.

—Bueno, no tenía para qué decírselo, tampoco —replicó ella, los ojos fijos en el semáforo—. Entiendo que se encontraron días después en el metro, ¿no es así?

—Sí, exactamente.

—Magdalena organizó especialmente esa fiesta para presentarle a Ismael Fernández... Son muy amigos, como usted sabe. —Te sonrío en la penumbra, de manera indefinida.

La actitud de Magdalena parecía natural: quería agradecer a ese hombre poderoso, del que fuese amante. O sea, había sido de Fernández la idea de conocerlo. ¿Porque se parecía a su abuelo?

—Así que iban los tres juntos —dices, para no mantener el silencio más allá de lo natural.

—Fuimos a un remate de muebles y cuadros chilenos en Américo Vespucio, de un coleccionista recién fallecido. Magdalena le pasó el dato a Ismael, que es chiflado por las cosas antiguas.

—¡Qué notable cómo se dan las cosas! —suspiró, aún confuso. Algo en esa historia lo inquietaba. La sonrisa de Clemencia en la semioscuridad me pareció amistosa e impregnada de una particular ternura.

—Ya estamos cerca. Los McCormack viven al comienzo de Lo Curro, en una casa muy bonita con una entrada bastante rústica que le da aspecto de fundo o algo así.

Empezó a señalar para torcer a la izquierda, y pronto ascendía por un camino reluciente de agua entre un doble seto de arbustos hasta una explanada que precedía a la casa con varios automóviles estacionados. Millicent, pequeña, regordeta y rubia, de unos cincuenta años, y Brian, un poco mayor, robusto, alto y con gruesos lentes. En el salón pululaban los variopintos invitados y dos mozos que repartían tragos y bocadillos. Los grabados cubrían los muros del salón, del escritorio y de una sala contigua. Parecían obras auténticas de Doré, de tamaño grande, cuidadosamente enmarcadas. Aún perturbado con las relevaciones de Clemencia, enfrente de pronto la imagen del propio Luzbel, con sus alas plegadas, mirando al frente con una expresión enérgica, apoyado en su espada. Como que el ángel caído me perseguía. Las escenas del infierno, de una notable atmósfera, con diablos de alas de murciélago, gruesos

rabos y cuernos, rodeados de alimañas de caras sarcásticas o de diabólica ferocidad, de todos tamaños, algunas minúsculas, como en un cuadro de El Bosco. Clemencia lo acompañaba en su recorrido y, luego de un vistazo a la muestra, volvieron al salón y se integraron a un grupo presidido por los dueños de casa. Pero otra vez recordaba mi conversación con Clemencia. ¿Pretendía advertirme algo? El cóctel transcurría en medio de un prudente bullicio, y comía y bebía con mesura hasta que Clemencia me preguntó si deseaba marcharme. La mayoría de los invitados se había ido, pero al despedirnos Millicent exclamó:

—No se vayan todavía —se expresaba en un español bastante claro—. Hace tiempo que no conversamos, Clemencia. Por favor, quédense a comer. Por mientras, instálense en el escritorio y sírvanse otro trago.

—¿Cuántos hijos tiene? —le pregunto a Clemencia, ya sentados en un sofá de la solitaria habitación.

—Tres niños, dos hombres y una mujer. Viven conmigo.

—¿Y piensa casarse de nuevo?

—Creo que voy a dedicarme solamente a mis hijos.

Reaparecieron los McCormack con dos matrimonios más, uno norteamericano y otro chileno, y una mujer alta, rubia, de buena cara, de la embajada de Canadá. Durante la comida, los McCormack y Clemencia hicieron recuerdos de su estadía en Washington, mientras Carlos, entre esta y la canadiense, de nombre Stephanie, y con mucho dominio del español, conversaba con una y otra.

—¿Estaba aquí el dueño de la colección? —le preguntas a Brian, que tienes al frente.

—No. Está muy enfermo y no lo conozco. Es un señor Mondaca, diplomático, y que le compró los grabados en París directamente a Lamoureux. Renado Cádiz, un grabador gordo y de barba, que estuvo aquí y al que conocí en Nueva York, es bastante amigo de Mondaca y me propuso hacer esta exposición.

—Fue una buena idea, porque a Lamoureux lo deben conocer poco —comentas.

—Casi nadie en Chile, según Cádiz. Y eso que Lamoureux tiene parientes aquí, porque un hermano de su padre se casó con una chilena y se quedó en el país. Y ese tío tenía, o tiene todavía, una hacienda en el sur, cerca de Puerto Montt. Lamoureux contaba que la figura de Luzbel, ¿la recuerda? —asentí—, se la había inspirado una historia que escuchara en la hacienda de su tío, de boca de unos arrieros, después de un gran terremoto que hubo en la zona. Me parece que fue en 1960.

—Sí, en mayo del 60 —dijo Carlos, acometido por un presentimiento—. ¿Conoce esa historia?

—No. La mencionó Cádiz, que tampoco la sabe. Además, cree que fue algo inventado, una especie de psicosis provocada por la catástrofe. Porque fue algo horroroso, entiendo.

—Es el terremoto más grande de la historia —le explicas—. Se cayeron cerros enteros, se abrieron grandes grietas, algunos ríos cambiaron de curso... Fue casi un

fin de mundo en esa región.

—Lamoureux estaba en Chile para el terremoto, pero en Santiago. Días después se fue con su tío a la estancia y conversó con uno de los arrieros. Según Cádiz, esos hombres habían visto en medio del cataclismo la enorme figura de un ángel. Pero huyeron aterrorizados. Eso es todo lo que sé.

—¿Y por qué le pondría Luzbel al cuadro? —insistes.

—¡Ah! No lo sé. Sería cosa de conversar con el tío de Lamoureux.

Lamoureux había hecho una exposición en París, cuando Mondaca ocupaba un alto cargo en la embajada de Chile. Nos marchamos con Clemencia después de las doce, en medio de una lluvia que no menguaba. Transcurrida apenas una semana desde la reunión en casa de Magdalena, Luzbel insistía en hacérsele presente por distintos caminos. Aunque pensándolo bien, todo tenía una raíz común: Magdalena, ex amante de Fernández; Acorsi, amigo de Rafaela, íntima a su vez de Magdalena; Ismael Fernández, el personaje central de la trama, y ahora los McCormack, vinculados a Clemencia, ex amante de Fernández.

¿Sería una mera casualidad?

«La hora del lobo», la llama Ingmar Bergman; esa que llega al despuntar el alba, antes de la salida del sol. La lluvia acudía a su ventana, empujada por alguna ráfaga aislada, pero que dejaba escapar un largo gemido a veces. Se dio vuelta en la cama, agitado. Muchas coincidencias, sin duda, pero todas conducían a un mismo personaje: Ismael Fernández, el único con los medios necesarios para armar lo que fuese. ¿Estaría empezando a «difariar», como decía una vieja empleada de su casa?

En medio de esta duermevela, con sus ideas yendo de un lado a otro, pero con una cierta coherencia, volvían los preadamitas, el centro real o ficticio de todo, la carnada quizá para atrapar al pez, Carlos Sánchez. No. No podía ser así. Los preadamitas... La Iglesia rechazaba de plano la idea, y La Peyrère fue obligado a abjurar de su teoría. Me considero católico, asisto a misa todos los domingos, y comulgo por lo menos una vez al mes. Pero ¿cómo cegarse ante ciertos hechos sobre los cuales algunos pretenden poseer la única verdad? El propio Lacunza, que Elizondo citara, y cuya obra mi madre heredó de un tío jesuita, defiende el sentido literal de las Escrituras, y previene contra sus intérpretes, porque muchas veces las distorsionan guiados por sus conveniencias. Al fin y al cabo son hombres. Y acude a san Lucas: «No entrasteis vosotros, y a los que están entrando se lo habéis impedido» (11,52). En cuanto a mí, estos asuntos solo constituían meras curiosidades, un simple escapismo. ¿O había algo detrás? Encendí la luz del velador: las siete con diez minutos.

—¿Durmió mal anoche? —le pregunta Ana Luisa, entrando en la sala de estar con su bata rosada.

—Me desvelé. Llegué tarde, porque tuve una comida... Espero no haberla despertado. —Acababa de terminar su café.

—Cuando recién me duermo, no me despierta ni un terremoto —rió Ana Luisa—. Está llevando una intensa vida social, ¿no? Eso es bueno, porque quedarse encerrado todo el día no creo que le haga bien a nadie.

Terminé de leer el diario en una mañana muy fría, pero sin lluvia. Tendía a despejarse, pero aunque brillase el sol, difícilmente entibiaría el resto del día.

Revisó la guía telefónica: Amelia Gorbea, viuda de Lamoureux. Lo atendió la propia Amelia, tía política de Ives, muerto muy joven de una neumonía en París. Al plantearle su inquietud, la mujer rió de una manera juvenil, aunque debía ser una sesentona, por lo menos.

—Sí, sí. Esos arrieros trabajaron durante años con nosotros. Nelson Huilcamán todavía vive, entiendo, cerca de Puerto Montt. Es cuestión de que hable con mi hijo

Juan, que está a cargo del fundo ahora. Si quiere le doy el teléfono.

—¿Usted recuerda esa historia?

—Creo que la inventó Huilcamán para justificar la pérdida de los caballos, que eran nuestros. Pero que el paisaje cambió cerca de un caserío llamado Los Piñones, adentro en la cordillera, es cierto. Pero solo Nelson y Faustino Catrileo vieron ese ángel. ¿Se da cuenta? Deben haber estado con la mona viva, porque eran muy buenos para tomar.

—¿Salió algo en la prensa?

—Nada, que yo sepa. ¡Todos se reían de esa historia!

—Pero su sobrino la tomó en serio, porque anoche vi un grabado que, según su dueño, se inspiró en la historia del arriero.

—Sí, Ives, quedó muy impresionado con la descripción de esos hombres, que no sabían leer ni escribir. ¡Yo no me acuerdo de nada! Pero en cualquier texto sagrado, o en las iglesias, se ven esas figuras, y hasta el más ignorante puede dibujar un ángel.

Y entonces lo llamó Ismael Fernández. No pudo evitar un íntimo sobresalto.

—Tengo que proponerle algo, y espero que esta vez acepte. Me habría gustado conversarlo personalmente con usted, pero tengo muy poco tiempo. Debo ausentarme de Chile por dos meses, como mínimo, que pueden convertirse en tres. Le ofrezco que se quede en mi casa todo ese tiempo. No para cuidarla, por supuesto. —Aquí rió—. Pero me voy a sentir mucho más seguro si alguien que aprecio está ahí. Le inspirará respeto a la servidumbre. ¿Qué me dice?

—¿Por dos meses, dice usted? —La inesperada proposición te desconcierta.

—Tres casi con seguridad. Prácticamente todo el invierno. Desde luego, usted no tendrá gasto alguno, ni de comida ni nada. Y mi bodega queda a su disposición, lo mismo que mis autos y mi chofer.

Habría sido de loco negarse. Recordó que el balón de gas de su estufa estaba agotándose, y había olvidado pedir el repuesto.

—¡Me ha convencido! Es muy generoso, Ismael.

—Queda en su casa. Puede invitar a quien quiera, hacer fiestas, lo que se le antoje...

—¿Y cuándo tendría que irme?

—Ayer —ríe por lo bajo—. Parto en dos horas más. Son las diez. ¿Le parece bien que lo vayan a buscar a las doce, para que almuerce en la casa?

—Perfecto.

—¡Hasta pronto, Carlos! Alguna vez lo llamaré para saber cómo se portan Ramiro y sus «boys» con usted. Me habría gustado estrecharle la mano antes de irme. Pero no todo se puede en este mundo.

De súbito enfrentaba dos meses de una vida holgada, de rico, sin zozobras de especie alguna. Y aunque a la vuelta de Ismael debería afrontar de nuevo mi realidad, bien

valía la pena intentarlo. Lo tomaría como unas vacaciones, esas vacaciones que tanto me costaba encarar cada año, debiendo a veces quedarme en el departamento a solas, mientras Ana Luisa veraneaba con unos parientes en Linares, porque apenas me había alcanzado para pagar una residencial en algún balneario de la costa central, como solía hacerlo antes. Llamó a Ana Luisa a su oficina, diciéndole que el favor se lo había pedido un pariente, y no podía negarse. Seguiría pagándole el arriendo, porque volvería en poco tiempo.

Por primera vez en muchos años se sintió libre de inquietudes. Cualquiera fuesen las secretas intenciones de Ismael, hasta ahora lo favorecían. No valía la pena ofuscarse buscando misterios donde quizá no los había. Suena el teléfono de nuevo: era Ismael. ¿Habría suspendido el viaje?

—Carlos: la foto que nos tomaron el otro día salió muy buena. Se la dejé en el cajón del escritorio, en el del medio. Pilar insiste en que usted haga un papel en la teleserie... —Se rió.

—¿Dispone de algún tiempo para conversar?

—De cinco o diez minutos. Estoy esperando para irme al aeropuerto.

Le habló del grabado de Luzbel, y de las coincidencias que sobre el tema se le habían producido en estos últimos días.

—¿Y qué? Acuérdesse del asesinato de Kennedy, sin ir más lejos. En poco tiempo murieron como veinte testigos del crimen. Y todos violentamente. ¿Coincidencia? Así lo estimó la Corte Suprema de Estados Unidos. Hay hechos que a veces se acumulan, y de pronto se desencadenan, como para dejarnos con la duda. Total: todavía no le ha pasado nada. ¿O teme encontrarse no con Luzbel, sino con su sucesor? Y lanzó una carcajada.

—No, no tengo esos miedos por ahora...

—Me parece muy bien que cultive la amistad de Clemencia. Es una gran mujer.

—La voz de Ismael se revistió de sinceridad.

No conseguí concentrarme en la historia de los sumerios, no tanto por el frío creciente, sino por mi nerviosismo ante lo que vendría. Se preparó una taza grande de café, y el calor volvió a su cuerpo. Pensé que pronto dispondría de todos los libros de la biblioteca de Fernández para mi solaz. Después de los sesenta años, disfrutaría de comodidades que nunca pensé alcanzar. Y que a veces había envidiado en parientes y conocidos. ¿Se estaría acercando mi fin? Porque suele ocurrir que las buenas noticias llegan *in articulo mortis*. Pero desechó esa sombría idea, pensando en que el invisible guionista de nuestros actos nos reserva a veces imprevistas escenas. Pero lo positivo no goza de mucha longevidad.

Cuando llegó Mario, el chofer, estaba en el dormitorio, con la estufa debilitándose a ojos vista, porque el frío había empezado a penetrarlo. Pero la gran casa me aguardaba solitaria, con sus vastos espacios más que tibios. Ramiro acudió a recibirlo.

—Le preparé el dormitorio vecino al de don Ismael —te explica con su rostro

muy compuesto y poco dado a las sonrisas.

Te conduce a la gran habitación, orientada al norte, al extenso parque interior, donde la piscina descansaba en la tarde helada, y los árboles y arbustos inmóviles, como congelados, conformaban un paisaje apacible.

—¿Quiere que le ordene su ropa?

—Muchas gracias. Yo mismo lo haré. Es muy poca.

Colgó sus ternos y puso sus prendas en los grandes clósets de la sala de vestir, que comunicaba con el baño iluminado por una ancha ventana. En el salón de costumbre, más pequeño que el principal, ya me esperaba el carrito de los licores, y una bandeja con bocadillos. Aceptas un whisky que te ofrece Ramiro y te sientas ante la alegre chimenea. Afuera el frío sin duda aumentaba, bajo el cielo gris oscuro, descendiendo implacable sobre el exclusivo barrio.

—Avíseme por el citófono cuando quiera almorzar, don Carlos —le dijo Ramiro, al retirarse.

—A la una me parece bien —replicas calmoso, compenetrado con tu papel de dueño de casa.

Hundido en el sillón, recibía en el rostro el suave calor del fuego. Permaneció así varios minutos, quizá dormitando, mientras en sus contornos todo parecía callar. Como hallarse en pleno campo, porque lo separaban no menos de cinco cuadras de Las Condes. Ahora podría partir cuando quisiera donde la viuda de Flores: le bastaba con ordenárselo al chofer. Por mucho que redujese el asunto de Luzbel y los preadamitas a una mera concatenación de hechos pintorescos, sin ninguna proyección definida, de alguna manera se vinculaba a mi experiencia con el jardinero.

Y en ese contexto, seguía pareciéndome oportuna mi visita a Rosaura de Flores.

Y entonces recordé la fotografía tomada por Pilar Santelices, la productora de televisión.

Tiré del cajón central del gran mueble de caoba, pero no se abrió. Y en la cubierta, aparte de una agenda electrónica, y otros artículos de escritorio, no se veía llave alguna. He ahí un olvido de Fernández, sin duda. No te importa mayormente la foto, pero te contraría el hecho. Te asomas a la penumbrosa biblioteca, con sus anaqueles repletos de libros por todos sus muros, excepto el del ancho ventanal que captaba la luz de la tarde. El parquet y la gran mesa rodeada de sillas tapizadas en cuero negro despedían reflejos y flotaba allí esa particular calidez de los espacios enmaderados. Tu bienestar aumenta. Las sombras dormitan en los rincones lejanos, ocultando los libros. Da una completa vuelta por la amplia habitación, mirando distraído los lomos con sus títulos dorados, y vuelve al salón. Allí te espera Ramiro, que te alarga un sobre.

—Acaban de enviarlo de la oficina de don Ismael.

Contenía esta nota: «Introducir la tarjeta incluida debajo de la cubierta del escritorio, encima de la cerradura del cajón central». Seguían dos cifras. Notó que el rectángulo flexible se metía por alguna ranura difícil de ver sin la ayuda de una linterna. En silencio, el cajón salió brevemente de su nicho revelando un teclado digital en su borde interior. Desconcertado, cogí la manilla del cajón y siguió abriéndose. Y entonces descubrí otro sobre abierto, con tres fotografías en colores, en las que Ismael y yo sonreíamos apoyados a cada lado de la chimenea. Estupenda fotografía Pilar, porque nos había captado con nitidez y en actitudes muy naturales, pero el cajón abierto y la manera de operarlo me sorprendían aún más. Tanto en su interior como en sus costados eran metálicos, y siguiendo las instrucciones marqué sucesivamente las dos claves. Ambas cajoneras salen lentamente del mueble y avanzan en silencio, flanquéandome por ambos lados. Inquieto noto cómo siguen deslizándose quizá sobre el muro, dejándome bloqueado. Pero se detienen, vueltos hacia mí sus costados interiores tal vez de acero, con cuatro cajones el módulo izquierdo, y una caja de fondos cuya clave la nota de Fernández no consignaba. La cajonera derecha contenía una computadora tipo maletín, con su impresora.

Basta oprimir dos teclas y el mueble recupera su aspecto primitivo. Cerró el cajón y retiró la tarjeta.

Mientras almuerzas te sientes de nuevo el centro de enigmáticos acontecimientos. Aunque eso duraría sesenta días, presientes que todo integra algo de mayor envergadura, donde no sabes cómo encajarías. Los muros de madera oscura del vasto comedor, donde un gran cuadro y algunos grabados permiten asomarse a escondidos mundos, conforman una atmósfera premonitoria que lejos de inquietarlo, lo llenan de

un secreto e irracional regocijo. Siguió almorzando entusiasta, y al terminar recordó que debía avisarle a sus hijos su nuevo teléfono. Les explicó someramente lo ocurrido, sin extenderse sobre el origen de su amistad con Ismael Fernández. Le pidieron que los invitara a conocer la casa.

—Espérenme unos días, para aclimatarme.

Hablaba frente a la chimenea por el fono portátil, sintiendo la dulce modorra que precede a la siesta. Resolví dormir ahí mismo, ante el fuego. Cuando desperté, noté que Ramiro se había llevado la copa coñquera vacía. Hice un rápido recorrido por la extensa casa. Las nubes se habían espesado, y desde lo alto sus vientres oscuros parecían augurar una pronta lluvia. En el salón, Ramiro se preocupaba de que las llamas cundiesen, acomodando los trozos de madera aglomerada con el atizador.

—¿Durmió bien, don Carlos?

—Muy bien.

—Podía haberme pedido una frazada para cubrirse las piernas.

—¡Tan delicado no soy! ¿Sabe si la casa tenía estos mismos muebles cuando la compró Ismael?

—Creo que sí. Pero el escritorio lo trajo de afuera. Pesa como si fuera de fierro... Nunca lo he visto abierto.

—Es un mueble muy hermoso y fino —comentas, pensativo.

Lo abrió de nuevo. El cajón central guardaba un catálogo del propio mueble, construido en Nueva York por Norton y Sheffield Inc. Se fabricaban a pedido, según las especificaciones del cliente. Detrás del ventanal, orientado hacia el acceso de la casa, una silenciosa ventisca alborotaba los árboles. Hizo salir la cajonera izquierda. Aparte del papel para cartas, sobres de diversos tamaños y repuestos de bolígrafos, nada de interés halló en los tres primeros cajones. Pero en el cuarto descubrió un sobre con su cara hacia abajo, y al voltearlo leyó estas palabras, que por un instante lo paralizaron: «Abrir únicamente en el caso de mi muerte. Ismael Fernández Santapau». ¿Estaría actuando como un intruso? Pero de no haber querido Ismael que se descubriese esa carta, no me habría dado los medios para franquear el escritorio. ¿O se le había quedado allí por olvido? La sola carátula era demasiado reveladora para dejarla a la vista. Ismael quería que Carlos y no otra persona la hallase. Sopesó el peligro: debía contener no más de una hoja con instrucciones. Vuelves a colocarlo como lo encontraste y cierras la cajonera. Desconcertado, sus ojos recorren las dos vitrinas con enciclopedias, volúmenes de arte e historia bajo llave. Cogió un llavero del escritorio y abrió las puertas envidriadas. También, un mueble que corría bajo un anaquel con libros, atestado de archivadores diversos, seguramente de correspondencia. Ismael le demostraba una gran confianza, porque siempre había tratado con personas recelosas, aun entre sus parientes, temerosas, quizá de que les pidiesen algo.

Llovía con grandes goterones. Al igual que un organismo, la casa me protegía de las inclemencias del otoño, con sus muros de madera suaves como epitelios, réplica

del vientre materno. Sí: me hallaba a salvo de todo peligro o acechanza, que en los últimos años irrumpían torvamente en sus duermevelas, recordándole sus limitados recursos y el hecho de ser un pensionista. Pero su actual situación era tanto o más precaria, porque allá no existía un plazo, en cambio aquí estaba fijado de antemano. Encendió la luz, porque afuera había caído la noche siendo apenas las seis. La posibilidad de seguir como ahora por un largo tiempo le hizo sacudir sus vacilaciones. Y estaba el sobre, que algo quería decirle.

Después del té y de nuevo en el salón, contemplando el fuego bajo la luz indirecta que creaba un ambiente acogedor, los solapados atisbos de la soledad surgieron sigilosos desde los rincones más alejados. Acostumbrado por años a las cuatro paredes de habitaciones pequeñas, la idea de hallarme entre esos muros enmaderados, que me separaban de amplios espacios y pasadizos, me provocaron una repentina desconfianza. Pero desde los contornos solo llegaba el ruido del temporal. Rechazando mis aprensiones, me fui al escritorio y me enfrasqué en los grandes volúmenes de la Espasa. ¡Nada tan apasionante como hojear una gran enciclopedia! Cómo nos coge el nombre de algún personaje o de un lugar o un suceso histórico cualquiera y nos lleva a través de páginas y tomos de un viaje inacabable, pleno de sorpresas, de descubrimientos inusitados, de hechos olvidados largamente y que de pronto reaparecen, desconcertándonos, porque no recordábamos cómo se vinculaban a tal acontecimiento o persona.

De pronto se acordó del cuarto audiovisual del subterráneo y le pidió a Ramiro que le enseñara a usar la pantalla gigante y la videocasetera. Buscó en los estantes, atestados de documentales, y pronto las ruinas de Babilonia se materializaban en un espléndido colorido y con una nitidez perfecta. La elocuencia de las imágenes sustituía las explicaciones en inglés. Allí se hallaba aislado de todo ruido, tras los muros acolchados. Otro mundo, sin duda. Porque al departamento lo invadían los motores de Apoquindo, los inodoros de los vecinos, la vibración de las cañerías, algún portazo estrepitoso, etc. Uno terminaba acostumbrándose a todo eso, y también al olor a comida, tanto de su propia casa como el procedente del vecindario, a los diálogos nocturnos, nítidos a veces en el relativo silencio, algún grito o el llanto de un niño, y hasta la canción destemplada de un borracho.

Hojeaba el catálogo de los videos, sin olvidarse de Babilonia y sus animales alados, sus figuras zoomórficas, sus símbolos de la fertilidad... Los ángeles. Los encontró fácilmente, pero se refería a los ángeles en la pintura y la escultura, de la televisión italiana, y un documental francés sobre los bajorrelieves de las catedrales, porque el arte y la fe son los albergues preferidos de esos seres etéreos, dotados de una celestial belleza y de grandes alas. ¿Las necesitaban esas entidades privadas de materia para desplazarse? Seguí revisando los títulos, distraído a veces por las imágenes de la ciudad caldea, ya tantos siglos muerta, después de haber sido la urbe

más importante del mundo antiguo. ¡Cuántos videos poseía Fernández! Por lo menos quinientos. Y al llegar a la T me enfrento con «Tepuyes y hondonadas de las selvas amazónicas». ¿Cómo Fernández no me había hablado de ese documental cuando abordara el tema? Se vio rodeado de ojos y oídos invisibles, acechándolo, mientras la grave voz anglófona se explayaba sobre los caldeos. Aparte del título, escrito a plumón en el lomo del estuche, solo una etiqueta manuscrita describía el contenido de la cinta. «Documental grabado por alumnos de la Fundación Cisneros y la Corporación de Turismo de Venezuela, en 1985. Impresionantes vistas del Salto del Ángel y de la misteriosa hondonada conocida como valle del Ocelote». Nada sobre el valle de Luzbel, y de ahí quizá que Fernández no lo mencionase.

La suave chicharra del citófono lo sacó de su momentánea excitación: lo llamaba la señorita Clemencia. Le explica que en su departamento le habían dado el número, bastante conocido para ella, añadió riendo nerviosa. Millicent McCormack los invitaba a los dos, Clemencia y Carlos, a un fundo en Colina de un accionista de Celulosa del Sur, que poseía hasta baños termales.

—Lleve traje de baño, por si acaso —me aconseja Clemencia, antes que aceptara la invitación—. Esas aguas son muy buenas para la salud, dicen.

Mi visita a los McCormack había despertado mis recelos por Clemencia. Esa confusa y perversa idea de la confabulación montada en torno tuyo, sin un objetivo aparente, se aferraba como un moho a ti, y uno de sus agentes era la mujer. Pero compartir un paseo con ella tal vez te permitiese descubrir algo más. Como caminar sobre esos troncos resbalosos usados de puentes peatonales en los campos. Porque en tu actual situación, muy grata en múltiples aspectos, en otros se columbraban confusas siluetas.

Clemencia lo pasaría a buscar mañana al mediodía, porque el viaje no tomaba más de cuarenta minutos. Prefirió no acudir a los coches de Fernández para asegurarse una mayor privacidad. Puso el documental venezolano. Lo narraba una nasal voz de mujer, poco atractiva, pero las imágenes eran de calidad. Notables esas formaciones geológicas, que surgían desde la selva como tocones de costados pétreos, con algunas lianas y enredaderas aferradas a sus muros verticales. Las secuencias del Salto del Ángel fueron demasiado breves, porque la narradora lo dio por «universalmente conocido». Se mostraban tres tepuyes en no más de veinte minutos, y luego de una larga travesía por encima de la selva, donde culebreaba algún río, apareció una hondonada también con rectas paredes, pero que se hundían en la tierra no menos de trescientos metros. El vallecito medía dos kilómetros de diámetro, y similar a esa suerte de cráter debía ser el valle de Luzbel, pensaba, fascinado ante esas misteriosas expresiones de la naturaleza, ocultas como lunares en la faz del planeta, lejos de la civilización, morada de tucanes, guacamayos, monos y ocelotes, abundantes estos en ese reducido espacio, pero sin duda pródigo en caza. ¿Conocería algún día el valle de Luzbel? Algo me susurraba que existía esa posibilidad, pero a veces se me antojaba demasiado remota.

A la medianoche se dirigió al dormitorio por los largos pasillos y escaleras alfombradas, en medio de un silencio que no alteró el ruido del verdadero temporal que se debatía afuera. Al encender la luz, reparó en una bandeja con una hielera y tres botellas, una de ellas de whisky, colocadas en una mesita junto al velador.

No pudo evitar su complacencia ante la solicitud de Ramiro, y en medio de la solemne quietud interior, procedió a servirse un Bénédictine.

Cuando desayunaba, la lluvia había cesado, pero el cielo se mantenía oscuro y el viento delataba su ausencia en las paralizadas, dormidas, ramas de un aramo.

Recordaba en su niñez desayunos parecidos, con huevos revueltos que el papá preparaba los sábados y domingos. Los reeditó en vida de su mujer, después del primer hijo, pero luego solo muy de tarde en tarde solía darse esos lujos. Poco o nada recordaba del último fundo de su padre en Lampa, excepto algunas fugaces escenas de esa lejana niñez, cuando tendría cuatro o cinco años. Fue un feliz período, con su madre joven, sana y alegre. Recorría la vieja casa patronal jugueteando con un fox terrier que a veces lo acompañaba a buscar inalcanzables conejos, junto al hijo de una empleada, cuyo nombre y rasgos había olvidado.

Los años que siguieron a la muerte del papá fueron bastante angustiosos, porque tu madre se quejaba constantemente de la falta de plata, traducida en ropas viejas, algunas con remiendos disimulados y calcetines zurcidos. También su salud empezó a decaer por ese tiempo. Siempre hubo qué comer, no en abundancia, pero al menos para no quejarse de hambre, y a veces, muy a lo lejos, enfrentaron las penurias de un corte de gas o luz, aunque solo por algunas horas. Pero en esos momentos se grabaron en tu memoria como los más reveladores de la estrechez familiar. Estrechez que nunca lograrías entender, porque luego de la muerte de tu mujer continuó cerrándose, hasta culminar con la enfermedad de tu madre y la venta de tu departamento, porque el automóvil ya había partido con el fatal alumbramiento de Luisa. En ese momento supiste que nunca podrías recuperarlo, porque los coches se consideraban entonces artículos de lujo.

La lectura del diario frente a la chimenea encendida te hace olvidar estos melancólicos recuerdos. Luego cogí el librito de Agramonte, que hasta ahora había leído por partes.

Los ángeles son las únicas entidades conocidas que integran la corte celestial, y son los primeros seres creados por el Altísimo para servirles de mensajeros y guardianes. Son espíritus, y en la escala del poder siguen a Dios conforme su jerarquía. Se les describe con una apariencia humana, porque el antropomorfismo es un reflejo del Hacedor. Han sido dotados de una gran potestad, de mucha inteligencia, de una enorme bondad y de libre albedrío, ya que sin él no habría opción alguna por el bien. Porque en su proceso creativo, el Altísimo persigue aumentar la bondad existente. Cada ángel es su propia especie, y el único parentesco entre ellos es su común origen divino. Aunque algunos sostienen que son asexuados, sus nombres masculinos definirían su sexo.

Los primeros antecedentes sobre los ángeles provienen del Antiguo Testamento. Ya los querubines aparecen en el Génesis 3,24 custodiando el Jardín del Edén.

Tobías, en 12,15, menciona a «siete ángeles que están siempre presentes, y tienen entrada a la gloria del Señor». Pero la Biblia solo nos proporciona los nombres de tres de ellos: Rafael, Gabriel y Miguel. Fuentes apócrifas, es decir, no canónicas, agregan a Uriel. En cuanto a las jerarquías angélicas, san Pablo las atribuye a los judíos. Alrededor de 500 d. C. el monje sirio Dionisio Areopagita agrupó dichas jerarquías en tres tríadas de tres coros cada una, que fue aceptada por la Iglesia. La más alta, querubines, serafines y tronos, recibe una iluminación directa de Dios y la vierte sobre la segunda, dominaciones, virtudes y potestades. A su vez la tercera, principados, arcángeles y ángeles, obtiene esta gracia de la precedente. Arcángeles y ángeles son los verdaderos mensajeros del Señor, que transmiten su voluntad a los hombres, y cumplen además una acción protectora sobre ellos. Porque cada uno de nosotros, conforme a la tradición, posee un ángel de la guarda.

Aun siendo entidades espirituales, sin materia alguna, la naturaleza angélica tenía en un principio, según Agramonte, un mundo interior parecido al nuestro, lleno de pasiones y conflictos, de actos nobles e innobles. Porque toda criatura es inferior a su creador y necesita perfeccionarse. Durante este período evolutivo, algunos ángeles alteraron el orden divino. ¿De dónde procedía Luzbel? Descrito como el ángel más bello, de una gran luminosidad y poder, debería haber sido un querubín, pero como estos nunca se separan de Dios, se piensa que Luzbel fue un arcángel, porque su coro y el de los ángeles se entendían con las criaturas materiales. De hecho, cuando se produce la rebeldía celeste, el que encabeza las legiones contra los disidentes es Miguel, otro arcángel, y no un querubín o serafín, ni siquiera un principado.

Para la caída de Luzbel, Agramonte citaba varias causas: la soberbia, el orgullo, la envidia, la ambición. Cualquiera de estas causó su expulsión violenta del cielo a los abismos, junto con sus seguidores, aunque también se menciona un alejamiento voluntario. Pero en ambos casos Luzbel y sus secuaces fueron castigados, y siendo su pecado inamovible, nada podrá redimirlos. En cuanto a la cantidad de rebeldes fluctúa, según diversas versiones, entre un tercio y las nueve décimas partes de los ángeles. La relación más conocida sostiene que Luzbel, ofuscado por su propia belleza, habría pretendido destronar a Dios, siendo frustrado por Miguel, Gabriel, Rafael y Uriel y las correspondientes legiones. Así la epopeya celestial habría ocurrido antes de la creación de Adán. Pero otros cronistas dicen que, habiendo sido hecho nuestro primer padre a imagen y semejanza del Altísimo, Luzbel se negó a adorarlo cuando Miguel se lo llevó ante los ángeles, por considerarlo una criatura subalterna. «Yo fui creado antes», habría protestado Luzbel. En cuanto al retiro sin lucha del cielo, Agramonte no daba antecedentes.

Siendo Adán la causa de la rebeldía, el posterior pecado de este habría sido inducido por Luzbel como una venganza al verse alejado de la presencia de Dios. Según esta interpretación, la caída del hombre es inseparable de la caída de Luzbel. Los demás ángeles castigados se quedan merodeando entre los hombres, y contaminándose cada vez más de la materia y las pasiones humanas. Estos serían los

hijos de Dios que engendraron gigantes y otros descendientes con las hijas de los hombres antes de Noé. Son «los ángeles que miran» de Enoch, vulnerables a la lascivia como seres hechos de carne y hueso, a partir de su naturaleza espiritual, por completo inhibidora para ciertos actos.

De ahí lo cuestionable de esta interpretación para Benalcázar. Su teoría, citada por Elizondo, daba margen para la idea del abandono voluntario del cielo, porque Luzbel habría preferido independizarse de Dios y convertirse en señor de los preadamitas y sus mundos, o también, alienado por su soberbia, de todo lo creado. «La creación, en efecto, fue sometida a la vanidad, no espontáneamente, sino por aquel que la sometió...» Recordé las palabras de san Pablo (Romanos 8,20) invocadas por Elizondo en la reunión. Alcanzado por el furor de Dios, el ángel caído hace pecar a los recién creados Adán y Eva como un desquite por su castigo.

Imposible imaginar siquiera esos remotos tiempos del Principio. Tiempos terribles, tenebrosos, hundidos en la insondable sima del pasado, cuando empezaba a plasmarse la humanidad, esa humanidad que sigue debatiéndose en medio de grandes dudas, preguntas sin respuestas e inacabables decepciones. Porque después de la Caída nuestros primeros padres fueron expulsados del Paraíso, y así se había iniciado el largo peregrinaje de Adán y su descendencia, que desde entonces debió ganarse el pan con el sudor de su frente. Pero la especie humana había logrado una constante superación material.

Por abstractas que fuesen estas reflexiones, habían sido durante siglos las más inquietantes para el hombre y generadoras de sangrientas guerras, persecuciones y matanzas. ¡Habría sido irresponsable llegar a la conclusión de que todo había sido para nada!

Llegó el mediodía sin que el cielo abriera, presintiéndose un gran frío. No necesitaba corbata, tratándose de un paseo campestre, pero me puse una abrigadora chomba de lana. Le explicaba a Ramiro que volvería tarde, cuando avisaron desde la puerta la llegada de Clemencia. Solo entonces recordé a los dos guardias uniformados que custodiaban la residencia. Ramiro me explica que una compañía de seguridad se encargaba de turnarlos cada veinticuatro horas.

—¿Y se acostumbra a la nueva casa? —me preguntó Clemencia, sin apartar la vista del ir y venir de automóviles y buses. Vestía un suéter y pantalones gruesos, que realzaban su serena madurez.

—No es fácil acostumbrarse a algo tan grande, después de años de vivir en lugares comunes... Pero es tan cómoda y agradable. ¡Y la servidumbre todo lo resuelve!

Recuerdas a tu madre en sus últimos tiempos, de cómo sufría con los días y noches helados de julio, durante un invierno lluvioso, hasta con una nevazón. Entibiabas su cuarto con una pequeña estufa eléctrica, que aun te resultaba cara. ¡No

haberla podido tener en una casa como la de Fernández! Pero rechazas ese asomo de compasión, porque el ser humano fue hecho para afrontar los más grandes rigores climáticos, y así y todo salió adelante. Por grato que fuese vivir como ahora, tu vida pasada no fue tan mala, y a ella volverás en uno o dos meses. No es fácil enfrentar las estrecheces, porque el paso de los años nos hace cobardes, y no debiera ser. ¡Cuántas veces he visto en la televisión a esos ancianos de las poblaciones callampas, metidos en habitaciones de fonolita llenas de goteras, tomando su tacita de té bajo la crudeza del invierno, muy vivos y hasta risueños!

Porque los enfermos sufren tanto en una pocilga como en una clínica abrigada o dentro de un palacio. Es la verdad y no hay otra. Como que esos pensamientos me levantaron los ánimos mientras Clemencia recordaba su vida en Washington, su amplia casa en uno de los mejores barrios de la ciudad «infestada de negros». Hizo un gesto de desagrado. Fue un gran alivio cuando su marido se retiró del BID y partieron a Ciudad de México, donde se hizo cargo del Chase Manhattan. Con sus limitaciones e incomodidades, como el brumo y su enorme extensión urbana, y una población bastante xenófoba, pero generalmente tolerable, todo mejoró para ella. Además se había encontrado con muchos chilenos, en su mayoría refugiados políticos, que formaban una colonia muy activa, actuando como asesores en diversas materias dentro del gobierno, y atacando a Pinochet y sus militares.

—¿Allá conoció a Magdalena?

Cruzamos el San Cristóbal y enfrentamos el valle de Conchalí bordeado por las estribaciones verdes del cerro, dejando al centro extensas áreas cultivadas.

—Sí, estaba casada con Julio Estrada, un hombre que nunca pudo gustarme...

—¿Por qué?

A nuestra izquierda la mole del cerro se extendía hacia el sur, hasta traslaparse en parte, mientras seguíamos descendiendo a buena velocidad.

—Era conflictivo, esa es la palabra, y mujeriego además. Y estando casado... ¿ve? Además cuando le tomaba inquina a alguien, no vacilaba en difamarlo.

Se aproximaban las balaustradas de la casa de los Riesco, con el tono oscuro de lo ruinoso, restos de una opulencia ya ida.

—De un amigo nuestro dijo que era un impostor, por ejemplo. Que tenía otro nombre, porque usaba uno adoptado... Y que era colombiano.

Ismael Fernández, pensó automáticamente. ¿Le contaba todo eso con alguna segunda intención, por despecho, quizá, segura de que él sabría de quién hablaba? No podía darse por aludido.

—¿Y Estrada lo hizo público?

—No alcanzó, porque murió antes en un accidente automovilístico. A mi marido se lo dijo, por ejemplo. Parece que Estrada quería sacarle plata a esa persona, que tenía mucho poder. Porque gastaba sin medirse y estaba endeudado hasta el cuello.

—Murió muy a tiempo —comenté, y al mirarla me sorprendió lo atractivo de su rostro al sonreír.

—Así es. Estrada se había hecho de varios enemigos, además. Hasta le colgaban que era informante de la policía mexicana, que es muy, pero muy corrupta.

—Y ese falso colombiano, ¿supo lo que planeaba Estrada?

—No sé. Se movía a otro nivel, el de las altas finanzas.

Es difícil controlar nuestra curiosidad, pero algo me ordenó callar. Si ella no lo mencionaba por respeto a su ex amante, con mayor razón debía hacerlo yo, que disfrutaba de su hospitalidad. Quizá ella, con esa historia sesgada, quería despertar mi suspicacia. Pero recordé que el tema lo había puesto yo, al preguntarle por Magdalena. Y las mujeres son muy hábiles para las insidias: se aferran a lo que sea para plantearlas. No soy malpensado, pero tampoco tonto, y a cada hecho trato de darle su justa importancia, porque he pecado bastante de ingenuo, con los consiguientes tropiezos. Me hablaba ahora de su familia, de su padre, gerente de un banco importante, y de cómo había conocido a Pedro Bernal cuando iniciaba su carrera bancaria.

Llegaron al fundo de los Barriga, cuyo pequeño parque recorrían los McCormack con otras dos parejas y varios chicos, seguramente hijos del dueño, y Stephanie, la canadiense, que sobresalía por su estatura, unos pantalones ceñidos, y la estrechez de su cintura. En el descuidado lugar se divisaban algunos arbustos raquíticos, y una gran patagua frente a la casa de un solo piso, con una galería por fachada. La residencia patronal, contaba Barriga, un hombre bajo, de rostro pequeño y angosto, había resultado muy dañada con el terremoto de 1985, y debió ser demolida. Sobrevivió el cobertizo con el baño termal, que aún funcionaba. La casa de la administración, que ahora ocupaban, debió ser refaccionada y ampliada. Pero así y todo, la atmósfera de decadencia del lugar en nada disminuía. Tampoco la pileta termal brillaba por su conservación, pero sus aguas despedían una suave bruma y el calor reinante le otorgaba una extraña vitalidad. Cerca de allí existía un balneario con aguas parecidas, cuyos visitantes le atribuían milagrosas propiedades. No me habría bañado allí aunque hubiese sido la fuente de la eterna juventud, y menos en ese día frío, anubarrado, pero de pronto Stephanie preguntó:

—¿Les importa que me bañe?

Y sin esperar respuesta, se quitó resueltamente la chomba, se bajó los pantalones ante un público que la observaba entre incrédulo y escandalizado —afortunadamente, los menores se habían quedado afuera jugando—, y pronto su atlética estructura de blanca piel quedaba en la más completa desnudez. Con una maravillosa desinhibición, la opulenta mujer se metió cuidadosamente en las aguas tibias, y pronto chapoteaba emitiendo guturales exclamaciones de placer, como una esbelta criatura marina de piel lechosa, difuminada tras el vapor, mientras todos intercambiaban miradas de perplejidad, sorpresa y una cierta expresión crítica en la dueña de casa, una mujer delgada, de nariz aguileña, y escasamente atractiva.

—¡Eso es lo bueno que tienen las gringas! —exclamó Barriga, cuya expresión reflejaba aviesos deseos, mirando a Stephanie que nadaba despertando sonoros ruidos al estrellarse el agua contra las paredes rocosas de la alberca—. ¡Cuando quieren hacer algo, lo hacen!

Y acercándose al borde se izó con gran agilidad, ofreciendo de nuevo su mórbida figura a los espectadores aún pasmados y a los ojos entusiastas de Ernesto Barriga. Al percatarse Teresa, su mujer, le gritó en un tono inamistoso:

—¡Anda a buscar una toalla para que se seque!

Con Clemencia nos reíamos, mientras Millicent y Teresa rodeaban a la bañista, que en su español bastante claro relataba las delicias de su zambullida. Estoy seguro de que Teresa habría armado un escándalo de no mediar nuestra serena reacción.

Pronto bebíamos unos tragos, y luego llegaba el almuerzo con unas empanadas bastante buenas y un asado que puso una seria resistencia a mis dientes. Pero había un excelente vino pipeño, y seguimos con un aguardiente como bajativo, un licor casi olvidado para mí. Stephanie, derrochando salud en su cara alargada, de mejillas encendidas, conversaba con Ernesto Barriga y Millicent, muy tranquila. Me descubrió sus blancos dientes en una sonrisa amistosa que motivó un divertido enarcamiento de cejas de Clemencia.

Fuimos a recorrer el campo en medio de un aire helado, y aunque había poco que ver, porque la tierra permanecía cubierta de malezas y matorrales, la frescura campestre me sentó bien. Además, como una reliquia de la antigua casa patronal, aún visibles sus cimientos revestidos de hierbas, se alzaba una doble hilera de álamos que en el pasado debió demarcar el camino de ingreso, convertido en un denso pastizal. ¡Nada tan bello como una alameda! También en el fundo de su padre los álamos bordeaban un largo trecho de la entrada a la casa.

Regresaron a la hora del té al salón, ya bastante frío. Se veía que los dueños de casa, especialmente Teresa, deseaban quedarse solos. La mujer no separaba sus ojos pequeños, malignos, de su marido ni de Stephanie, como dispuesta a lanzarse sobre ambos a la menor provocación.

Llegaron a Santiago pasadas las seis. No se atrevió a hacer pasar a Clemencia a la casa de su ex amante, aun con las más sanas intenciones. La servidumbre podía informar de todo al amo, no solo cuando volviese, sino en el caso de que llamase. Por suerte Clemencia no hizo ni el más leve amago de bajarse del coche, y se despidió de ella en la tarde inhóspita.

Luego de preguntarme con su habitual cortesía cómo lo había pasado, Ramiro me informa:

—Lo llamó don Antonio Acorsi. Dejó su teléfono, don Carlos.

—Así que se cambió de casa, me decían. A quien se muda, Dios lo ayuda. Dos cosas tengo que decirle, señor Sánchez: la señora de mi cuidador habló con la viuda del profesor Flores. Puede ir a verla cuando quiera. Y conversando con mi socio colombiano, me acordé a quién se parecía usted.

—¡No me vaya a salir con un narcotraficante!

—Al revés: es un gran enemigo de esa gente. Se llama Alberto Garachena y es un alto funcionario del Gobierno colombiano, que coordina la lucha contra las drogas. ¿Se da cuenta? Hace un tiempo mi socio me trajo una revista colombiana con una entrevista a ese señor y dos o tres fotos en colores. Por ahí debo tenerla. ¡Parece su gemelo!

—¿Y eso es todo lo de mi doble?

—Tendría que leer la revista. Pero a uno de los que tiene en la mira es al tal Ismael Fernández.

—¿Lo dice ahí? —Te sobresaltas.

—¡No, no! Pero mi socio me dijo que también Garachena investigaba a Fernández por el lavado de dólares... ¡Es un pájaro de cuentas!

¿Y si estaban grabando su conversación? Se despidió rápido de Acorsi y se quedó mirando el teléfono.

Llamó a Ramiro.

—Ayer me dieron un teléfono, pero me olvidé anotarlo. ¿Hay grabaciones de los llamados que se reciben o se hacen? —Se expresó con naturalidad.

—No, don Carlos. Fuera del contestador automático, que nunca se usa, no hay nada más. Yo lo habría sabido.

—¡Qué lástima! —Contesté, disimulando mi alivio.

Pero esa enorme casa podía cobijar un equipo así, oculto, dada la personalidad de Ismael, que además le serviría para controlar a la misma servidumbre. Volvió mi zozobra, y lancé improperios contra el maldito Acorsi. Pero Fernández pasaba poco tiempo en Chile, y sus grandes enemigos no podían estar aquí. Me dirigí al cuarto audiovisual y, siguiendo un impulso, revisé los equipos, porque de haber una grabadora debía hallarse allí, en el dormitorio de Ismael, o en el escritorio, aunque tal vez existiese en la residencia un lugar secreto para este efecto. Pero mis conocimientos en electrónica son nulos. A simple vista, todos esos aparatos se destinaban exclusivamente a la reproducción de música y video. No encontré nada separado de esa gran batería audiovisual, que hubiese despertado mi sospecha.

Al irse al dormitorio, cerca de la medianoche y alentado por el silencio circundante, se metió en la alcoba de Ismael. Como en la suya, había un mueble para el televisor y la estereofonía, pero nada más.

Antes de ir a misa echó un vistazo al escritorio y la biblioteca, especialmente a los muebles que en ambas habitaciones sostenían anaqueles con libros, y cuyas llaves poseía. Solo hallé un contestador telefónico desconectado. En resumen: la llamada de Acorsi me había complicado la vida, porque de igual modo habría visitado a Rosaura Flores. Es muy frustrante perder un amigo o lo que sea, por una simple torpeza.

Desde la parroquia de Las Condes, y reconfortado con «los lirios del campo y las aves del cielo» del sermón de la montaña, me dirigí donde la viuda de Flores, más allá de los cementerios, en una calle con viejas casas de un piso, unidas una a la otra, como en todos los barrios antiguos o venidos a menos de las ciudades chilenas. Le pidió al chofer que no estacionara frente a la fachada, que se distinguía por su pintura en buen estado, sus ventanas protegidas por barrotes y una sólida puerta. Le abrió la propia Rosaura, una anciana de cara despierta y pelo blanco recogido en un moño. Lo saludó como si lo esperase. Al fondo, detrás de una galería, se extendía un patio con los sarmientos desnudos de un parrón dibujándose contra el cielo nuboso de ese frío domingo. Lo hizo pasar a una sala limpia, con muebles antiguos, temperada por una estufa a parafina. Sobre un viejo escritorio se destacaba un canastillo de costura, y en la silla giratoria, un vestido con hilvanes. Se sentó allí y le señaló un sillón. En los muros había dos anaqueles con libros bien empastados.

—¿Se sirve un café? —le dice con vocecilla apenas audible.

—No, muchas gracias. Tiene una buena biblioteca.

—Mi marido la reunió a lo largo de toda su vida y le costó muy cara. La conservo tal como la dejó al morir, hace tres años.

—Ha hecho muy bien. No sé si la señora Elcira le dijo que me interesaba por un hombre que pretendía ser de otro mundo.

—Sí, sí. Marcos, se llamaba, y nunca supimos su apellido. Apareció un día en la población Baquedano, a diez minutos de aquí. En ese tiempo hacíamos clases en una escuela, al lado de la población. Estábamos recién casados.

—¿Vio a Marcos alguna vez?

—Dos o tres veces, porque iba a conversar con Waldo...

Le pides que lo describa, y a pesar del tiempo transcurrido, de inmediato recuerdas al jardinero a través de sus palabras. Cuando Waldo supo lo que algunos alumnos decían de Marcos, quiso conocerlo. A los pocos días el hombre se presentaba en la escuela.

—Yo no oí su historia, pero Waldo anotó sus conversaciones en un cuaderno. —Cogió su llavero y sacó el manuscrito del escritorio—. Se lo puede llevar, pero me lo devuelve, eso sí, porque es uno de mis recuerdos de Waldo. Esa historia lo impresionó mucho.

—¡Por supuesto que se lo devolveré! —exclamó leyendo la primera página, escrita con una letra caligráfica: «Apuntes sobre un hombre llegado de otro mundo a

la población Baquedano. Por Waldo Flores Avendaño»—. Mañana mismo se lo mando a dejar. ¿Recuerda algo de lo que contó su marido?

—Casi nada. Pero todo está ahí —dice, con su encantadora sencillez, señalando el cuaderno.

—¿Mencionó su marido a los preadamitas? —insistes, disponiéndote a partir.

—No, nunca.

Me acompañó a la puerta, y solo cuando Rosaura la hubo cerrado, Mario hizo retroceder el BMW. No me habría gustado que me viese en ese lujoso auto. Había empezado una garúa, que al acercarnos al barrio alto quedó atrás. Llegué a San Damián en medio de un viento tibio, con el cuaderno ya leído. Flores escribía en forma ampulosa y recurrente, pródiga en detalles inútiles, pero lo esencial estaba claro.

Marcos había llegado a la población Baquedano a mediados de 1938, sin saber una palabra en español, pero lo aprendió perfectamente en dos o tres semanas. (A fines de ese año conversé con el jardinero, cuando vivíamos en una casa arrendada, porque mi papá trabajaba en su fundo, y mis hermanos y yo íbamos al colegio.)

Marcos provenía de un planeta parecido a la Tierra, pero de otra galaxia. Lo había traído una Crigal, es decir, una criatura intergaláctica. ¿Tal vez ese nombre correspondía a una sigla adaptada a nuestro idioma por el propio Marcos? Flores nunca puso en duda su relato, porque Marcos le daba una gran credibilidad.

Las Crigal existían desde siempre. Se habían originado de partículas energéticas, desconocidas algunas, procedentes del vacío imperante entre las galaxias, y constituían una antítesis de los seres planetarios. Alcanzaban grandes tamaños, eran muy numerosas, y se comunicaban como las células de un único organismo a través de todo el universo. Lo que hiciera una, lo sabían de inmediato todas las demás. Son inmortales, pero poseen ciertas características orgánicas y una gran percepción. Carecen de sexo.

Se nutren de energía cósmica, la que además usan para desplazarse por el espacio a velocidades muy superiores a la de la luz. Sobrevuelan los planetas, pero nunca aterrizan. También pueden sumergirse en los océanos, y tienen el don de atravesar cuerpos sólidos, o sea, de trasladarse de un lugar a otro, en ciertos casos, sin pasar por los puntos intermedios. Son invisibles, pero se dejan ver cuando así lo desean. Cada cierto tiempo se desintegran, a veces en las vecindades de los astros, hasta que algún detonante las hace recuperar su estructura original. Al parecer en esos lapsos descansan.

En un remoto pasado, las primitivas criaturas inteligentes de los planetas poseían la aptitud de recibir los mensajes telepáticos de las Crigal. (¿Los preadamitas, quizá?) Pero su descendencia empezó a perderla cuando se mezclaron con individuos carentes de aquella. Y así, solo muy de tarde en tarde, nacían personas dotadas de la

condición «crigaliana», pero podían morir ignorándolo. Como las Crigal las detectaban de inmediato, llevaban a uno de sus pares donde naciesen para prevenirlas, porque al desarrollarse la facultad, que maduraba al acercarse la vejez, era más difícil localizarlas.

(Nada decía Benalcázar sobre la eventualidad de que los llamados «mestizos» heredasen ese poder. Y aunque sostenía algo parecido, lo atribuía a la historia bíblica interpretada a su manera, y no como un fenómeno natural.) ¿Cómo se producía el llamado de la Crigal? Marcos sentía una imperiosa necesidad de dirigirse a un lugar aislado, y allí lo recogían sin dejarse ver. Solo notaba su proximidad por ciertas sensaciones orgánicas antes de perder la conciencia, ya dentro de esos seres. Entonces entraba en un sueño cataléptico y el tiempo se detenía para él. En esos períodos se establecía una comunicación inconsciente con la Crigal, y así conoció en parte su historia, aunque en forma nebulosa. Solo recuperaba los sentidos al llegar a su destino, sin experimentar trastorno alguno. Porque además esas criaturas hacían las veces de verdaderos vientres maternos: lo rejuvenecían y le procuraban una total inmunidad contra enfermedades. Renacía con los viajes. Pero en el planeta donde lo dejaran empezaba a envejecer, aunque a un ritmo inferior al de los nativos. También lo prevenían telepáticamente de los peligros, o lo rescataban con oportunidad y discreción. De hecho, Marcos era inmortal. Los períodos de permanencia en un astro cualquiera no bajaba de cuarenta a cincuenta años, con muy raras excepciones. ¿Por qué las Crigal procedían así? Marcos lo ignoraba o no quiso decírselo a Waldo. Las Crigal llevaban a esas personas a mundos compatibles con sus organismos y, dada su magnitud, podían transportar simultáneamente a centenares y quizá miles, sin que uno lo supiese, pero a cada cual lo dejaban donde correspondía, sin nunca equivocarse. A Flores le parecía evidente que Marcos y los de su especie, hombres y mujeres, debían cumplir otras tareas aparte de buscar a los poseedores de esa facultad. ¿Lo harían además para poblar ciertos mundos?

Pero esta simbiosis con las Crigal no solo representaba ventajas. Al viajar a esas velocidades entre las estrellas, el tiempo transcurría muy lentamente para él, pero en los astros podían pasar miles y hasta millones de años. Marcos había salido de su mundo ya viejo, y al regresar se encontró en una época adelantada de muchos siglos, por completo irreconocible y sin vestigios de su descendencia. Además Marcos debía acudir al requerimiento de las Crigal, porque de no hacerlo a tiempo seguiría envejeciendo hasta morir en el mundo donde estuviese. Las Crigal llamaban durante un determinado período, aumentando la frecuencia, pero a oídos sordos no insistían. La desobediencia interrumpía toda la comunicación con esos sobrenaturales y enigmáticos seres. Porque Marcos no sabía cómo llamarlas. Ellos decidían cuándo acudir y adónde llevarlo.

Marcos había venido a la Tierra para avisarle a un niño que poseía esa facultad.

(Interrumpí la lectura sobrecogido, pensando que era yo.) Al conversar con él por última vez, a fines de 1938, le avisó al profesor que se iría de Chile para cumplir un período de permanencia en la Tierra, conforme a lo establecido por las Crigal.

En cuanto a por qué había escogido una población callampa para hospedarse, Marcos respondió que tanto él como sus pares llegaban sin recursos a los astros, y aunque con su experiencia poco les costaba ganar dinero, para empezar preferían los sectores marginales. Allí no les hacían preguntas y se practicaba la solidaridad. «Los planetas se conocen por sus pobres, no por sus ricos», les había dicho.

¿Por qué no le participaba al mundo su historia? No podía demostrarla, y lo tomarían por un loco o un charlatán. Se reirían al oír que desde el comienzo de los tiempos había personas capaces de viajar por el cosmos sin meterse en pesados aparatos, peligrosos de conducir y que apenas llegaban a la Luna. O que él podía vivir milenios con una excelente salud.

En cuanto a las religiones, en muchos mundos había encontrado expresiones parecidas, tanto en los comienzos de su civilización como en etapas avanzadas. Había estado en planetas paradisíacos, donde imperaba la bondad, y en otros poblados por seres diabólicos, así fuesen titanes o no más grandes que niños de pocos años. En todos se presentaba el dilema del bien y el mal. Pero las Crigal parecían ignorar ese conflicto, y tampoco Marcos se pronunció, aunque se interesó por visitar algunas iglesias.

Hasta aquí llegaban las notas de Flores. Les hice tomar una fotocopia y le envié el cuaderno a Rosaura. Curiosamente, las Crigal concordaban en algunos aspectos con las especulaciones de Benalcázar, aunque con una diferencia: esos seres aseguraban una vida indefinida a sus elegidos gracias a sus particulares propiedades semiorgánicas, en cambio los preadamitas habían nacido inmortales. Siguiendo el raciocinio de Benalcázar, quizá las Crigal compartían el castigo divino, porque fueron creadas para transportar a los preadamitas, llenos de gracia hasta la caída de Luzbel. Así visto el asunto, las Crigal parecían algo como parias, sin tener ahora las funciones que originalmente les fijara la divinidad. Porque conforme al relato de Flores, recogido de sus conversaciones con Marcos, el actual objetivo de esas criaturas parecía subalterno dentro de los inescrutables designios del Altísimo. Podía ser. Pero también las Crigal, como entes surgidos de algún desconocido proceso cósmico, ajeno a la historia de los preadamitas, que habían evolucionado por su cuenta desarrollando cualidades sobrenaturales para la comprensión de los seres planetarios, se justificaban por sí mismas en medio de los misterios de la creación.

Pero tanto las ideas de Benalcázar, apoyadas en textos tal vez inexistentes y en su imaginación, como las de Marcos, permanecían hasta ahora en el ámbito de la fantasía. Como fuese, los apuntes del profesor me inquietaban y sumergían en dudas e interrogantes.

No tenía la certeza de que Marcos y el jardinero fuesen una misma persona, pero la coincidencia de sus historias con la interpretación de Benalcázar, lo hicieron reflexionar. El maestro de Elizondo había muerto medio siglo antes, y por lo tanto ya había expuesto su versión de los preadamitas cuando Marcos llegó a la población Baquedano, con la consiguiente visita del jardinero a su casa. Es decir, esa remozada interpretación de las Escrituras circulaba por el mundo alrededor de 1938. Tal vez Marcos trabajó en la casa de algún español, de un diplomático o de una de esas personas habituadas a pasear por Europa, que pudieron conocer a Benalcázar. Y así se enteró de las criaturas del espacio. Luego de enderezar la idea a su amaño comenzó a difundirla, impulsado por su personalidad mitómana, como sostenía mi padre, y entre sus auditores se contaron Waldo Flores y yo. Solo la expresión «Crigal» no resultaba tan fácil de explicar. Pero Marcos pudo leer algún artículo de difusión astronómica, y como sin duda poseía una notable imaginación, urdió lo demás. O quizá también había conocido a alguien lo suficientemente culto para que lo informara, o incluso tuviese sus propias y fantásticas teorías sobre el tema.

Lo más probable es que Marcos fuese el mismo jardinero que me visitara en mi niñez, pero aún no se me ocurría nada concreto respecto a las Crigal. Ciertamente es que a través de una cadena de hechos relacionados entre sí, había desenterrado un acontecimiento ocurrido cincuenta y cinco años antes. Pero hasta allí llegaba todo. Los preadamitas, las efigies de Luzbel aparecidas en ciertos lugares pero sin dejar testimonios concretos, excepto el dibujo en la gruta de un remoto valle amazónico, se reducían a meras especulaciones, comunes de una época en que las diferencias de las religiones se suplían con mitos. Porque el relato de Fernández no pasaba de constituir una anécdota que debía probarse, considerando la discutida personalidad de su autor.

Mircea Eliade sostiene que el mito corresponde a una verdad histórica, y no a una fantasía. Podía ocurrir desde luego que el hombre hubiese poseído en los tiempos primigenios algún sentido para comunicarse con los espíritus del más allá, con una facultad extinguida con el desuso y el paso del tiempo. Pero se trataba de simples conjeturas. Reuniones como la habida en casa de Rafaela abundaban ahora, para hablar de ovnis, fantasmas, la reencarnación, la vida más allá de la muerte, etc. Me sabía unido a un hecho cierto de mi infancia, pero mis últimas experiencias parecían indicar que habían sido la resultante de un mero azar. Ninguna señalaba algún cambio definitivo de mi existencia. El único que veía, a un plazo no muy lejano, era mi fatal paso de la vida a la muerte.

Te vas al subsuelo, recordando tus traspies con Acorsi. Pero ¿cómo habría podido

evitarlo? Solo negando mi nuevo teléfono y exponiéndome así a no recibir algún llamado urgente de mi familia. Y al recordar a sus hijos pensó que hoy podría invitarlos a almorzar. Pero el incidente con Acorsi le quitó los ánimos: empezaba a sentirse un advenedizo en esa casa. Recorrió el amplio subterráneo compuesto por un gimnasio, la sala audiovisual, una pieza de juegos bellamente decorada, que recibía luz por un foso. Abrió amplios clósets, con electrodomésticos en desuso, cuadros y figuras decorativas. Solo una puerta, en un recodo del pasillo, estaba con llave, y pensó que allí podría hallarse lo que buscaba. Pero no pudo abrirla. Te invade un secreto miedo. ¿Y si acudía a un cerrajero? Difícil hacerlo a espaldas de la servidumbre, y tal vez informasen a Ismael. Su investigación debió concluir ahí.

A cierta edad el hombre comienza a buscar los agrados. Perdemos la natural capacidad de sacrificio, tan activa en la juventud, y pensamos que ha llegado la hora del reconocimiento a nuestros esfuerzos. Como quien dice, añoramos algún homenaje, aunque no queramos reconocerlo. Pero si nadie lo hace, tampoco vamos a tomar la iniciativa. El ofrecimiento de Ismael Fernández se encuadra dentro de esos parámetros, y debía sacarle partido mientras fuese posible. Hay personas, como Acorsi, que nunca deberían cruzarse en nuestro camino, porque solamente traen problemas. Ahora comprendía a esos parientes y amigos reacios a conocer gente nueva, sin importarles sus buenos antecedentes.

En cuanto a la posible grabadora, también Ramiro y la servidumbre podían estar aleccionados para no ponerte al tanto de todos los secretos de la casa. Te hallas atendido por personas cuya lealtad se la deben, en primer término, a quien les da de comer, y no a un invitado que, por educado y correcto que sea, no tiene importancia para sus vidas. Nada de echarle la culpa a Acorsi ni a nadie por tus torpezas.

Releyendo los apuntes de Flores te sorprende la coherencia del relato de Marcos, verosímil a pesar de lo fantástico. «Por palabra de dos o tres testigos se conoce toda la verdad», dicen las leyes mosaicas. Pero esa verdad la veía ahora un tanto desvanecida. Porque ese presunto extraterrestre, Marcos al parecer, que me había anunciado medio siglo antes mis aptitudes para comunicarme con esas misteriosas criaturas del espacio, tenía todas las trazas de un mitómano. ¡Qué cruel! Porque ese don se manifiesta con la edad, y yo, al borde de la ancianidad, veía desmoronarse esas esperanzas. Mis problemas seguirían inalterables, y al regreso de Fernández, volvería a mi vida de antes. Y quizá sin la amistad del mexicano.

Pero también las dudas se asomaban, burlescas a veces. Porque ¿habría sido capaz de acudir al llamado de las Crigal? ¿Quería empezar de nuevo en algún remoto mundo? El hombre llega al final de sus días cansado de tantos problemas, añorando un merecido descanso. Pero ¿todos están contentos con la vida tal como se les presentó? Quienes afrontaron los horrores de la guerra o las persecuciones de ideologías mesiánicas y terminaron aborreciendo el haber nacido, o quedaron para siempre con grandes traumas, no pueden estarlo. Su propia existencia había transcurrido en un tono gris sin atenuantes. Debemos conformarnos con la vida como

se nos presenta, porque ahí estriba la felicidad, suele decirse. ¡Mentira! Nadie tiene la clave de la felicidad, porque resignarse con lo que venga es como consolar al ganado en su camino al matadero diciéndole: «No deben quejarse, porque así estaba dispuesto...».

En una época el hombre cumplió un papel de animal doméstico para sus amos. Tenía que aguantar cuantas tropelías cometieran con él y su familia. El cristianismo ofrece como consuelo que todos nuestros sufrimientos nos serán recompensados en la otra vida. Pero ¿y si la otra vida no existe?

Así la posibilidad de volver a vivir en este mundo o en otro parecido debía aceptarse a ojos cerrados. ¿Qué mejor oportunidad para una persona? Solo tenemos una vida, y aunque no dudaba de otras vidas después de la muerte, sabemos tanto de ellas como de los habitantes de otros mundos. Cualquiera existencia en el más allá quizá sea mejor, pero en todo caso diferente. Solo conocemos la de aquí, que a la mayoría le ofrece una visión de plenitud material solo al alcance de algunos privilegiados. Llegué a esta conclusión mientras saboreaba el excelente whisky de Fernández, ante el acogedor fuego de la casa de Fernández, esperando el almuerzo preparado para mí por la servidumbre de Fernández.

Clemencia acude de pronto a mi memoria, y también su evidente buena voluntad hacia mí. Pero sentía que se había pasado mi tiempo para esas lides «en campos de plumas». Incluso compadecía a esos viejos que andaban a la vuelta de las mujeres. Almorzó tranquilo, durmió la siesta y se quedó en la biblioteca terminando la historia de los caldeos. La señora Stephanie lo llama, le avisa Ramiro. Su cuerpo desnudo, con sus blancas opulencias en medio de la neblina de la pileta termal, vuelve a su memoria. Había obtenido su teléfono a través de Millicent, a quien yo se lo diera durante la exposición en su casa. La canadiense quería que fuese a su departamento esa tarde, le dijo en su español bastante claro. Siguiendo una corazonada, aceptó.

Empezaba a lloviznar cuando se metió en el gran Mercedes azul, que Marcos alternaba con el BMW. En el décimo piso de un edificio nuevo de Kennedy toqué el timbre, tratando de escuchar ruidos de otras personas tras la puerta. Sentí que me miraban por el ojo mágico, y la puerta se abrió levemente. La alta figura de la canadiense, vestida con una breve bata color lila, de mucha transparencia, se hizo visible primero como una franja lúbrica, y luego totalmente, al abrir la hoja hasta atrás.

Me hizo notables revelaciones, pero no sobre los preadamitas ni Luzbel, sino más bien sobre Lucifer, la encarnación última del ángel caído.

En el lecho fragante a un suave perfume, que lo enervaba, acarició el pelo cobrizo de la mujer. Apoyaba una mejilla en su hombro. Era buenamoza, con sus ojos celestes, su nariz un tanto gruesa y una boca grande.

—Te ves muy joven.

—Tengo treinta y cinco años. Los cumplo dentro de un mes.

Una muchacha para él, pensó melancólico, pero apropiada para revitalizarlo.

—¿Eres amante de Clemencia Rodríguez?

—No, amigos, solamente —rió—. ¿Por qué?

—Como te he visto dos veces con ella... También Millicent lo cree.

—¿Sí? ¡Qué divertido! Estaban las dos equivocadas.

Se había casado a los veintitrés, pero a los cuatro años se separó, sin hijos.

—Te hiciste muy popular con esa zambullida donde los Barriga.

—Quería llamar tu atención, porque solo mirabas a Clemencia. Sabía que quedaría grabada en tu mente como una imagen sub... ¿cómo se dice? Sub-li-mi-nal, eso es.

Las mujeres conocen todas las triquiñuelas para atrapar a los hombres, piensas, besándola paternalmente como a una niña.

—Millicent conoce bien a Clemencia. —Aquí sonrió, y su rostro alargado rejuveneció aún más.

—¿Y tú?

—Más que ella a mí —replicó, enigmática.

—¿Cómo conociste a los McCormack?

—En Montreal. Mi madre se separó muy joven y nos quedamos solas. Entró a trabajar en una de las empresas de la familia de Millie, que es muy poderosa. Me casé en ese tiempo. Cuando mi matrimonio empezó a caminar mal hablé con Millie, y me ayudó a entrar al servicio exterior. Se portó muy bien. —Y añade—: ¡Qué bueno que no haya nada entre tú y Clemencia! No me gusta esa mujer.

—¿Por qué?

—Es muy interesada, me ha dicho Millie. Le gusta mucho el dinero. Fue amante de un señor Ismael Fernández, que ahora vive aquí, entiendo. Es un gran accionista del Chase Manhattan, y así su marido se consiguió el cargo de gerente para México.

—También conozco a Fernández. —Consideró oportuno informarla—. Ha sido muy bueno conmigo, sin que nada le haya pedido...

—¡Por eso Clemencia te busca! —Exclamó Stephanie, incorporándose en el lecho. La llovizna se había convertido en un chubasco que se hacía sentir en el ventanal. Vuelve a hundir su rostro y cabellera en mi hombro—. Un amigo de la embajada de México aquí me dijo que Bernales, el marido de Clemencia, se dedicaba a lavar dólares del narcotráfico, y que por eso lo echaron del Chase Manhattan. Y detrás estaba Fernández, que como tiene mucho, pero mucho poder, nada han podido hacerle. Eso dice mi amigo mexicano.

Le cuento que me estoy alojando en la casa de Fernández, y vuelve a erguirse, sorprendida. Tampoco trato de defender a Fernández de sus discutibles actividades, pero le hago ver que a personas así se les cuelga cualquier cosa.

—Sí, eso es verdad —convino, afirmando una mejilla en su mano, y mirándolo con sus suaves ojos en el penumbroso dormitorio—. Pero debes cuidarte. No es un

hombre de fiar, dice mi amigo.

—Tienes una gran amistad con ese mexicano —comenté en un tonillo acusador.

—Es que soy amiga de su mujer, que también es canadiense —rió ella exhibiendo sus esplendidos dientes—. ¡Así que no te pongas celoso!

Quería que se quedase a dormir allí, «como marido y mujer», agregó riendo, y aunque le gustaba la idea, porque desde su viudez pocas veces pudo hacerlo, prefirió marcharse. Podían llamarlo.

Al salir del edificio enfrentó a una gran ambulancia de la unidad coronaria, llena de luces parpadeantes. Dos hombres con delantales blancos sacaban prestos una camilla. No pudo evitar un profundo estremecimiento. A su edad todo empezaba a debilitarse.

Pero esa tarde con Stephanie fue como beber un sorbo del agua de la vida.

—Soy Hernán Sanfuentes, gerente de la inmobiliaria El Retiro. —Era la voz de un hombre joven—. El señor Fernández me encargó especialmente ofrecerle que visite nuestros complejos turísticos, uno en las costas de Copiapó y otro en Valdivia. Le doy un viático y vales para bencina, si desea ir en auto, o le envío los pasajes de avión, a su gusto.

Valdivia queda cerca de Puerto Montt, donde los arrieros vieran el ángel de Lamoureux. Sintió que sus esperanzas de recuperar la fe en el jardinero renacían.

—Yo les aviso, señor Sanfuentes. ¿Cuándo conversó con Ismael?

—Antes de que se fuera. Espero su llamado, señor Sánchez.

Hacía años que no iba más allá de Rancagua, y pensar que ahora podría viajaría con todas las comodidades... Pensaba en eso, cuando llamó Magdalena.

—Don Carlos. —Su voz denotaba preocupación—. Me dieron su teléfono en su casa. ¿Ha sabido de Ismael? Quedó de llamarme ayer en la noche, o a primera hora de hoy, porque debía comunicarme algo importante para un negocio.

—Son apenas las nueve —contesté, tranquilizador—. Aún puede llamar...

—Es que la reunión ya empezó. En todo caso, don Carlos, si sabe algo, llámeme a mi casa.

O sea que Ismael seguía manejando sus asuntos desde la distancia. ¿Llamaría también a Ramiro, secretamente? Iría a Puerto Montt y Valdivia, porque me haría bien alejarme unos días de Santiago. Pero ¿y Stephanie? Tampoco me convenía dejarme absorber por una mujer a estas alturas de la vida, y menos al considerar su juventud. Le dije a Sanfuentes que partiría mañana a Valdivia en automóvil. También invité a mis hijos a comer esa noche, pensando siempre en que luchaba contra el tiempo. Y entonces, Stephanie.

—¿Quieres almorzar conmigo, Carlos? Están haciendo unos trabajos en nuestro casino y tengo unos vales para un restorán del centro, muy agradable. Es autoservicio, eso sí.

Otra vez la canadiense lo sorprendía.

—Si quieres pásame a buscar a mi oficina a la una.

Un sol débil iluminaba los follajes del parque, y mientras la imagen de Stephanie permanecía nítida en su mente, recordó las aprensiones de Magdalena.

—Todo arreglado, don Carlos. Me llamó uno de los gerentes internacionales de Ismael, que tenía sus instrucciones.

—¿Dónde está Ismael?

—Anda en Londres, pero regresa pronto a México.

Pasó a su departamento por simple curiosidad. Le pareció pequeño, frío y pobre, aunque su dormitorio ordenado y con la cama hecha le levantó el ánimo. Porque en

algún momento tendrías que regresar allá, y debías alejar de tu mente el encandilamiento de tu actual opulencia. A la vista tenías tu realidad, que te acompañaría por el resto de tus días, y quizá no siempre en casa de Ana Luisa.

Con su metro setenta y dos de estatura, la canadiense se veía casi de su porte gracias a sus tacos. En medio de un frío tolerable caminaban por el paseo adoquinado de Ahumada, bordeado por escaños oscuros, algunos con ancianos o mujeres cargadas de paquetes, mientras una gran masa transeúnte colmaba la calle. Muchos entraban y salían de las tiendas, bancos y fuentes de soda que se sucedían al pie de los edificios, antiguos varios. En el restorán hicimos una corta fila y pronto nos instalábamos en una mesita, rodeados por personas que comían pollo asado con papas fritas y ensalada. Pocas veces había estado en lugares así, porque me gusta que me sirvan, pero en esos sitios los precios quedaban fuera de mi presupuesto.

—¿Vas a ir a verme esta semana? —te mira con sus límpidos ojos.

—No sé si alcance, porque salgo de viaje. —Optas por decirle la verdad—. Debo hacer algunas cosas en Puerto Montt; estaré ausente dos o tres días.

—¡Llévame! —te suplica, con una expresión anhelante—. Yo me pago mi pasaje. Me quedan algunos días de vacaciones y puedo tomarlos cuando quiera. ¡Me fascina el sur, pero solo conozco hasta Pucón!

He ahí algo que no esperaba. Me quedo dudoso, porque irme con Stephanie, en una especie de luna de miel, me pareció especialmente atractivo.

—Me voy en auto, así que no tienes que pagar pasaje. Y donde duerme uno, pueden dormir dos... Partiríamos mañana temprano. ¿Te parece bien?

Se veía feliz, como una adolescente. De vuelta pasaron al café Caribe, y mientras esperaba en el mesón, divisó a Antonio Acorsi conversando con dos hombres, uno de aspecto árabe. Demasiado tarde para esconderse, porque los ojos oscuros, maliciosos de Acorsi, ya lo habían descubierto. Lo saludó secamente desde la distancia, pero el hombre le hizo un elocuente gesto de que necesitaba decirle algo.

—¿Te importa volver sola a tu oficina? Tengo que hablar con una persona —le explicas al terminar los cafés.

Me da un rápido beso y se marcha con su tronco largo, firme, echándome una mirada por encima del hombro al alejarse entre el gentío.

—¡Qué bien acompañado anda usted, señor Sánchez! —exclamó Acorsi, con un tono picaresco—. Tiene muy buenas amistades, por lo visto.

—No tantas —replicó, calmoso—. ¿Qué deseaba decirme?

—Se sirve otro café, ¿no? —El hombre adopta una actitud grave—. ¿Se acuerda de ese doble suyo, el colombiano? Lo asesinaron anoche, en Bogotá, cuando llegaba a su casa. Desde una moto le dispararon con pistola... Pensaba llamarlo para contarle.

—Es preferible que no me llame a mi nuevo teléfono, porque hay otras personas y pueden oír. ¿Quién lo mató?

—La mafia del narcotráfico. Ahí tiene que estar metido Ismael Fernández, también. Lo estaban siguiendo muy de cerca... Así arreglan sus problemas estos hijos de puta —terminó diciendo, con particular inquina.

—¿Cómo lo supo?

—Por mi socio, que viene llegando de Colombia. Seguramente va a salir en los diarios de mañana. Esto pasó anoche, solamente.

Una súbita, inquietante ocurrencia, me asaltó.

—Me dijo que tenía una revista con fotos de Garachena. Me gustaría verla. ¿Es posible?

—Tengo que buscarla, eso sí. Yo lo llamo apenas la encuentre.

—Prefiero llamarlo yo, por lo que le dije. ¿Me da su número?

Se dirigió al metro, porque Mario lo esperaría en la Escuela Militar. La idea de que Fernández no podía ignorar su semejanza con un hombre peligroso para él se abrió paso sombría, tétricamente en sus pensamientos. No era a su abuelo a quien Carlos se parecía entonces. Aparte de que aquello también perdía credibilidad considerando de qué forma habría obtenido su actual nombre, según Clemencia. Al recordarlo se detuvo sobre los adoquines, junto a un quiosco tapizado de diarios y revistas con portadas en colores, mientras la gente pasaba por su lado y un ciego tocaba la flauta desde un escaño, cuyo sombrero a sus pies ya acumulaba algunas monedas. Fernández me había buscado por mi parecido con su adversario. Eso le daba coherencia al inusitado interés del mexicano por mí. Y recordé la foto que Pilar Santelices nos tomara a los dos en el salón de la casa. Quizá la mujer había procedido siguiendo las instrucciones de Fernández.

¡Qué ingenuo había sido! ¿Y si también el interés de Fernández de dejarlo instalado en su casa se relacionaba con lo anterior? Pero antes debía verificar su parecido con el asesinado. Aparte de que uno puede asemejarse a alguien en una foto, pero ser muy distinto en la realidad. Mi primer impulso de volver al departamento, temiendo que algo me ocurriera si seguía en la casa de Ismael, se debilitó. Garachena ya había muerto y todo lo demás salía del terreno de las conjeturas. Además estaba mi viaje al sur con Stephanie. Si Fernández quería aprovecharse de él con cualquiera finalidad torcida, también él lo haría. Además ahora podía afrontarlo en el caso de que se enterase de su diálogo con Acorsi, participándole sus graves dudas. Se tranquilizó bastante.

Ramiro le entregó un sobre con el membrete de la inmobiliaria El Retiro, cuyo volumen lo sorprendió. Contenía varios fajos de billetes de a diez mil pesos, que sumaban medio millón. Se le cortó el aliento. Una tarjeta de Sanfuentes decía: «Señor Sánchez, si necesita más dinero llámeme, por favor, para enviárselo como gastos a rendir. Atentamente».

Esa suma le alcanzaba de sobra para los dos con Stephanie, por caro que saliesen dos noches en los mejores hoteles. Había algo innegable desde que vivía allí: las dificultades se resolvían con notable facilidad. Le explicó a Ramiro su viaje, y él le

sugirió que utilizara una camioneta todo terreno, especial para jornadas largas, uno de los siete vehículos de la casa.

Esa noche sus hijos comieron ostras y pavo. El lujo y tamaño de la residencia los dejó abismados, y tristemente pensó en cómo habría disfrutado trayéndolos a vivir allí, porque los grandes dormitorios alcanzaban para todos. Pero solamente se trataba de un sueño, y rogaba a Dios que tuviese un buen despertar. Se retiraron pasadas las doce, felicitándolo por ese merecido golpe de suerte que en parte compensaba sus pasadas tribulaciones. En la noche helada, bajo el cielo limpio, hondo y estrellado, se quedó dudando.

Cuando Ramiro me vio con mi pesada, rugosa y vieja maleta, me ofreció las de la casa.

—¿Quiere elegir usted mismo, don Carlos?

Una súbita ocurrencia me hizo acompañarlo al subterráneo. Con su propio llavero, Ramiro abrió la puerta sospechosa que daba a un cuarto pequeño atestado de maletas, bolsas de viaje y maletines. De existir una grabadora había que buscarla en otra parte, aunque ya no revestía tanta importancia.

Partimos a las ocho de una mañana clara, bajo un sol frío, en la grande y cómoda camioneta. Stephanie llevaba pantalones gruesos, una chomba y un chaquetón juvenil. Almorzamos en el Salto del Laja. El tiempo se mantenía bueno, aunque con densos nubarrones, pero ya al anochecer nos metimos en una llovizna que nos acompañó hasta Puerto Montt. La noche anterior, antes de que me mi familia llegase, había conversado con Juan Lamoureux, hijo de Amelia Gorbea.

—Nelson Huilcamán tiene una parcelita a unos cinco kilómetros de Las Quemadas, junto al Maullín. Todos lo conocen ahí, así que es fácil llegar. Catrileo murió hace dos años, en una pelea de curados en Puerto Montt.

Le explicó a Stephanie que debería partir temprano a cumplir «un encargo familiar», pero estaría de vuelta para el almuerzo. Amaneció despejado, y a las diez llegaban a la parcela de Huilcamán bajo un día soleado, mejor que los últimos de Santiago. Solo el tramo final del camino fue pródigo en hoyos y barriales, y pronto la casita del arriero se acercaba con su columna de humo. Huilcamán le daba forraje a dos vacas y tres caballos. Varias gallinas picoteaban en los contornos. A pesar de su rostro curtido, cubierto de arrugas, irradiaba robustez y agilidad. Lo saludó con sus ojillos reidores, y sorprendido por el objetivo de su visita, lo hizo pasar a una pieza ahumada y tibia gracias a la cocina. La mujer parecía su madre, y me sonrió con su boca desdentada.

—Tengo un interés particular en su aventura —me excusé, desde la silla embatrada.

—Casi nadie me la cree. Y han pasado tantos años, además.

Iban internándose en la cordillera con Faustino Catrileo en busca de un ganado para su patrón, don Jean Lamoureux, con un sol que calentaba bastante a pesar de la época. Borearon un cerro boscoso, siguiendo la huella de los arrieros, junto a un esterito. Entonces escucharon un ruido como de trueno que venía del suelo, y empezó a marearse. Muy asustados vieron que la montaña se movía como un oleaje, lentamente, y el estruendo aumentaba. Los caballos se espantaron y Faustino se vino a tierra. Se apeó rápido, porque los animales relinchaban y se paraban en sus patas traseras, alejándose con el mismo ondular del terreno. No podían tenerse en pie y se golpeaban el pecho invocando a Dios. Una zanja se abrió bajo ellos en medio de ese espantoso estrépito y, junto con los caballos, fueron engullidos por la tierra. Intentaban inútilmente aferrarse a las cosas que se desmoronaban a su lado. Pasado un tiempo interminable, el suelo dejó de rajarse y se encontraron semiasfixiados en medio de piedras, peñascos y polvo. Además surgía agua de alguna vertiente subterránea. Aunque el vaivén no cesaba, trataron de levantarse, pero entonces el piso se les hundió otra vez y a no más de cinco metros surgió una cabeza enorme, grande como un buey, y después el cuello y el cuerpo de una figura oscura que creció interminablemente. Pensaron que el mundo se acababa. Gracias a que en el fondo del abismo, que por fin dejó de ahondarse, llegaba la luz del día, pudieron ver esa colosal estatua con sus alas plegadas y sus manazas aferradas a una espada de unos diez metros de largo, cuya punta se hundía en el suelo.

Sentí que la piel se me helaba en la oscura habitación.

—¿De qué era ese ángel? ¿De metal o de piedra?

—No lo sé, señor. Además la tierra seguía corriéndole por la cabeza y los hombros, y nosotros solo pensábamos en arrancar.

—¿Se le veían los pies a esa figura?

—Parece que había algo cuadrado debajo. Estaba muy derecho, como mirándonos desde arriba.

Los caballos se habían hundido detrás del ángel y no se oían sus relinchos. Temiendo que el terremoto volviese, y horrorizados con el aspecto de esa gigantesca efigie, echaron a correr por el fondo de la grieta, porque sus laderas perdían altura hacia el poniente. Pero demoraron en descubrir un lugar más o menos bajo para salir. Y enfrentaron otro mundo, porque el paisaje había cambiado. La fisura ocasionada por el sismo remataba cerca de Los Piñones.

—¿A qué profundidad cree que estaba ese ángel?

—A quinientos o mil metros, por lo muy menos. Cuando mirábamos para arriba veíamos reflejos en el cielo. Por ahí renunca habríamos podido salir, porque eran murallas muy paradas, por donde caía la tierra y piedras, todavía.

Cuando al día siguiente volvieron en busca de los caballos con gente de Los Piñones, parecía que las fuerzas telúricas habían dado vuelta el lugar, empujándolo desde abajo. Del abismo solo subsistía una hondonada llena de cascajos, que bautizaron como Quebrada del Ángel, aunque no todos creían su historia. Pero habían

ocurrido tantas cosas terribles esas últimas horas que su aventura pasó a segundo plano. Y al ver que muchos empezaban a burlarse, prefirieron callar.

—Pero le aseguro, señor, que ese enorme ángel todavía debe estar ahí, a lo mejor más enterrado. Para sacarlo habría que partir de nuevo la montaña.

Cuando volvía a la camioneta, donde lo esperaba Mario, lo embargaba una cierta sensación de miedo, como si de pronto se hubiese trasladado a otra época y presenciase de nuevo la catástrofe. Porque eso decía la historia sagrada: Luzbel había sido precipitado al fondo del abismo en castigo de su rebeldía. Lo acometió un escalofrío, y miró temeroso los apacibles contornos. Así debió verse esa zona segundos antes del gran terremoto. Y recordé que, según los geólogos, la cordillera de los Andes había estado en edades pretéritas sepultada bajo el mar. De ahí podía inferirse no solo la antigüedad de ese ángel, sino también la enorme profundidad de su sepultura. De alguna manera, la notable aventura de Huilcamán reivindicaba la historia de los preadamitas y la del misterioso jardinero, con toda probabilidad el Marcos de Waldo Flores.

En cuanto a por qué Lamoureux le había puesto Luzbel al grabado que le inspiraba la aventura de los arrieros, quedaba sin respuesta. ¿Clarividencia, quizá?

Se había nublado cuando llegamos al hotel. La lluvia empezaba.

Al día siguiente estaban en el complejo turístico de Valdivia. Navegaron por su río, que borbollaba bajo un intenso aguacero, y visitaron los fuertes de Corral. Allí también se apreciaban los efectos del gran sismo del 60, y la anécdota de Huilcamán cobró nuevos bríos en su imaginación. Stephanie gozaba a cada momento como una muchacha. Todo lo contemplaba arrobada: el mar, la gente, los botes y embarcaciones del Valdivia. Se veía a sí mismo como uno de esos viejos ricos con una mujer joven de algún balneario, despertando risas abiertas o solapadas y burlescos comentarios. Así había reaccionado yo alguna vez. ¿Y por qué? Simplemente porque todo eso se hallaba fuera de mi alcance. Ahora comprendía las causas de mi progresivo aislamiento: los ricos siempre se hacen acompañar, así sea por sus parientes, preocupados de la herencia, sus amigos o meros aduladores, que al olor del dinero acuden como hormigas. Pero una mujer joven puede enamorarse de un hombre mayor, y no solamente por su plata.

Ni siquiera gasté en alojamiento en mi paso por Valdivia, porque el hotel lo pagó la inmobiliaria El Retiro. A las ocho de la noche del viernes, después de dejar a la canadiense en su casa, llegué a San Damián, y recibí de Ramiro mensajes de mis hijos. También dos urgentes de Magdalena:

—Estamos preocupados por Ismael, don Carlos. El miércoles se embarcó solo en su jet, en Ciudad de México, y nada se ha vuelto a saber de él.

—Pero ¿cómo que se embarcó solo? —preguntó, sorprendido.

—Ismael es piloto y tiene un jet pequeño. Solo se sabe que pasó Venezuela.

—Debe estar en su casa de la selva —comentas, tranquilizador.

—Fue donde primero llamamos —replica Magdalena—. Puede haberle ocurrido un percance.

La calmó serenamente, porque algo le decía que Fernández estaba vivo, a pesar de los temores de Magdalena.

El mensaje de su hija Verónica decía:

«¿Puedes venir a almorzar con nosotros mañana? Tienes que bajar donde los pobres, a veces...»

Se instaló en la sala audiovisual, rememorando su entrevista con Huilcamán. Le parecía difícil que alguien como ese rudo arriero hubiese inventado una historia así. El hallazgo de algún tesoro, o la veta de cualquier mineral precioso, habría estado más de acuerdo con esas mentes sencillas. Demasiada sutileza incluso para un mitómano educado. Como si ese terremoto, el más grande de los tiempos históricos, hubiera asolado esa zona para revelar a esos burdos campesinos la trágica epopeya ocurrida en el alba de los tiempos, antes de la creación de Adán. Aún más: era una revelación solo comprensible para quienes conocieran esa particular versión de la

historia bíblica. Porque esa efigie de Luzbel, sepultada en las entrañas de la cordillera, había sido esculpida por los preadamitas, sus súbditos de entonces con la complacencia del Hacedor.

Había un aspecto de la historia de Nelson Huilcamán que le merecía dudas: la profundidad del abismo donde cayera con su compañero. A todas luces su estimación de quinientos a mil metros no parecía verosímil, pero era comprensible dadas las circunstancias y su escasa educación. Porque aun reduciéndola a la mitad, ¿cómo no se habían matado, entonces? Y al recordar los detalles del hecho, se aclararon sus dudas: ambos hombres descendieron junto con el fondo de la grieta, como en un ascensor. En ningún momento estuvieron en el aire, y por increíble que sonase, bien pudieron llegar en esas condiciones a cualquier profundidad sin dañarse. Excepto si de inmediato la rajadura se hubiese cerrado en parte o del todo, como ocurriera luego.

Me sentía agotado, y no solamente por la larga jornada de ese día. ¿Estaría volviéndome loco con ese vertiginoso enigma? ¿O sería un comienzo de senilidad? Me invadió un íntimo desasosiego.

Otra vez la extensa llanura blanquecina, bajo el cielo oscuro y la voz ronca, melancólica a veces, y otras irritada, intentando quizá comunicarme algo. Y también la imagen de Ismael Fernández se mezclaba con las mórbidas formas de Stephanie, nadando en la pileta termal. Pero ahora podía verle el rostro escurriendo agua, sonriéndome con tristeza, intentando llamarme.

Despertó con los silbidos de una ventisca en el ventanal. Eran las cuatro de la madrugada. ¿Qué sucedería con Stephanie? Casarse con ella lo descartaba. Como en muchos casos que conocía, la diferencia de edad no tardaría en hacerse sentir. Varios se convirtieron en el hazmerreír, y otros terminaron separándose, excepto uno que falleció antes, y su nueva mujer heredó todo en medio del escándalo familiar. Porque sus hijos entenderían su matrimonio, pero en el fondo lo compadecerían. Tampoco había dinero de por medio.

Cuando se levantó, una espesa niebla ocultaba los contornos de la casa. Ramiro conocía la situación de Ismael, pero se veía tranquilo. Llevaba un poco más de seis meses a su servicio, y quizá no se sintiese muy unido al mexicano. Pero el asunto empezaba a enervarme. ¿Debería quedarme allí, esperando? Y entonces recordé el sobre escondido en el escritorio electrónico sin destinatario. Eso me forzaba a permanecer en la casa, porque Ismael se había preocupado de dejarlo a mi alcance. Y solo ahora la certidumbre de que a Ismael nada le había ocurrido se debilitó un tanto.

Hice un rápido balance de mis gastos en la reciente gira. Tenía un saldo a mi favor de 260.000 pesos, más de la mitad del viático, suma que no estaba obligado a devolver. A las once lo llamó Stephanie para invitarlo a comer donde los McCormack, y le participó su preocupación.

—Prefiero esperar aquí cualquier novedad. Solo me alejaré para almorzar donde mi hija.

Entonces recordé el pedido que le hiciera a Acorsi esa tarde en el café.

Comprendí que lo había despertado.

—No importa, señor Sánchez, porque tengo que hacer varias cosas. Aquí está la revista. Se la dejaré con la empleada. Puede quedarse con ella, porque ya no la necesito.

Pasé a recogerla cuando iba a la casa de Verónica. Acorsi poseía una extensa propiedad en las laderas de La Reina. Venían dos fotos en color de Garachena: una del rostro en primer plano, y otra con la entrevistadora en su casa de Bogotá. Me abismó nuestro parecido, mientras el automóvil bajaba culebreando entre las casas apenas visibles tras los muros y setos verdes por ambos lados del camino. Abajo, la ciudad se difuminaba tras el brumo. Se le describía como de alta estatura, figura distinguida y cincuenta y siete años. O sea, su muerte se había producido a los sesenta, siendo apenas dos años menor que yo. Garachena sostenía que en la lucha antidrogas se hallaban identificados todos los cabecillas y también algunos que cooperaban en el lavado de dinero. Aludió a uno de origen colombiano, sin nombrarlo. Pero como disponían de inagotables recursos económicos y grandes influencias políticas, se mantenían fuera del alcance de la justicia.

—Pero tarde o temprano cometerán algún error. Y ahí estaremos para agarrarlos —concluía con gran optimismo, a juicio de la periodista.

¿Estaría cometiendo una injusticia? Hasta ahora solo había recibido atenciones de Fernández; unas atenciones que nunca le habían dispensado sus amigos ni parientes. Ninguno de los que habían desprestigiado en su presencia al mexicano merecía ser creído.

Asistió temprano a misa ese domingo, después de una noche sin sueños inquietantes. Desde un avión comercial se había detectado un incendio en la selva amazónica venezolana, en la ruta predeterminada por Ismael al zarpar desde Caracas; me lo informó Magdalena cerca de las diez, muy alterada. Habían partido helicópteros a investigar. Almorcé en el gran comedor, acompañado de ese sol de otoño que enfría en lugar de calentar.

Un gran silencio pesaba sobre la enorme residencia. Paseó por el jardín, a pesar del frío, y llegó hasta la piscina y su camarín, muy limpio y con sus equipos en orden: colchones inflables, una balsa de goma, chalecos para flotar, etc. Luego fue a la cancha de tenis, que hasta entonces no había visitado debido al tiempo lluvioso, y completó una gira por el extenso sitio, que abarcaba una hectárea y media. Desde lejos divisó a Ramiro que corría hacia él, con el fono portátil en la mano. Presintió la noticia.

—Don Carlos, encontraron el avión de Ismael y de sus restos carbonizados —anunció la voz llorosa de Magdalena—. Tenía la pulsera, así que ya se sabe que es él... ¡Qué cosa más horrible!

Aún en el patio, en medio del frío que comenzaba a molestarlo, se quedó petrificado. Luego entró en la casa y, repentinamente abatido, se sentó frente a la chimenea. Pronto lo llamaba Clemencia para reiterarle la noticia.

Ismael Fernández, mi inesperado amigo, había muerto.

Llamé a Hernán Sanfuentes a su casa, quien me explicó muy afectado que el avión destruido era un Lear Jet para seis pasajeros, registrado a nombre de Ismael Fernández en México. Además, en el aeropuerto de Caracas constaba que Fernández viajaba solo, tal como zarpara de Ciudad de México.

A la servidumbre que preparaba el té en la cocina —tres hombres y otras tantas mujeres—, le comuniqué lo acaecido. La mayor de las mucamas se puso a llorar. Les aseguré que permanecerían allí hasta que todo se aclarase, y solo entonces recordé la carta de Ismael. Únicamente contenía la clave de la caja de fondos del mueble, y sufrí un auténtico sobresalto: había un voluminoso sobre dirigido a Carlos Sánchez Vergara. Encerraba otro pliego sellado y la siguiente nota: «Don Carlos: cuando lea estas líneas ya no estaré en este mundo. El sobre incluso contiene una copia de mi testamento cerrado, cuyo original con su carátula firmada por tres testigos se guarda en la notaría Ramírez. Necesita un abogado de su confianza para los trámites de apertura, la que debe hacerse en presencia de los testigos y el juez.

»Pero usted podrá conocer su contenido desde ahora por la copia inclusa. Todo lo que hay en la caja del escritorio, en la bóveda de la sala audiovisual descrita al pie de la página, es suyo desde ahora. Atentamente, Ismael Fernández Santapau».

La comunicación había sido fechada en vísperas del último viaje de Fernández, y el testamento, el 15 de abril de 1993. ¡Mucho antes de que Magdalena se lo presentase! Te quedas sopesando la inverosímil situación. O sea que Ismael había redactado su herencia apenas supo tu nombre, a través de Magdalena, al divisarte junto a la estación Escuela Militar del metro. Pero el texto le hizo olvidar momentáneamente el enigma, porque allí Ismael Fernández, soltero, sin hijos ni parientes y en pleno uso de sus facultades, designa heredero universal de todos sus bienes al ciudadano chileno Carlos Sánchez Vergara. Una de las cláusulas autorizaba al señor Sánchez para ocupar de inmediato sus residencias en todo el mundo y también sus medios de transporte privados, mientras se otorgase la posesión efectiva. Y otra disponía que todos los gastos efectuados por el heredero durante ese período, incluidos los de alimentación, fuesen pagados por Resco, una agencia del finado en Nueva York encargada de esos asuntos.

Sobrecogido, leía y releía ese documento que lo hacía rico, en el escritorio iluminado suavemente por la luz de la tarde. Nada se decía del monto de los bienes, porque el inventario estaba seguramente con el testamento original. Y entonces recordé que tenía una simple copia. Antes de considerarme heredero debían cumplirse ciertos trámites, y eso implicaba una espera. Recuperé la sangre fría y dominé la euforia que pugnaba por invadirme: me faltaba lo principal. Más tranquilo, revisé el contenido de la caja: había muchos fajos de billetes de a cien dólares, pero

no me detuve a contarlos. Era una pequeña fortuna. Calculé. También encontró finos relojes, lapiceros de oro y platino y varios juegos de colleras. Siguiendo las indicaciones, bajó al subsuelo. Halándola, abrió como una puerta la esquina del estante con videos y enfrentó la gran bóveda de acero con sus dos claves. También desbordaba fajos de billetes verdes, títulos de acciones al portador, una gran cantidad de monedas de oro y un cofre con variadas joyas. Solo con todo eso ya era rico. Me quedé alucinando mirando esos tesoros que permanecían ocultos hasta ese momento, esperando pasar a mi propiedad. Nadie podría disputármelos, porque solamente yo conocía los emplazamientos de las cajas y sus claves. Debí esforzarme por controlar la euforia. Y de pronto, en medio del silencio de la sala audiovisual, pensó que todo había sido planeado anticipadamente por Fernández, sin dejar nada al azar. Pero algo no le calzaba bien. ¿Había previsto su fatal accidente? Allí me estrellaba con un misterio que adquirió una curiosa consistencia. Pero estaba el sobre que me dejó para ser abierto en el caso de su muerte, y esa preocupación especial por que yo lo descubriera. Sintiendo que empezaba a calentármeme la cabeza volví a los bienes que ya poseía.

¿Cómo calcular el valor de todos esos títulos, que sumaban miles de acciones de importantes compañías norteamericanas, mexicanas, canadienses e incluso chilenas? Tenía que conseguirme los valores del mercado de todos esos papeles. Rápidamente contó los fajos, cada uno de cien billetes de a cien dólares. Eran 216. ¡Dos millones ciento sesenta mil dólares! Por suerte su corazón se mantiene firme. Era rico desde ahora. La conciencia de esa convicción lo atemorizó un tanto. Debes cuidarte de que nadie vaya a sospechar algo. Cierras la bóveda y el estante, y todo en la sala recupera su apariencia normal e inocua. Son las seis y media de la tarde, y ha oscurecido. Una agradable temperatura inunda la enorme casa y la chimenea del salón arde alegremente.

¿Cómo debería proceder? Primero tienes que conversar con algún abogado amigo, y recuerdas a Esteban Sanhueza. Aunque antes es necesario esperar la sepultación de los restos de Fernández. ¿Para qué precipitarse? Se tranquilizó en el gran comedor bien iluminado. Llamó a Sanfuentes, pero había salido. En el escritorio procedió a contar los fajos de billetes, que totalizaban 134. Poseía tres y medio millones de dólares en efectivo, suficiente para vivir tranquilo por el resto de sus días. ¡Qué difícil conservar la calma!

Entonces lo llamó Stephanie y, aunque necesitaba a la mujer, no podía alejarse ahora de la casa ni invitarla, dadas las circunstancias. Ella comprendió.

Encararía cualquier obstáculo que se le opusiese. Siempre había sido cómodo, timorato, dejado, y esos últimos años la ausencia de toda perspectiva le hizo encerrarse en sí mismo. Pero ahora no renunciaría a lo mío. Abrió la bóveda principal, y pronto hallaba una hoja con los valores de las acciones que allí se guardaban. Te basta una rápida suma para obtener un resultado quizá no exacto, pero suficiente como para provocarte un sobresalto: 210 millones de dólares. Sumo de

nuevo: no cabía duda. A partir de ese momento era uno de los hombres ricos de Chile, porque esos títulos al portador no me crearían problemas. Poco me importaba ahora la cuantía del testamento, porque ya tenía lo suficiente para olvidarme de todo lo demás.

A las nueve, Sanfuentes devolvió la llamada. Cumplidos los trámites de identificación en Caracas, los restos de Ismael serían trasladados a Chile para su entierro, porque así lo habían dispuesto con antelación. A pesar de su excelente salud y sus escasos cincuenta años, Fernández temía morir quizá en vista de su agitada vida y de sus constantes viajes, argüía Sanfuentes. Con la euforia controlada, me concentré en las noticias. Solo una breve reseña del accidente «que costara la vida a un empresario mexicano con importantes inversiones en el país».

Ahora, sobre la blanca planicie se proyectaba una figura alada. Despertó transpirando y fue al baño a tomar un sorbo de agua. Se levantó a las ocho, una hora después de lo usual, compenetrado de su cambio de fortuna y libre de todo temor. Sobre Fernández, el diario proporcionaba una breve biografía. Bruscamente se sintió solo en medio de esa enorme casa. Y ahora lo estaba, porque ni siquiera su hijo podía acudir. Enterados de esa enorme riqueza ya en sus manos, prácticamente, le habrían aconsejado quizá qué disparate para apresurar el proceso, y entrar a compartirla en parte, porque así lo pensaba además. La gente que se arrastra entre apreturas materiales suele precipitarse y echarlo todo a perder, como ocurría con su hijo Carlos, por ejemplo. Debía callarse, y aunque nada me impedía hacer uso desde ya de esos bienes, el instinto me sugería esperar. ¿Estaría seguro quedándome allí? Me hallaba en una casa ajena, por muy invitado por el dueño, ahora muerto, que estuviese. Pero tampoco te habrías sentido seguro en el departamento de Ana Luisa. No me movería de allí, y menos conociendo el contenido del testamento. Aunque habiendo tanto dinero en juego, no debía descartar los riesgos imprevistos.

Almorzó con Stephanie en un restorán pequeño, bastante concurrido por turistas. A las nueve lo llamaba Sanfuentes para informarle que el entierro de Fernández se efectuaría el miércoles en la mañana. Después de las noticias, le eché otro vistazo a mis riquezas, como esos viejos avaros. Y solo ahora descubrí en la cara interior de la puerta de la bóveda una figura similar a esos faroles de las calles y paseos públicos, y aunque más esbelta, recortada en metal. Probablemente plata. Se componía de una columna alta y delgada, con el faro en forma de pirámide trunca invertida rematada en una especie de tapa. Tal vez era un emblema del fabricante.

Se sentía casi dueño de la situación y, por lo menos, en paz con Ismael Fernández. Como fuese, su testamento lo estaba favoreciendo desde ya. Los problemas que le aguardasen ya sabría cómo enfrentarlos.

Porque permanecían sin explicación las circunstancias del asesinato de Garachena, su doble, a juzgar por las fotos de la revista, pero la inesperada herencia

relegaba todo eso a un segundo plano: solo quedaba en pie la generosidad del difunto con él. Necesitaría tiempo para convencerse de que la esquivada fortuna había terminado por ofrecérselo casi en el ocaso de su vida.

Amanecí recordando el cuaderno de Waldo Flores y la alusión que hizo Marcos a un planeta poblado de gigantes. ¿Serían los nefilim, nacidos de las «hijas de los hombres» en su unión con los «hijos de Dios», que debieron compartir todos los planetas donde habían llegado los preadamitas con los descendientes de Adán? Quizá en muchos mundos no fueron castigados como ocurriera en la Tierra.

Aunque se me abriera la expectativa de una vida material muy plena, esas elucubraciones seguían inquietándome, porque con todo el dinero que me dejase Fernández, tampoco podría eludir la muerte.

—Supongo que no le molestará que lo llame ahí, ¿no? —El tono zumbón de Acorsi lo irritó—. ¿Puedo hablar con confianza, ahora?

—Hable nomás.

—Supe ciertas cosas del personaje amigo suyo, que en paz descanse. —Poco le habría costado enterarse, porque el suceso fue difundido por la prensa. Pero ¿cómo había descubierto su verdadera relación con Fernández? Y recordó a Rafaela, la amiga de Magdalena—. Mi socio de Bogotá me llamo esta mañana. Después del asesinato, la policía recibió una foto de su difunto amigo con Garachena, dentro de una casa elegante, no se sabe dónde. Como viejos conocidos. ¿Entiende la situación? Esa foto, que un grupo rival obtuvo de alguna manera, fue la sentencia de Garachena.

Tu mente trabaja febril, como si alguien pudiese estar escuchándote.

—No sé dónde quiere llegar —dices, con un cierta alteración que el otro tal vez capte.

—Muy simple: esa foto pudieron tomársela a usted con el finado. ¿Entiende? Porque era sabida la bronca que se tenían. O sea todo fue astutamente calculado, como dice el Chapulín.

—¡Es lo más fantástico que he oído! —logras recuperarte y afirmas la voz—. Jamás me tomé foto alguna con él, ¿ve? Y de eso estoy seguro.

—Pudieron hacerlo con un teleobjetivo, sin que usted se diera cuenta.

—¡Tiene mucha imaginación, señor Acorsi! A Fernández lo conocí hace muy poco tiempo, y casi siempre hablamos por teléfono.

Me invadió un gran frío, a pesar de la calefacción. Pilar Santelices y Florencio Navarro, que llegaron de sorpresa, para mí al menos, a la casa de Ismael... No solo Garachena había caído en una diabólica trampa, sino también yo. Nunca me había sentido tan imbécil, mientras miraba la nítida foto. Allí estaba Fernández sin máscara ahora. Todas sus sospechas, alimentadas por diversos comentarios, algunos disimulados, se aclaraban bruscamente. ¿Quién más conocería esa maquinación? Probablemente Navarro y la Santelices, aunque quizá también ellos jugasen el papel de peones en el tablero de Fernández. Afuera había caído una densa niebla, prueba de

que Dios o la naturaleza pueden quitarnos la visión cuando se les antoja.

En todo caso, su situación no variaba. Poseía ya una gran fortuna, y la noticia de Acorsi no alteraba ese hecho, excepto que alguien lo interpretase como un pago por colaborar en un homicidio. Porque pronto se haría pública mi condición de heredero, y poco costaría atar cabos para llegar a mí. Ya Acorsi lo había hecho. Y estaban Florencio Navarro y Pilar Santelices. Sentí un mal gusto en la boca y un miedo realmente visceral.

Busqué el nombre de la mujer en la guía de Fernández, pero no aparecía. Tampoco el de Navarro. Y recordé que cuando el hombre llegó a la casa de Ismael con Pilar lo saludó como si recién lo viniese conociendo. Pero todo pudo ser una escena previamente preparada. Llamé a los canales de televisión, y en uno me dieron el nombre de una productora privada de programas.

—Supe que el señor Fernández ha muerto. ¡Qué terrible lo encontré!

Pilar vestía una chomba de un amarillo agresivo, pantalones de cuero, e irradiaba un fuerte perfume. Estaba en su oficina de la planta baja de una casa remodelada, de cuyo segundo piso provenían algunos ruidos aislados.

—¿Qué ha sabido del señor Florencio Navarro? —No hallaba cómo empezar.

—Apareció muerto en su casa de Cuernavaca, la semana pasada, de dos balazos en la cabeza. Se cree que lo mataron por encargo de la mafia de las drogas.

—¿Estaba en el narcotráfico? —Disimulé mi sorpresa.

—Eso se dice. Aquí lo teníamos como un financista de teleseries. Como usted comprenderá, la teleserie se fue al hoyo.

—¡Cuánto lo siento! ¿Se llevó Navarro algunas fotos de la casa?

—Ninguna. —Me miró sorprendida—. Se las entregué todas al canal, menos las de usted con el señor Fernández. ¿Las vio? Porque me pidió seis o siete copias.

—¡Por supuesto! Salieron excelentes.

Te despidas con la mente en ebullición de nuevo. El asesinato de Navarro era la simple ejecución de un testigo peligroso, y la mano de Fernández se presentía detrás, como el exponente de un suprapoder. A Pilar simplemente la habían utilizado como a mí. Pero las muertes de Navarro y Fernández empezaron a perfilarse como algo positivo, porque me daba una mayor libertad para negar cualquier vinculación con el asesinato de Garachena. Mientras regresaba a casa, en ese día oscuro, amenazante de lluvia, el recuerdo de la fortuna que me esperaba bien escondida en la residencia sirvió para mitigar mi decepción y también mis temores. Pensó, algo irónicamente, que Fernández se había preocupado de pagarle anticipadamente sus involuntarios servicios. Habría reído si no supiera que lo habían usado para cometer un alevoso crimen. Pero tampoco adoptaría la quijotesca actitud de rechazar ese dinero por parecerle «ensangrentado», como lo pregonan las películas de tercera clase. Su conciencia estaba tranquila: todo se hizo sin consultarlo, sin que nada hubiese

sospechado siquiera.

Antonio Acorsi... Conocía parte de la historia, y tal vez pretendiese chantajearme. El Mercedes subía por Kennedy afrontando violentas ráfagas de una repentina ventisca que hacía doblarse los arbustos y desprendía algunos gajos. Si empezaba a sopesar los aspectos negativos que podía traerme la herencia, era preferible que me pegase un tiro.

Solo al bajar del auto debió vencer el empuje del viento en el corto tramo hasta la puerta de la casa. Pronto se arrellanaba en un sillón, ahora del salón grande, que nunca había ocupado, con sus ventanales orientados al parque interior. Encontraba más acogedora la sala menor, pero esa sección del enorme recibo, con su hogar en un rincón, junto al comedor principal, lo llenó de agrado y paz. Los espacios amplios también poseen sus atractivos.

Clemencia me llamó para preguntarme a qué hora llegaban los restos de Ismael.

—Entiendo que esta tarde. Me lo van a confirmar.

—Supe por ahí que está muy amigo de Stephanie —empezó ella, en un tono melindroso—. Por eso que no quiere verme...

—Por favor, no lo tome así. No le voy a negar que existe una buena amistad entre los dos.

—Ojalá que le deje tiempo para sus otras amigas —dijo, marrullera. El nombre de Stephanie le hizo recordar su amistad con el funcionario de la embajada de México. Le ofreció enviarla a buscar.

—Yo prefiero irme en el metro, mejor. Que me esperen en la Escuela Militar.

Llegó a la una y media, con el viento empezando a declinar pero presto a convertirse en un aguacero. Le planteó su inquietud, haciendo hincapié en la necesidad de no mencionar los nombres de Fernández ni el suyo.

—Es una persona prudente, como todo buen diplomático.

Se marchó apenas terminaron almorzar.

Nada es gratis en este mundo. Mientras me dirigía a dormir mi siesta, recordé estas tétricas palabras, que alguna vez le escuchara a mi padre: «Nada es gratis». Así me estaba resultando la herencia de Fernández.

Pero alejé todo pensamiento negativo, y al despertar me sentí reanimado.

Sanfuentes lo invitó a esperar los restos de Fernández a Pudahuel. Mario conducía el gran BMW con muchas preocupaciones, porque al menos en Santiago los conductores de vehículos hacen gala de una particular torpeza, superior a la habitual en medio de una lluvia.

Hernán Sanfuentes se preocupó de todos los detalles de esa húmeda ceremonia, en presencia de no más de ocho o diez personajes. Luego todos integramos el cortejo, yo siempre solo en mi auto. No advertí que nadie se extrañase de verme en uno de los coches de Ismael, porque seguramente debían conocerlos, y lo mismo a su chofer.

Tuvimos que atravesar toda la ciudad para llegar a la parroquia Santa María de Las Condes, donde asistí a misa los últimos domingos. Allí fue puesto el gran estuche de metal con varales dorados, sobre el catafalco ante el altar, cuando ya había concluido el servicio religioso vespertino. Había una veintena de hombres y mujeres, y me quedé atrás, protegido por la penumbra, hasta que de pronto, al dar vuelta la cabeza, enfrenté a Clemencia Rodríguez.

Llevaba un velo, y me dio la sensación de una dolida viuda. En susurros me invitó a que la acompañara a su casa, porque quería conversar un rato conmigo. No tuve disculpas que esgrimir, porque Stephanie debía hallarse a esas horas en la casa del mexicano.

En el departamento de Clemencia había muchos cuadros, estatuillas, y porcelanas finas. En sus palabras notaba ahora una cierta cautela. Nuestra relación había experimentado un sutil cambio; antes la miraba con otros ojos y tal vez a ella le ocurría lo mismo. Le parecía buenamoza, bella incluso, y elegante. Esta última cualidad la diferenciaba un tanto de Stephanie, que prefería la ropa cómoda, deportiva.

Según Clemencia, Ismael había salido de ciudad de México seis días antes. Los últimos que lo habían visto fueron dos ejecutivos de sus empresas en México. Lo acompañaron a un aeródromo privado, desde donde despegó en su pequeño jet.

—¿Dijeron cómo estaba Ismael de ánimo?

—Nada anormal. Tuvo muchas actividades en México esos días. Le habían aconsejado que se fuera al día siguiente, pero insistió en partir de inmediato.

Luego de una breve escala en Nicaragua, había llegado a Caracas. Desde el aeropuerto hizo algunas llamadas telefónicas, según un funcionario, comió algo en la cafetería, y a las seis de la tarde se embarcaba de nuevo.

Al poco rato, cuando Clemencia debió atender el teléfono, aprovechó para marcharse. La lluvia tendía a disminuir en medio de la noche fría.

Difícilmente llegarías a conocer alguna vez la verdadera historia del mexicano-colombiano que de manera tan decisiva interfiriera en tu vida. Si de nuestros mejores amigos siempre ignoramos algo, con mayor razón me encontraba a oscuras ante un personaje tan complejo, que siempre vivió entre gente de relevancia política y económica, enfrascado en acciones donde se movían millones de dólares, afectando la vida de miles de personas, a veces definitivamente. Incluso metido en asuntos *non sanctos*, en un terreno en el que el gran delincuente y el magnate conviven por mutua conveniencia.

La señora Stephanie acababa de llamar, me informa Ramiro. «El mundo no es de los buenos, sino de los fuertes», era otra frase que mi padre solía esgrimir, y me viene a la memoria al repasar mi breve relación con Ismael Fernández. La voz cálida de Stephanie reflejaba una contenida excitación. Según el mexicano de la embajada, Florencio Navarro servía de puente entre los dos carteles colombianos de la droga y los mexicanos, especialmente el del Golfo. Sus excelentes vinculaciones con las autoridades y la policía le garantizaban su impunidad. Viajaba mucho a Colombia, Brasil, Venezuela y Estados Unidos. Mantenía una secreta relación con Ismael Fernández, se decía, y a raíz de su asesinato el nombre del ex colombiano fue barajado por la policía. Porque Navarro había estado recién en Santiago, y desde allí

partió a Colombia, donde permaneció un día solamente. Regresó a México y uno o dos días después habría sido asesinado. En cuanto a Ismael Fernández, que había llegado por entonces a México, procedente de Inglaterra, se marchó de improviso, temiendo quizá verse envuelto en la investigación. Porque días antes Alberto Garachena fue baleado en Bogotá, hecho que se vinculaba con el viaje de Navarro a Chile. Estas tres muertes dieron origen a una gran confusión policial.

Recordé el testamento y llamé a Esteban Sanhueza, explicándole que lo consultaba por encargo de un pariente.

—Es muy simple. Con el certificado de defunción se presenta ante el juez correspondiente, el que pide el testamento a la notaría que lo guarda. ¡Qué terrible lo de Ismael Fernández! ¿Lo seguiste viendo?

—Una o dos veces, solamente. Fue muy imprevisto.

¿Cómo obtener el certificado de defunción? No le quedaba otra alternativa que plantearle el asunto a Sanfuentes y solicitar ese documento por su intermedio. Pero no lo haría antes del entierro de Ismael.

La casa amaneció sumergida en una densa niebla. Me sentía nervioso pensando en el funeral, con grandes deseos de salir pronto de todo eso. Llamé a Ramiro y le expliqué que cualquier resolución sobre el futuro de la casa tomaría algunas semanas.

—El problema, don Carlos —me dijo Ramiro, con su rostro ancho, lleno, bonachón—, es que aquí ganamos sueldos muy buenos, que es difícil conseguirse en otro lugar, ¿ve? A todos se nos va a crear un asunto serio. Mientras estemos con usted, nos sentimos tranquilos, porque tenemos algo que hacer.

Me sorprendió su buen criterio. Ciertamente, no les había dado ningún trabajo extra, por lo que de seguro su actividad fue menor que con Fernández, siempre lleno de compromisos sociales.

—No se preocupen por ahora. Necesito, eso sí, que ustedes me mantengan informado al segundo de cualquier persona que llegue con cualquier pretexto. No deben dejar entrar a nadie antes. A todos deben decirles que, por el momento, yo soy el dueño de casa, por decisión de don Ismael Fernández.

Pensó en el horrible día que le había tocado a Fernández para su último viaje. Pero los muertos carecen de sensibilidad para apreciar los cambios de tiempo.

La niebla había comenzado a retirarse en largos jirones impulsados por una brisa helada cuando entraba en la iglesia. Había bastante concurrencia, porque las empresas de Fernández daban trabajo a cientos de personas. Habían contratado un coro y en el ambiente solemne del templo, donde reinaba un frío tolerable, la música gregoriana me sobrecogió de veras, pensando en que pronto podría estar en la misma situación. Ya en el cementerio debí esperar, en torno a la sepultura cubierta por una carpa, el discurso de Sanfuentes más otros dos, en ninguno de los cuales se pronunció la consabida frase «a quien me unía una larga amistad», seguramente porque ninguno de

los oradores se había sentido muy amigo del enigmático Ismael Fernández Santapau. Siguieron los responsos finales y luego el féretro empezó a descender lentamente a lo hondo de la cripta. Me acometió un súbito pavor.

Integró la columna que abandonaba al camposanto, entre personas conversando en voz queda, con Sanfuentes detrás, a corta distancia. Pero no pensaba hablar con él aún.

Ramiro acudió a entregarle un sobre sellado, que había sido despachado por *courier*. Me quedé muy sorprendido, y más al ver que procedía de Caracas. Acometido por un presentimiento, me encerré en el escritorio. Era el certificado de defunción de Ismael Fernández Santapau. Durante varios segundos quedé sin respirar. Dos ministerios venezolanos y el consulado de Chile visaban el documento. No incluía nota alguna y como remitente figuraba un apartado postal caraqueño. Mi gran problema quedaba resuelto. Ahora solamente tenía que llamar a Esteban Sanhueza. Me felicité por no haberle expuesto mi problema a Sanfuentes.

Pero ¿quién podía saber que yo necesitaba ese documento? Exclusivamente Ismael Fernández. ¿Le había dejado instrucciones a alguien porque presintió su fin? Empecé a transpirar. Rehíce los últimos días de Ismael, conforme a los antecedentes que poseía. Sus restos irreconocibles descansan en una sepultura, pero entonces recordé su escala en Nicaragua, citada por Clemencia. Nada le habría costado embarcar allí un cadáver de características parecidas a las suyas, obtenido previamente gracias a su dinero y sus conexiones en el bajo mundo. Luego de vestirlo con su ropa y ponerle la cadena identificadora, saltó en paracaídas. Así el avión se estrelló en la selva a unos 500 kilómetros al sur de Caracas, no lejos del Orinoco, porque debió asegurarse un rápido regreso a la ciudad, bajo otro nombre, desde luego, para preocuparse del certificado de defunción.

Únicamente Fernández podía haber hecho algo así. ¿Con qué fin? Para reaparecer al cabo de un tiempo con otra identidad, porque tal vez la actual le complicaba la existencia. Y debió prever que yo llegaría a esa conclusión en cuanto recibiera el documento acreditando «su» muerte. Cada vez le parecía más claro, mientras un sordo temor lo invadía. ¿Cuál podría ser el siguiente paso? Comunicarse secretamente con él para pedirle los bienes que le legara, porque sus servicios quedaban plenamente pagados con las acciones y el efectivo de las cajas de seguridad.

Ramiro me recordó el almuerzo, y aproveché de pedirle un whisky doble, que me serví en el salón grande. Guardé el documento en la caja del escritorio, dándole vueltas a estas ideas. La posibilidad de que todo hubiese ocurrido como lo imaginaba le daba coherencia a la situación, por una parte, y le quitaba su aspecto sobrenatural. Sí: Ismael Fernández estaba vivo, pero muerto para el mundo, y seguía utilizándose sin ningún pudor. Total: con algunos pequeños cambios en su fisonomía, empezaría a

vivir como una nueva persona, así fuese de sus rentas o iniciando una vida empresarial en otros países. Pero se preocupó de retribuirme anticipadamente, para asegurarse mi colaboración. Y comprendí ahora por qué Fernández había fechado el testamento antes de conocerme: para hacerme saber, sin asomo de dudas, que formaba parte de sus planes desde hacía tiempo. Y me había dejado la fotografía que nos tomase Pilar Santelices con el mismo propósito. ¿Por qué me escogió? He aquí una de las tantas preguntas sin respuesta que surgían de este asunto.

Pero ya había caído en la trampa y me sentía incapaz de renunciar a los evidentes beneficios que me reportaría esa fortuna. Con esta convicción llamé a Esteban Sanhuesa y le confesé ahora que yo era el interesado en mi anterior consulta. Se sorprendió de veras al saber el nombre del causante, pero no me hizo preguntas. Su prudencia me devolvió la calma.

—Ven con el certificado a mi oficina y preparamos un escrito. Luego nos vamos juntos al juzgado y hacemos la presentación.

Regresó a San Damián a las cinco de la tarde, con una temperatura bastante baja. Una vez más, pensó en lo bien que estaba allí.

Pero ¿por cuánto tiempo?

—¿Desde cuándo Ismael Fernández era piloto?

—Llevaba muchos años. Piloteaba todo tipo de aviones y también helicópteros —replicó Sanfuentes—. Además era un avezado paracaidista.

—¿Se sabe cómo fue el accidente?

—El avión se fue a tierra y, en la práctica, se desintegró con el choque. Dejó un verdadero cráter en la selva. Están analizando la caja negra para ver si algo se puede establecer sobre las causas del accidente. ¿Usted sigue en la casa de San Damián? —Su pregunta estaba revestida de cierta cautela.

—Así es. Como tenía el testamento de Ismael, ayer lo presenté al juzgado. —Mi voz adquiere un tono particularmente reposado y seguro.

—¿Usted lo tenía? ¿Y cómo no nos había dicho nada? —Trató de imaginar la expresión de Sanfuentes al escuchar su voz alterada—. ¡Es fundamental para ver cómo seguiremos con sus negocios!

—No tenía por qué decírselo a nadie. Además necesitaba el certificado de defunción para iniciar los trámites. Por suerte hoy lo recibí.

—Pero ¿quién se lo envió? —Y arrepentido de su vehemencia—: Perdone, señor Sánchez, pero es que todo esto me ha pillado de sorpresa. Y es tan importante, además.

—¡No se preocupe! Tengo buenos amigos en Caracas y les pedí que me consiguieran el documento. Eso es todo.

—¡Ya entiendo! ¿Me autoriza para dar esta noticia, con las debidas reservas, desde luego? Debo tranquilizar a los inversionistas.

—Siempre que sea indispensable, sí. Sería lamentable que esto llegara a oídos de la prensa.

La apertura del testamento demoraría de una a dos semanas, por lo menos. E incluso más, porque habría que esperar la aparición de presuntos herederos. Aunque Fernández no tuviese hijos ni parientes cercanos, al conocerse su deceso podían surgir los interesados como callampas. Especialmente tratándose de un hombre tan poderoso.

—Algo muy positivo para ti —me había dicho Esteban— es que haya dejado en tus manos el testamento. Eso significa que recibirás necesariamente tu buena porción. ¡Y yo mis honorarios...! —terminó con una risa ahogada, que le provocó un acceso de tos.

¿Qué haría durante toda esa espera? ¡No poseer ese carácter maravilloso de algunas personas que hasta lo más serio lo echan a la broma! Recuerdo a mi tío Aurelio Vergara, propietario de un fundo en San Clemente y aficionado a reírse a costa de lo que fuese. Durante una comida en el club de Talca, Aurelio se puso a

discutir con alguien sobre un tema especialmente delicado, contaba mi padre. Ocupaba una de las cabeceras, y de repente se incorporó en su asiento, muy congestionado y abatido, y exclamó:

—¡Esto es una porquería! ¡No vale la pena seguir viviendo! —y bruscamente sacó su revólver y se lo puso en la sien, ante la reacción despavorida de los demás. Pero al presionar el gatillo, se limitó a largar un sonoro pedo.

En cambio a ti te cuesta olvidar tus problemas. Cada vez que llamaba por teléfono temía que fuese Fernández o alguien en su nombre. Sacó todos los dólares de la casa y abrió una cuenta en Nueva York y otra en moneda chilena. Las acciones prefirió dejarlas donde estaban.

Durante el fin de semana invité a mi familia y a Stephanie, aunque por separado, porque prefería no presentarle la canadiense a mis hijos. Mi vida había recuperado una cierta normalidad, y a cada día que pasaba sin noticias de Fernández aumentaba mi confianza.

La segunda semana hice un paréntesis de dos días para visitar el otro gran complejo de la inmobiliaria El Retiro en la costa frente a Copiapó, a instancias del propio Sanfuentes. Pero fui solo esta vez, porque Stephanie debía preocuparse de unos políticos canadienses que estaban de visita en Chile. El paseo me sentó bien. Me dediqué a descansar, a comer, a dejarme atender por los encargados del proyecto y a leer de noche. ¡Cómo corrían los millones allí! Y conforme al testamento, todo eso me pertenecía en una proporción mayoritaria.

La noche del jueves asistió a una recepción que dio el embajador de Canadá a sus compatriotas políticos, acompañando a Stephanie. Recuerdas a un amigo de juventud que se volvía loco por el mundo diplomático y las fiestas oficiales y, aunque en esa época asistiese a varias, con el tiempo dejaron de invitarte, porque esa gente huele la pobreza. El dinero es el caldo de cultivo de la frivolidad, y aunque en un comienzo tuve una cierta nostalgia de ese ambiente, pronto lo olvidaba. Y al estar de vuelta en ese mundo pensé que nada había perdido. Una señora gorda, con un traje largo, se enredó de pronto en el propio ruedo de su vestido y se vino estrepitosamente al suelo, al lado mío.

¿Para qué ir a cócteles y recepciones cuando en mi casa lo pasaba mejor? La independencia es de los mayores agrados que proporciona la holgura económica. Invitar al que uno quiera y no encontrarse en su casa con una serie de personajes empaquetados, figurones y a veces paracaidistas.

El martes, ¡por fin!, Esteban Sanhueza me citó para la apertura del testamento de Ismael Fernández, que se efectuaría el día siguiente. Los tres testigos eran ajenos a las empresas del difunto. Tipos discretos, bonachones, de más de cincuenta años. Conocieron al mexicano a raíz de haberle vendido directamente propiedades, obras de arte, cosas así. Fernández se había preocupado de mantener en reserva su legado,

porque incluso la notaría, aunque antigua, era poco conocida.

El texto original correspondía exactamente al duplicado y tampoco incluía un inventario de los bienes, pero sí un sobre sellado con el rótulo «Para leer a solas». Lo tomó tembloroso, pensando que quizá contenía las instrucciones póstumas de Fernández. También Sanhueza le dijo que había otro sobre para Ricardo Velasco, el albacea testamentario.

—¡Eres muy, pero muy afortunado! —lo felicitó Esteban.

Pero ¿sería así realmente? Porque a partir de ahora la posible resurrección de Fernández se tornaba más probable.

En la tarde helada, nubosa, atravesó a pie el centro de Santiago, porque Sanhueza debió quedarse atendiendo otros asuntos. Solo después advertí que había pasado frente a la oficina de Stephanie sin darme cuenta.

Encerrado en «mi escritorio», abrí el sobre. Únicamente una hoja con indicaciones sobre una sección de la bóveda central, cuya existencia ni siquiera había sospechado. Había que presionar dos hendiduras de una repisa que dividía su interior para abrirla. Adentro me encontré con un cajón de no más de cinco centímetros de altura, cubierto por una fina tapa metálica. Albergaba documentos, instructivos, y un resumen del inventario de la herencia de Fernández, que poseía bienes en los cinco continentes. La suma total de sus haberes me pasmó: veintiún mil millones de dólares. ¡Por supuesto que Ismael Fernández volvería a reclamar su fortuna, y no podría negársela! Pero en esos momentos únicos disfrutaba de la notable sensación de ser uno de los hombres más ricos del mundo. Aparte de las interminables nóminas de las acciones, propiedades de renta y agrícolas, depósitos en cuentas corrientes se detallaban allí las empresas industriales, comerciales e inmobiliarias donde el magnate era el accionista principal, o su único dueño. También halló una nota con las claves de las bóvedas y cajas fuertes de Fernández en todas sus residencias, yates y aviones. El inventario oficial del testamento se guardaba en el subsuelo de su casa en las afueras de Nueva York. En Chile Fernández poseía nueve haciendas, varios edificios, sitios, tres casas, un departamento en Viña del Mar y otros inmuebles, cuya visita resolvió dejar para después de concedida la posesión efectiva.

Entonces le comuniqué a Ramiro que yo era el nuevo dueño de casa, conforme al testamento de Fernández. El hombre sonrió aliviado.

—Me alegro mucho, don Carlos. Nosotros estábamos pensando que algo así podría ocurrir —confesó, candoroso.

—Dígale a los otros que seguirán aquí mientras procedan con diligencia y lealtad, como lo han hecho hasta ahora.

¿Por qué Fernández te habría elegido, cuando con seguridad debían sobrarle los incondicionales? Nadie escoge a un desconocido. Al pensar así, el enigma se densificaba aún más. Incluso Fernández habría podido utilizar cualquier subterfugio

legal para autotransferirse sus bienes, adoptando y legalizando previamente otro nombre, por ejemplo. O abriendo cuentas en esos bancos que solo identifican a sus clientes por un número, sin los peligros inherentes a ese ostentoso accidente aéreo y sus entretelones.

Estas repentinas reflexiones le daban una nueva orientación a sus inquietudes e incluso le permitían considerar como suyo el legado de Fernández, sin temor de que reapareciera a reclamarlo. En cuanto a sus motivos para proceder así, debía agregarlos a esos impenetrables arcanos que jalonan la historia humana desde los primeros tiempos, como el de los propios preadamitas.

Porque así como Dios otorga sus dones sin exigir retribución alguna, con mayor razón un ser humano puede hacerlo, y más considerando que Fernández me había utilizado sin advertírmelo.

Le comunicó a Sanfuentes su condición de heredero universal de los bienes de Ismael Fernández. Su sorpresa fue auténtica, y me pidió que me presentase ante el directorio de la inmobiliaria El Retiro y demás sociedades para tranquilizar a la gente.

—Aún me falta la posesión efectiva.

—Es difícil que haya cambios sustanciales, don Carlos. Todos saben que don Ismael Fernández no tenía parientes vivos. En todo caso, usted podría acercarse por aquí y sin asumir en propiedad, comenzar a conocer a la gente y lo que hacen las empresas.

—Me parece bien lo que sugiere.

Cada vez se expresaba con mayor seguridad y se sentía compenetrado en principio de su futuro papel de magnate empresarial, ocurrencia que le hizo sonreír en el escritorio cálido. Afuera las ramas se hacían oír bajo un viento repentino, porque algunas rozaban el ventanal que se abría a una densa oscuridad.

¿Traería a mis hijos a vivir conmigo? Ahora la idea no me convencía del todo. Cierto es que la residencia me quedaba grande, enorme en realidad, pero allí vivió muy tranquilo y solitario su anterior propietario, el inefable Ismael Fernández Santapau. Y a mi edad, disponiendo de una buena servidumbre y de todos los recursos para afrontar cualquier contingencia, no debía obligarme a convivir con mi gente, por mucho que la amase. Nunca faltan los motivos de choque. Además estaba en condiciones de comprarle a cada uno la mejor casa donde lo deseasen, lo que me evitaría ingratas situaciones futuras, porque, como fuese, me sentía envuelto en un denso misterio.

Y por ahora estaba Stephanie, que quería seguir viniendo a mi hogar, como correspondía, aunque sin traerla a vivir conmigo. Soy convencional; así me hicieron y es tarde para cambiar.

Llamé a mis dos hijos, les advertí que no divulgasen la noticia para evitar llamar la atención de los periodistas, y les ofrecí de inmediato ayuda económica para lo que fuese. Volvería a ser el papá de siempre, dispuesto a llevar la mano al bolsillo para resolver problemas.

Continúas revisando los papeles secretos de Fernández, pero nada hay que te ilumine ni remotamente sobre los motivos de su interés por ti. ¿Cómo saber en qué momento Ismael había resuelto utilizarlo? Sus contactos con Chile se habían iniciado un año antes, y murió cuando aún no cumplía siete meses en la casa. ¿Habría empezado todo cuando lo descubrió en la estación Escuela Militar, como dice Clemencia? En cuanto al testamento, Fernández pudo ponerle intencionalmente una fecha anterior a la verdadera por cualquier motivo aún desconocido para mí.

En todo caso, ahora podía viajar adonde quisiese para seguir los últimos pasos del aparentemente muerto mexicano-colombiano y también muchos de sus primeros. Bastaba con que tomase un avión para Colombia, donde empezaría a desenredar el hilo. También estaba el valle de Luzbel... ¡lo había olvidado por completo! Superadas algunas de sus dudas con la historia de Huilcamán, la visita a esa remota gruta quizá le permitiese confirmar las revelaciones de Marcos y el jardinero en cuanto a su papel en todo ese asunto. Y así no tendría que esperar con los brazos cruzados la posesión efectiva y demás trámites testamentarios.

Entonces lo llamó Ricardo Velasco, que se presentó como el albacea del difunto.

—Me comunicaré con el señor Cecil Ralton, que es el encargado de Resco en Nueva York, para que se ponga a sus órdenes.

Aludía a la ocupación de las demás residencias de Fernández. Es un hecho que los

bienes materiales no nos llegan por nuestros merecimientos ni necesidades; simplemente son fruto del azar. Como en mi caso: de pronto, en vísperas de los descuentos, recibía una fortuna colosal que jamás yo ni la mayoría de la gente hubiese podido amasar a lo largo de varias vidas. Claro que no tenía todos los hilos en la mano, y quizá siempre se me escapase alguno. Pero nadie, ni el más soberano de los hombres, posee el control absoluto de sus asuntos, aunque así lo crea. La realidad se encarga muchas veces de contradecirlo. John Kennedy, siendo el presidente de la nación más poderosa de la tierra, fue asesinado en Dallas. Y a Nixon lo exoneraron por Watergate. Pinochet cayó en una emboscada y se salvó solo por milagro. Y así sucesivamente. No tenía por qué yo ser la excepción. Además sabía de dónde podía provenir alguna sorpresa, al menos la que más me preocupaba. Pero tal vez no la más importante.

A las diez de la mañana lo llamaba Ralton, que se expresaba bien en español. Entonces recuerdo el certificado de defunción y le menciono el apartado de correos caraqueño estampado por el remitente, pero sin decirle de qué se trata, porque la idea de viajar a Venezuela para indagar me inhibía secretamente. Le solicité un avión y me ofreció un Gulfstream, uno de los aparatos de la flota de Fernández que estaba actualmente en Panamá. Me poseyó una honda satisfacción. Empezaba a disfrutar de los goces del poder, por cuya obtención los hombres tanto afanan. Por cada uno que lo obtiene, aun en pequeña escala, mil quedan en el camino sin lograrlo, y quizá más. Y yo era uno de esos, por muchas amenazas ocultas que me acechaban, porque solo Dios concede sus dádivas graciosamente. ¿Qué precio debería pagar? Las mismas dudas ya eran parte de ese valor.

Resolvió partir el viernes en la mañana. Esa tarde lo llamó Ralton: el apartado de correos no correspondía a Caracas, es decir, se trataba de un número falso. Renació su inquietud. Le avisé a Ralton dónde iría, y me informó que la casa de Manto Verde estaba lista para recibirme, como todas las residencias de Fernández esparcidas por el mundo, veintiún casas y siete departamentos, sin contar sus haciendas y estancias. Manto Verde poseía un aeródromo, donde había además un helicóptero con su piloto.

Esa noche Stephanie comió en mi casa y logré convencerla de que mi viaje se debía a la herencia. Tendría que moverme mucho y no podría atenderla. Ninguna noticia de México sobre Fernández, me dijo. También Acorsi estaba mudo, pero no lo lamentaba. Y ahora tampoco le temía.

A las nueve de la mañana partía en la cabina de un jet flamante, recién adquirido por Fernández, y alhajado a su gusto. Disponía de la nave a su amaño, porque el piloto debería obedecer sus órdenes, siempre que no comprometiese la seguridad del vuelo o alguna disposición legal. A las dos de la tarde, luego de una escala en Bogotá, volábamos hacia el suroriente sobre vastas extensiones verdes, una que otra ciudad y las trayectorias sinuosas de los caminos. Luego solo la selva, con alguna aldea

perdida que aparecía de pronto, una zona inundada por el desborde de un río y aisladas áreas de cultivo fácilmente distinguibles por su homogeneidad. La tripulación incluía un amable sobrecargo, que se preocupaba de atenderme, aunque como pasajero debo resultar tolerable. Solo bebía los deliciosos jugos naturales de frutas de la región.

Disponía de tiempo para meditar en los últimos acontecimientos, pues durante los viajes largos, así sean en auto, bus o avión, las evocaciones acuden con particular fluidez, porque nos hallamos completamente desconectados de lo cotidiano. Había volado no más de dos veces y, aunque me acometía una aprensión al embarcarme, pronto me sentía más o menos a mis anchas. Y con mayor razón «volando en lo propio». ¡Qué cosas te habían ocurrido en apenas cuatro semanas! Más que en sus sesenta y dos años ya recorridos, para empezar. No creía que su vida hubiese sido una sucesión de fracasos y tampoco le gustaba llorar sobre la leche derramada. Porque Dios solo nos castiga o premia en la otra vida. Repudio la llamada justicia inmanente por irracional, su falta de base real y su nula consecuencia. No. La acción divina nos llega únicamente cuando ya muertos enfrentamos al Hacedor.

Ahora, ¿por qué hacía ese viaje? En obediencia a un impulso superior, como quien dice, en respuesta a un secreto llamado. ¿De quién? De ese remoto jardinero conocido como Marcos por Waldo Flores. Y aquí iba en su avión, sobre un océano vegetal, oculto a veces por grandes nubes que se adherían como vendajes y bajo un cielo muy azul profundo e impenetrable separándome del universo pródigo en estrellas y mundos visitados de pronto por las raudas Crigal. Esa capa diáfana escondía la invisible presencia de Dios, y yo, una de sus más insignificantes criaturas, iba en busca de un testimonio de su primer hijo rebelde, el soberbio Luzbel. Pero no a ese Luzbel condenado a los fuegos del infierno, sino a su memoria como fiel servidor del Altísimo. Y así como Cristo pidió a su padre el perdón para sus torturadores, yo, desde ahora, le imploro su infinita misericordia para las debilidades, miserias y terrores de este simple mortal, tan cerca ya de su inevitable fin. ¡Sé que Tú sabrás comprenderme, Señor! Quizá en presencia del dibujo que Fernández viera en el valle de Luzbel podría compenetrarme de su autenticidad. Porque nada le costaría a Dios sacarme de mi error, de ser esa su voluntad.

El piloto te informa que empieza a descender para el aterrizaje, al cabo de una hora de vuelo. Te abrochas el cinturón, con la selva acercándose debajo y un río que describía amplios meandros hasta desaparecer a lo lejos. Ni una nube en los contornos, pero hacia el sur asomaban masas sombrías, rebosantes de agua, piensas al verlas, sobre una cadena de cerros de mediana altura. Cuando se abrió la portezuela lo recibió una bocanada de calor, como al asomarse a un horno. Y también lo envolvió una ráfaga caliente.

—Vamos a tener un chubasco tropical, señor Sánchez —te informa el copiloto,

mientras baja la breve escala.

Segundos después trepaba dentro de un jeep cerrado por un sendero abierto en medio de la ladera selvática, en cuyas espesuras revoloteaban pájaros de brillantes plumajes. Llegamos ante un gran portón que empezaba a abrirse en un muro encalado, cuyos extremos se perdían a derecha e izquierda bajo una densa vegetación. En un enorme patio empedrado aguardaban no menos de veinte hombres con blancos uniformes, armados de metralletas y fusiles. Un monito se escabulló veloz detrás de esa especie de guardia. Un tipo grueso, de estatura regular y con una amplia guayabera floreada, avanzó sonriendo obsequioso a mi encuentro, con sus mejillas altas, la piel reluciente de sudor y un bigote de largas guías.

—¡Bienvenido a Manto Verde, señor Sánchez! Espero que haya disfrutado de un buen viaje. —Habla con acento colombiano—. El señor Cecil Ralton, de Resco, me llamó anunciándome su llegada.

Más allá de un largo corredor, por encima de su techumbre de tejas rojas, los cerros subían algunos cientos de metros, revelando la meseta a media falda donde nos hallábamos. Frente a tanta gente armada, que me miraba respetuosa, me sentí por un momento el gobernante de una remota región arribando a sus territorios. Un íntimo halago me invadió, y al mismo tiempo una secreta ironía. Ismael Fernández había sido en vida un verdadero país, y yo podía considerarme, por ahora al menos, su legítimo sucesor.

Buenaventura Solano, encargado de Manto Verde, me condujo a través de la casa que rodeaba el acceso hasta otro patio donde un surtidor bullicioso derramaba agua sobre una gran fuente de piedra, emplazada ante una verdadera mansión de estilo español, con jardines, arbustos y árboles mayores en sus contornos. Pronto me instalaba en un vasto salón con piso de cerámica roja, una chimenea y finos muebles. Era como estar en una residencia de algún barrio exclusivo.

—¿Por qué tanta gente armada?

—Es que esta casa fue de un capo de la droga —aquí Buenaventura bajó la voz—. Y cuando el señor Fernández, que en paz descansa, la compró, mantuvo la guardia porque algunos pueden creer que todavía es del dueño anterior.

—Es enorme todo esto.

—Son 200.000 hectáreas, con esos cerros que vio. Pero la casa, que estaba rodeada por un muro, ocupa 20 hectáreas. Más de la mitad corresponde a la residencia, y en el resto vive la guardia con su familia, cincuenta y ocho personas en total.

—Como una aldea...

Un gran estrépito estalló sobre el techo, y me sobresalté. Al mirar por las ventanas vi un denso chubasco rebotando sobre los adoquines y en pocos segundos todo se cubrió de una capa de agua brillante.

—¡Esto sí que es lluvia! —exclamé, saliendo de mi sobresalto—. Nunca había visto llover así.

—Pronto se acostumbrará. Porque apenas termina, sale el sol de nuevo y hace calor. Aun de noche.

En la casa hay de todo, me explica. Un avión trae provisiones dos veces por semana y otro reabastece los estaqués de petróleo y gasolina, porque los únicos caminos transitables llegaban solo hasta unos cien kilómetros de allí. La energía eléctrica se obtenía de una turbina.

—Bien, Buenaventura. He venido porque quiero visitar el valle de Luzbel.

Abrió mucho los ojos al oírme, pero luego asintió riendo.

—Tiene que ir en helicóptero, eso sí; no hay otra manera de llegar —me advierte, escudriñándome con sus ojos oscuros.

Me encogí de hombros y le pedí que me condujera a mi dormitorio. Me cubría una transpiración viscosa y ansiaba darme una ducha.

Desperté antes de que asomase el sol, cuando las nubes abandonaban progresivamente el cielo. Pero al salir del baño, una impenetrable neblina envolvía Manto Verde. Andrés, el muchacho que había ido con Fernández en su viaje al lugar, me acompañaría, porque conocía la lengua de los tusquitos. Me invadía una curiosa inquietud, como si fuese a enfrentarme con algo decisivo. El hecho de saberme solo en esa remota región, en medio de desconocidos que me respetaban únicamente porque encarnaba al patrón, contribuía quizá con ese estado de ánimo. Cuando desayunaba en medio de los frescos soplos de aire acondicionado, Buenaventura llegó a presentarme a un chico delgado, de tez muy oscura y ojos vivos, que también vestía de blanco.

—Este es Andrés, don Carlos.

—¿Podremos salir con esta niebla?

—Antes de una hora va a estar despejado —replicó Buenaventura—. El piloto está revisando la máquina.

En medio de una humedad caliente, bajo un sol en ascenso, te diriges al fondo del parque, donde el muro colinda con el cerro cubierto por un verdadero manto de verdor, hasta donde llega el rumor de una cascada cercana. Saludó a Raúl, el piloto, y trepó al Jet Ranger, que parecía recién salido del horno.

—Es la primera vez que subo a uno de estos aparatos. Así que por favor ¡nada de piruetas!

Todos rieron y pronto la aeronave comenzó a despegar suavemente en medio del estrepitoso motor que la hacía vibrar con prudencia. Volando sobre la selva en medio de un cielo levemente empañado, cobrábamos altura a medida que los cerros se alejaban atrás. Debíamos viajar una hora y media hacia el suroriente. A veces jalonaba la jungla algún claro, una laguna rebosante de aves acuáticas o un río estrecho, semicubierto por las ramas de sus riberas. Sobrevolábamos un vasto pantano neblinoso e imaginé estremecido su fauna de reptiles, insectos, monos y pájaros tornasolados, en medio de un calor sofocante y un escenario donde cielo e infierno se entremezclaban. A la distancia, un poderoso caudal marrón se aproxima lentamente.

—¡El Amazonas! gritó el piloto sin volverse.

Pronto el descomunal río (¿habrá alguno más grande en otros mundos?) dividía con sus bordes sinuosos la ilimitada sabana verde. Un barco navegaba serenamente aguas abajo, y no tardó en quedar a nuestras espaldas. Viviendas más o menos camufladas se asomaban furtivas y también angostos senderos que aparecían y se ocultaban entre las frondas. Reparé en una extensa región pareja, de algún cultivo, sin duda. Era un cocal, me informó Andrés, desde el cual debían estar observándonos,

porque conocían el helicóptero.

Empezó a invadirlo un creciente nerviosismo, una extraña angustia que lentamente se desperezaba en su interior. ¿Habría cometido una imprudencia al venir sin hacerse acompañar por Stephanie o alguno de sus familiares? Se trataba de algo tan personal y fantástico que quizá los suyos hubiesen puesto en duda su estado mental. Si algo le ocurría, su familia no tardaría en saberlo, a no ser que se estrellasen como Ismael Fernández y permanecieran allí durante años, con la vegetación metiéndose entre los restos del helicóptero hasta esconderlo por completo.

—¡Vamos llegando! —gritó Raúl.

A lo lejos un reborde rocoso, coronado de vegetación, se sumía en tierra. Pronto rebasaban la orilla norte de la gran hondonada y el terreno se hundió cuatrocientos o quinientos metros en un abrupto paredón. Abajo seguía la fosa, horadada por una lagunilla más o menos al centro de esa figura semejante a una rústica pulsera implantada en el paisaje.

—Cuando vinimos con el señor Ismael esa laguna era más chica —comentó Andrés, que me enfrentaba.

—Es que con el temblor grande del año pasado el agua que sale de la cueva aumentó mucho —explicó el piloto, volteando su rostro atezado que se prolongaba por su frente en una creciente calvicie.

Cerca del fondo una cascada blanca, espumosa, surgía de un agujero horadado en el muro y describiendo un arco iba a precipitarse en la poza.

—En esa caverna está lo que usted quiere ver —me explica Andrés.

—¿Qué extensión tiene el valle?

—Como tres kilómetros de ancho por unos tres y medio de largo.

Los tusquitos se apiñaban semidesnudos señalando la máquina, pero sin dar muestras de temor. La tierra se transformó en un remolino de hojas y aterrizaron suavemente, con un leve estremecimiento. Una veintena de indígenas, entre hombres, mujeres y niños, avanzó con timidez. Andrés los saludó en su idioma y me presentó esas candorosas figuras desnudas, que me contemplaban curiosos. Un niño de cuatro o cinco años se aferró a mis pantalones con sus manitos sucias, mientras sus ojos agudos me auscultaban.

A unos cien metros el agua se estrellaba en un socavón redondo antes de encauzarse hacia la charca, visible entre las espesuras. Dos tucanes posados en una ramita miraban a los hombres y, a lo lejos, en un bosquecillo, un grupo de monos jugueteaba en medio de chillidos.

Andrés le mostraba al jefe de la tribu la caverna que se abría a unos cincuenta metros de altura, en un muro rocoso, vertical y pelado, donde apenas se aferraban algunas matas mustias, y también aisladas enredaderas. Y entonces descubrí el angosto camino, bastante empinado, que conducía a la cueva y solo de pensar en

ascenderlo se me secó la boca.

—¿Podríamos subir ahora? —La pregunta surgió como evidencia de una orden superior.

—No les importa que subamos, señor —te explica Andrés, mirando al jefe de mejillas agrietadas—. Dicen que el espíritu de la gruta ya no los protege, porque tendrán que irse de aquí antes de que se inunde todo.

De tu maleta sacas una cámara fotográfica, una grabadora de video y baterías. También te metes los catálogos en los bolsillos, porque sobre los equipos sabes lo que te alcanzara a explicar el vendedor. Raúl se quedaría junto a la aeronave. Con Andrés nos ponemos en marcha. Los tusquitos se apartan para dejarnos pasar.

Lo que buscas es esa inmortalidad física que te ofreció el jardinero cuando la Crigal te llame. ¡Esa es la única verdad! Por eso hiciste este viaje. Y además porque el destino, o lo que sea, te facilitó hacerlo. El sendero, de no más de un metro de ancho, ascendía con una inclinación pronunciada, con groseros escalones labrados en la roca por los propios tusquitos seguramente. Precedido por Andrés, que no lo descuidaba, evitaba mirar hacia abajo para precaverse del vértigo. Veía como se aproximaba la oscura boca y, dando un suspiro de alivio, recorrió los últimos metros. Sentí un ligero mareo al mirar desde la altura la selva que cubría el valle de Luzbel. Desde la oscuridad interior provenía el sonido del borbotear del agua y ráfagas de fresca humedad. Saqué mi linterna de mano y fijé otra en torno a mi cabeza. A la izquierda corría el arroyo, de menos de un metro de ancho, y bordeándolo estaba el camino de ingreso, de una amplitud similar, rocoso y húmedo a trechos. Me había puesto unos gruesos zapatos con suela de goma, que se afirmaban en cualquier superficie.

Llegamos a un espacio amplio, donde sobrevivían restos de antiguas fogatas. Iluminé el fondo de la caverna, y por un momento solo distinguí una superficie pareja, de color claro. Pronto descubrí una gran figura, muy bien trazada, que delineaba la efigie del ángel descrito por Fernández hasta sus rodillas, porque las piernas desaparecían tras la roca a dos metros o más de la altura. Estaba de pie, con las alas plegadas a su espalda, pero muy visibles, y su rostro lo coronaba una abundante cabellera ensortijada. Poseía una expresión enérgica, notablemente captada, y sus ojos miraban al frente, audaces, hasta el punto de sentirlos clavados en mí. Sus brazos desprovistos de musculatura terminaban en unas manos fuertes que se aferraban a la cruz de su espada.

Recordé la descripción de Huilcamán. Eso no podría ser obra de algún misionero español o portugués, como pensara al oír el relato de Fernández. Eso estaba allí desde una época remota, porque parecía dudoso que alguna presunta civilización amazónica hubiese conocido la historia de los ángeles. El muro penetraba en el macizo a unos cinco metros de mi derecha. Lo toqué. Me sorprendió la tersura de la superficie, metálica al parecer, desprovista de todo gránulo, como si hubiese sido pulimentada con alguna máquina especial.

La voz excitada de Andrés llegó desde su izquierda.

—Esto no se veía cuando vinimos con don Ismael.

Unos diez metros a la izquierda la pared se unía en un ángulo recto, filoso, a otra también desviada hacia afuera, que entraba en la roca al lado del arroyuelo.

—Esta parte debió caerse con el temblor —comentó Andrés, muy sorprendido—. Antes había aquí un verdadero salto de agua, que hacía una gran sonajera.

Se notaba que el desprendimiento de tierra debió rellenar algún hueco importante y dio origen a un pronunciado declive por donde el agua se deslizaba veloz, reemplazando la anterior caída.

—Aquí hay una entrada. ¡Mire! —exclamó Andrés, sorprendido.

A unos cinco metros de la esquina se veía el segmento de una abertura que debía ser redonda, pero se hallaba interrumpida por el muro rocoso. A su izquierda surgía desde una grieta la corriente de agua que se vaciaba en el valle de Luzbel.

Entre aquella y la pared primigenia existía un pasaje inclinado, suficiente para alcanzar la oscura oquedad.

Mi excitación, hasta ahora reprimida con los temores del reciente ascenso, se desencadenó entonces. Todo lo visible pertenecía a una obra mayor. ¿Algún templo, quizá? Descubrí entre el ángel y la esquina el dibujo de algo, como una columna truncada, cuyos extremos se perdían en el suelo y el techo de la gruta. El ruido de la corriente arrancaba ecos que parecían voces ahogadas, regurgitantes, que conferían al lugar, recorrido por los haces de la linternas, un ambiente fantasmagórico, como si hubiera alguien al acecho. Tratando de ignorar esta impresión, subió cuidadosamente por la franja de rocas húmedas que bordeaba el arroyo.

—¡Por Dios, don Carlos! No se vaya a caer... —le advirtió el muchacho, alarmado.

—Sé bien lo que hago.

Encendió la lámpara de su frente y, aferrado al borde del acceso, metió la cabeza en una atmósfera fría, un tanto azumagada. Le sorprendió la delgadez del muro, de no más de dos centímetros de espesor, y descubrió abajo, como a un metro, un piso parejo, con algunos pedruscos y tierra amontonados a los pies de la abertura, consecuencia tal vez del pasado sismo. Se volvió hacia Andrés.

—Voy a entrar. Sígueme tú después, para que me ilumines.

—Es que este lugar me está dando mucho miedo.

—Harás lo que te ordene, ¿entendido?

Pisó el suelo sólido, sin duda del mismo material de las murallas, que estaba algo viscoso por la humedad procedente de afuera. Andrés se me unió. Apagué el foco de mi frente y antes de encender la linterna de mano divisé a mi derecha, en la que debería ser la cara interna del muro que tenía el famoso ángel de la gruta, varias grandes figuras lenticulares celestes, de alucinante nitidez, alineadas a una misma altura, unos veinte metros, alejándose hacia adentro de forma perfectamente visible.

—¿Qué serán esas luces? —Le preguntó al trémulo Andrés.

—¿Qué luces? ¡No veo ninguna! ¡Encendamos las linternas, mejor!

Niegas, asustado. Solo tú ves esas enormes fosforescencias regularmente distanciadas. Son siete. Pero al enfocarlas con la linterna desaparecen. Lo invade un gran desasosiego. Se hallan dentro de un vasto espacio, con muros oblicuos, que a unos cuarenta metros o más rematan en un techo horadado por una abertura circular, donde el haz llega apenas. Ese agujero debió ser acceso *in illo tempore* al mundo exterior, aunque provisto de alguna techumbre, porque de lo contrario el piso se hallaría atestado de cascajos. En el centro de ese recinto una rampa muy ancha baja a las profundidades dando vueltas en torno a un eje tan grueso como la amplitud de la vía. Pero el coraje no me da para aventurarme por allí. Apago mi linterna y le ordeno a Andrés que haga lo mismo. ¿Estaría viendo visiones? Porque el muchacho se

mantuvo en su negativa.

Volvió a alumbrar los accesos circulares. Era como enfrentar un ideograma: te hallas en el interior de una estructura idéntica al remate del farol reproducido en el muro. Y descubres a su lado el mismo ángel de afuera, pero de cuerpo entero, porque sus piernas terminan en pies normales. Junto a mí estalla un apagado gemido y me encuentro con la cara desencajada de Andrés.

—¡Vámonos, don Carlos! Quizá quién vive aquí.

Se te erizan los pelos y debes hacer un gran esfuerzo para recuperar la calma. Un poco más allá del ángel encuentro otro faro coronado por el gran disco.

—¡Quédate tranquilo! Esto ha estado abandonado desde hace miles o quizá millones de años. El único peligro es que se hubiese metido algún bicho venenoso de afuera. —Y paseas la luz por el suelo, pero sin descubrir nada.

En esa muralla había siete faros iguales, armónicamente distanciados, y entre uno y otro la figura del ángel se repetía seis veces. Al examinar el muro de acceso, sobre los agujeros bloqueados por piedras, iluminó otra serie de dibujos en ese pulimento inalterable, donde se representaban ángeles en vuelo, algunos solitarios o integrando bandadas de tres o cuatro, planeando, elevándose con sus alas emplumadas o descendiendo en picada a veces. Ante mis ojos se desplegaba un verdadero fresco del cielo y sus pobladores al comienzo de los tiempos. Esta convicción me anonadó. ¡Qué gran artista había sido el autor de todo eso! En medio de mi enajenación podía apreciar las perfectas proporciones de los hijos o mensajeros de Dios, como asimismo el sentido de la perspectiva de su autor. Los preadamitas... sin duda ellos podían ver a los ángeles y quizá hasta al propio Hacedor. Tenía a la vista la prueba material de esa antiquísima raza creada por el Altísimo y puesta bajo la férula de Luzbel. Entonces, desentendiéndome del terror de Andrés, los versículos 14, 12-15 de Isaías, reproducidos por Agramonte en su libro, vuelven a mi memoria.

«¿Cómo caíste del cielo, lucero brillante, hijo de la aurora, lanzado a la tierra, tú, que esclavizaste a las naciones?»

Porque esas escenas y efigies de Luzbel que nos rodeaban eran anteriores a la Caída, cuando el poderoso arcángel aún no se rebelaba y dominaba los mundos de los preadamitas con mano de hierro. De pronto creyó columbrar, como un chispazo, una de las probables causas de su castigo. «No te harás escultura ni imagen alguna de los que hay arriba en los cielos ni de lo que hay abajo en la tierra...» Es una de las primeras prohibiciones contenidas en el Decálogo que recibió Moisés, según el capítulo 20 del Éxodo. «No te postrarás ante ellas ni les darás culto, porque yo, Yahve, tu Dios, soy un Dios celoso...» Pero los preadamitas habían representado con profusión a Luzbel, como me constaba, posiblemente obligado por el mismo ángel, y esta debió ser una de las gotas que colmó la paciencia del Hacedor. ¿Quizá Luzbel recurría a esas imágenes y estatuas para reafirmar su potestad? En cambio los preadamitas siempre fueron humildes, sostenía Benalcázar, y de ahí que el Altísimo hubiese sido benévolo con ellos. Como inmortales eran dueños de la posteridad y no

les preocupaba dejar testimonios gráficos de su presencia en los muros circundantes. Desde siempre habían tratado de mantener el anonimato.

Andrés me tocó un brazo y di un verdadero salto. Pero al ver su expresión aterrada no pude menos que reírme. Lo tranquilizas, diciéndole que pronto nos iremos. Esos muros tan alejados se mantenían intactos al cabo de las edades, después de haber resistido cataclismos que los habían hundido en tierra más de medio kilómetro. Bajó algunos metros por el caracol, ante el horror de Andrés, con su mente saturada de supersticiones desde la infancia, y estampó sus pisadas en la delgada capa de polvo que lo cubría. De sus medidas, porque la rampa descendía por el interior del soporte de esa especie de fanal donde estaban, podía estimar la magnitud de la construcción. La altura de la columna reproducida en las paredes equivalía por lo menos a unas cincuenta veces su grosor. Calculando la anchura total del caracol en una veintena de metros, y multiplicándola por cincuenta obtenía mil metros para el poste, o sea, su base debía hundirse un kilómetro bajo el valle de Luzbel. ¿Qué habría abajo? ¿Algún conjunto de inimaginables ruinas? ¿Ta vez una bella ciudad, muy distinta a la que conocemos?

Y solo entonces piensa que los preadamitas no constituyeron una civilización tecnológica, porque no necesitaban los artificios de la ciencia. Quizá habitaban un planeta Tierra con su eje aún no inclinado, como se afirma que era nuestro planeta en sus comienzos, y por lo tanto, dotado de un clima benigno en todas sus latitudes. Un verdadero paraíso. Además disfrutaban de la vida eterna y poseían un medio para atravesar el universo sin experimentar molestia alguna, inconcebible siquiera para la ciencia humana. Pero aun sin la presencia del aterrorizado Andrés habría intentado «el descenso a los infiernos», siguiendo las vueltas de esa rampa para enfrentarme a otros restos de esa mítica raza.

—A trabajar, Andrés. Tú manejas los focos y yo la grabadora. ¡Apurémonos!

Me dominaba una euforia particular, que no había experimentado ni siquiera cuando a través de un simple mensaje Ismael Fernández me transformó en millonario. Había hecho el descubrimiento arqueológico más grande de todos los tiempos, superior a cualquiera de las primitivas civilizaciones esparcidas por nuestro planeta. El material de esa construcción superaba en dureza al acero, porque al golpearlo con una piedra no le provoqué ni una rayadura. Solo le arranqué un sonido opaco. Debía tratarse de una sustancia especial, quizá algo como una cerámica, cuyo secreto de fabricación solo los preadamitas poseían.

Ahora, al enfocar la cámara en la figura que parecía flotar sobre el faro, recordé a las Crigal. ¡Las Crigal! Esos dibujos las representaban sin duda, y dada su posición, debía existir algún desconocido vínculo entre los faroles ciclópeos y los seres intergalácticos, quizá algo como una señal. Y solo yo veía el brillo de los dibujos que las reproducían. La enormidad de esa súbita revelación me cortó el aliento. En ese

preciso momento se confirmaba el anuncio del jardinero de que yo podría comunicarme algún día con las Crigal. Porque solo yo veía esa luz. ¿O me estaba precipitando? ¿Necesitaba acudir a ese lugar tan recóndito y de difícil acceso para saber algo así? Cierto es que muchas veces los elegidos debieron efectuar largas y sacrificadas peregrinaciones a remotos países para encontrarse con su fe. ¿Sería ese mi caso? Como siempre, de poco me servían las especulaciones.

Partiendo de la base de que todas esas figuras correspondían a ideogramas, o al menos, que sus autores emplearon una escala rigurosa, el diámetro de las presuntas Crigal equivalía a unas diez veces el ancho del fanal. Atribuyéndole a este unos cincuenta centímetros, en una escala de un metro por centímetro, obtenía para esas criaturas quinientos metros, es decir, medio kilómetro. Marcos las había descrito como de «grandes tamaños».

Con Andrés grabamos esas arcaicas pinturas e incluso me atreví a intentar algunas aproximaciones de los dibujos, dudando del resultado. Tomé varias fotos. Por último abandonamos ese vetusto refugio, fuera de la curiosidad humana desde un tiempo incalculable. Te acomete una especial nostalgia, porque tienes la certeza de que jamás volverás a visitarlo. Además presentía que ese descubrimiento se traduciría tarde o temprano en algo concreto. Pero la idea me provocaba una cierta zozobra.

El sol había desaparecido tras densos nubarrones y una atmósfera pesada, caliente, nos envolvía.

—Va a caer un chubasco, don Carlos. Yo iré delante de nuevo.

Junto al helicóptero, Raúl les hizo un saludo con la mano, quizá preocupado por su tardanza. Habían permanecido más de una hora en la gruta del ángel. ¿Qué ocurriría con ella? Mientras descendía, ahora con una mayor destreza, pensó que de seguir creciendo ese chorro alimentado por las entrañas de la tierra el valle de Luzbel terminaría por convertirse en un lago muy profundo para su extensión, y con una cuenca cortada a pico en todo su perímetro. Y entonces le ordenó a Andrés que no comentase con nadie ese descubrimiento, porque la zona quedaría expuesta a serios peligros.

—Supongo que este cambio de tiempo no nos impedirá volar, ¿no?

—No se preocupe, don Carlos. Confíe en su piloto.

Lo de «su piloto» le sonó muy bien.

—¿Y cómo les fue allá arriba? Estaba preocupado, pero los tusquitos no quisieron subir y no me atreví a dejar solo el helicóptero.

Le informó brevemente que había fotografiado el interior de la gruta, con su dibujo y la corriente de agua. La enorme hélice empezó a girar perezosamente y el suelo se hundió con lentitud, mientras el rotor se convertía en un remolino estroboscópico. Abajo los tusquitos los observaban inmóviles. Cuando transponían los altos muros del valle, el chorro que emergía de la gruta se adelgazó rápido. Arriba

los vientres de las nubes se hinchaban y se encogían sin soltar su carga de agua.

Había terminado con éxito una empresa que nunca imaginé afrontar cuando Fernández me describiera su visita a la gruta. Me sentí satisfecho y orgulloso por haber sido capaz de superar mis temores, mi comodidad y mi natural reticencia, y también porque con esa hazaña restablecía mi interrumpida relación con el pasado, aunque ya al borde de la vejez. ¿Sería demasiado tarde? Pero ante la naturaleza de mis expectativas, ese aspecto perdía toda relevancia.

La lluvia cayó sobre el helicóptero con la energía de una cascada y la cabina tembló. El paisaje fue tamizado por el agua que el rotor pulverizaba y los envolvió en una penumbra platinada en medio de ese día hasta entonces abochornado y caluroso. En su cabina Raúl hablaba por radio. Temeroso piensas que está pidiendo auxilio.

—... de don Carlos Sánchez, el nuevo dueño de Manto Verde... —pude entender que dice.

—¿Qué ocurre, Raúl? —A duras penas logras darle firmeza a tu pregunta.

—Me piden si puedo bajar a recoger al señor Rafael Centeno, porque su anfibio tiene fallas en el motor y debe estar hoy en Bogotá. Usted ordena, don Carlos.

La idea de salir de ese vuelo submarino, en la práctica, no podía serle más atractiva.

—¿Quién es el señor Centeno?

—El dueño de los cicales de abajo. —Raúl se da vuelta y te mira picaresco—. Conocía a don Ismael, y en esta zona es bueno estar bien con todos.

La aeronave tocó tierra con suavidad. A través del aguacero se divisaba una casa rústica con techo de hojas de palmeras y la superficie de un río angosto crepitando. También, la cola del anfibio junto a un muelle tosco. Don Rafael Centeno nos invita a almorzar antes de proseguir vuelo, me dice el tipo que me recibe, y protegiéndome con un paraguas, me conduce a la pieza donde se opera el radiotransmisor, y desde allí al subsuelo. Me enfrento a la civilización: un salón elegante, bien iluminado, y un hombre corpulento, más o menos de mi edad, avanza con una cordial sonrisa en su rostro ancho, mofletudo y bonachón.

—Está en su casa, señor Sánchez. —Le sacude vigoroso la mano—. ¡No sabe cuánto agradezco su gentileza! ¿Qué se sirve? —Me señala un carro atestado de botellas.

—Está muy bien instalado aquí.

—De otra manera sería muy duro vivir en este lugar. —Rió, amistoso—. El almuerzo no nos tomará más de media hora.

Me pesaban emociones vividas en mi visita al refugio de Luzbel, y me sentí

cansado.

—Y si usted me autoriza, puedo pedir que me envíen mi Apache a Manto Verde. Porque aquí solo puede aterrizar mi pequeño anfibio. Y es mejor así, por razones de seguridad. Porque de repente aparecen los grandes helicópteros norteamericanos y disparan sus misiles contra estos refugios. Pero es lo menos que podemos aguantarles a los gringos. —Y largó una carcajada contagiosa—. ¿Cómo haríamos buenos negocios sin ellos? Esos ataques son para asegurarse a los electores. Usted es chileno, me decían, y entiendo que fue muy amigo de don Ismael Fernández, ¿no? Porque él tenía negocios en Chile.

Lo invitó a pasar a un comedor sobriamente decorado, con grandes fotos murales que simulaban ventanas abiertas a paisajes selváticos.

—Estos son medallones de cola de caimán —le advirtió cuando el mozo le ponía un plato con dos grandes rodajas de una carne alba, sin mácula—. Pruébela con confianza, no se arrepentirá.

—Así que conoció a Ismael.

—Bastante, aunque nunca hicimos negocios. Pero mi familia fue vecina de don Lorenzo Fernández Santapau, su padre adoptivo, un solterón riquísimo, dueño de minas de esmeralda y platino y de grandes haciendas.

—¿Su padre adoptivo? ¿Era huérfano?

—No es ningún secreto para los que lo conocían aquí. —Me ausculta con sus ojos astutos—. Don Ismael llegó muy joven a una de las haciendas de don Lorenzo. Tenía unos veinte años, y don Lorenzo, de más de ochenta entonces, le tomó mucho cariño y lo adoptó. Don Ismael heredó su fortuna dos o tres años después.

Sin buscarlo, seguía enterándome del pasado de Fernández. Era una suerte para mí que el avión de Centeno se hubiera descompuesto.

—Conocí muy poco a Ismael. Y de personas como él se dicen muchas cosas, no siempre buenas. ¿Por qué se fue de Colombia?

—Porque Aureliano Fernández Restrepo, un sobrino segundo de don Lorenzo, de buena familia pero sin plata, impugnó el testamento. Para evitarse líos, don Ismael, aconsejado por su abogado, le dio una buena cantidad de dinero a Aureliano. Como era un verdadero genio para los negocios, siguió aumentando su fortuna. Pronto tenía grandes inversiones en México y en Estados Unidos. Lo que tocaba se convertía en oro, como el rey Midas. —Lo dice con evidente admiración—. Pero entonces Aureliano Fernández, ya de sesenta años y lleno de deudas, porque era un vividor, volvió a amenazarlo. Y como esta vez don Ismael se negó, lo acusó de actividades subversivas y hasta de narcotráfico. Todo lo cual resultó ser falso. Pero don Ismael, aburrido de todo eso, se fue de Colombia y adoptó la nacionalidad mexicana.

—¿Me encuentra parecido a alguno de los parientes adoptivos de Ismael?

—No a don Lorenzo, al menos, aunque era muy niño entonces. —Me escudriña, curioso—. Pero no conozco a toda la familia Fernández. Las dos hermanas de don Lorenzo murieron solteras, también. Pero al que usted se parece mucho es a

Alberto Garachena, uno que mataron hace poco. Se las buscó, además. ¡No es un parecido que lo favorezca...! —Terminó, riendo.

—¿Hubo alguna relación entre Garachena e Ismael?

—Garachena fue uno de los que apoyó las calumnias de Aureliano Fernández. Era un tipo de muy mala clase, aunque de buena facha. —Me mira risueño—. El Marqués, le decían. Solo se preocupaba de sacarle plata al que pudiera. Y después les daba vuelta la espalda. Inspiraba miedo, porque había ganado un inmediato prestigio ante el Gobierno colombiano, y el norteamericano, incluso.

—Se dice que detrás de su muerte estuvo Ismael...

—Eso es falso —replicó, sin alterarse—. Garachena tenía muchos enemigos. Entiendo que vino especialmente a Colombia un profesional norteamericano para cumplir «su contrato». Aunque don Ismael haya tenido motivos para no querer a Garachena, no se iba a arriesgar.

—Pero ¿estuvo en el narcotráfico?

—Que yo sepa, no. —Su voz adquiere un tono sincero—. Don Ismael era dueño de bancos en México y Estados Unidos, y se le acusó de lavado de dólares. Pero cuando los gobiernos adoptaron medidas de control, sus bancos normalizaron sus actividades. O sea, mientras lavó dólares sin las restricciones legales, no cometió ningún delito. ¿Me entiende?

El mozo llegó empujando un carrito con un chanco nuevo entero, perfectamente dorado. Venía relleno de embutidos, camarones y presas de ave. Estaba con Trimalcione en persona, pero su historia no me permitía concentrarme en esas delicias.

—Perdone que le haga tantas preguntas, señor Centeno, pero heredé algunos bienes de Ismael y no quiero tener líos luego.

—No se preocupe, señor Sánchez. Le contesto gustoso, porque ha tenido esta gentileza conmigo. ¡Pregunte lo que quiera!

—¿Le suena el nombre de Florencio Navarro, un mexicano?

—Bastante. ¡Gran amigo de Garachena! Tampoco era una buena persona. Muy oportunista y traicionero. A él le cuelgan que contrató al tipo para matar a Garachena. Pero también lo mataron supe.

Asentí.

—Hay un chileno, Antonio Acorsi, que tiene negocios en Colombia. ¿Lo ha oído nombrar?

—De pasada, solamente. Es socio de Terencio Torres Ochoa, un personaje que ha tenido sus líos. Pero se los ha sacado.

Tomamos el helicóptero en medio del chubasco en declinación y en menos de una hora llegamos a Manto Verde. El Apache de Centeno acababa de aterrizar y allí mismo nos despedimos.

—Lo que se le ofrezca, llámeme —me dice al tomar el vehículo que lo llevará al vecino aeródromo.

Y mientras afuera el sol tropical evaporaba el agua caída y un calor pesado invadía las grandes habitaciones, se sumergió en las figuras grabadas esa misma mañana, ahora con tranquilidad, bebiendo un jugo helado. En las aproximaciones que hiciera de los fanales descubrí los mismos dibujos interiores, o sea, estaban tanto en el anverso como en el reverso de los muros. De ahí entonces el ángel en el fondo de la gruta. Pero la cinta no había captado el halo celeste. Te embarga una temerosa emoción, pensando que te hallas en posesión de una aptitud sobrenatural, de un don exclusivo, porque esa mágica fosforescencia llevaba milenios y tal vez millones de años manteniendo esas propiedades. No solamente Andrés era ciego ante esa luz, sino también la grabadora. El poderoso arcángel había dejado una impronta solo visible para unos pocos. Volvieron a mi memoria unos versos de Lord Byron, que había releído y anotado después de conocer el libro de Agramonte y las ideas de Benalcázar. Perteneían a su drama poético «El misterio de Caín», y en él pone las siguientes amenazas en boca del ángel caído:

*Todo, todo lo disputaré, y mundo a mundo
y estrella a estrella, universo a universo;
habrá temblor en la balanza hasta que el gran
conflicto termine...*

Estas palabras resaltaban el inmenso poder adquirido por Luzbel al alero de Dios. Así pudo regir a los preadamitas hasta los confines del cosmos. Donde fuesen transportados por las Crigal. Hoy el hombre confía en la infalibilidad de la ciencia para resolver el misterio de la creación. Pero se aleja cada vez más, a pesar de sus esfuerzos. Aquí las palabras de san Pablo adquieren todo su significado: «Porque ¿quién conoce la mente del Señor? ¿Quién podrá darle consejos?». Todo lo que vemos es solo una parte insignificante de la sabiduría divina, esparcida por el universo como las infinitas piezas de un rompecabezas imposible de armar para nuestra inteligencia.

Eran las cinco de la tarde, y le acometió el súbito impulso de regresar a Chile de inmediato.

Transcurrió un mes desde su visita al valle de Luzbel, cuyo testimonio gráfico veía seguido, incluidas algunas fotos rescatables. Pero mantenía en reserva ese descubrimiento, como si de revelarlo cometiera el mayor de los sacrilegios. Y ahora comprendes las historias de sociedades secretas, misterios innominables, verdades ocultas y crímenes perfectos, porque son muchas las cosas que permanecerán siempre en medio de la más densa oscuridad.

En cuanto al certificado de defunción, del *courier* le informaron que el sobre había sido llevado a la oficina de Caracas por una estafeta, seguramente contratada. Pero averiguar en los organismos venezolanos que habían extendido y visado el documento, me despertaba instintivos recelos; me parecía imprudente por donde lo mirase. No valía la pena insistir. Al finalizar ese mes salió la posesión efectiva y la colosal fortuna pasó íntegra a sus manos. Pero se cuidó de no mencionarle a nadie, ni a sus hijos, el verdadero alcance de esos bienes, para eludir a los delincuentes y aventureros. Algunos, como Hernán Sanfuentes o Esteban Sanhueza, debían sospechar la magnitud de su herencia.

Lástima que sus padres no hubiesen estado vivos para hacerlos compartir su prosperidad. Especialmente mi mamá, que comprendía mis sacrificios para atenderla. ¿Somos culpables de ser incapaces de ganar dinero? En la mayoría de los casos no, porque para acumular riquezas se requieren varios factores. De lo contrario, los ricos abundarían, pero son los económicamente mediocres los ganadores absolutos de las encuestas.

Visitó las bóvedas de las residencias de Fernández en los diversos países buscando cualquier referencia que lo vinculase con él antes de su llegada a Chile, o ya en el país. Hasta donde pude comprobar, el noventa por ciento de los negocios de Fernández nada tenían de objetables. Los restantes solo ofrecían algunos aspectos complejos, pero tampoco pensaba en cometer el descriterio de llamar a una firma de auditores que los aclarasen... No escarbes a tus pies, porque el piso puede desmoronarse.

Por ese tiempo, Stephanie fue trasladada a Holanda, y de alguna manera me sentí aliviado: no quería alimentar sus ilusiones, si es que las tenía. También pasé por Manto Verde. Ya las aguas habían alcanzado la entrada de la cueva, como pude comprobar al cabo de un rápido vuelo. Los tusquitos emprendieron la retirada cuando súbitamente el chorro engrosó hasta abarcar todo el diámetro del túnel, proyectándolo la fuerza de su empuje a más de cien metros de distancia, como un poderoso surtidor. Algún río subterráneo debió desviarse a raíz del sismo y agrandó su desagüe.

Un desastre inadvertido para la humanidad, que vive la época más impredecible de su historia. ¿Qué importaba la transformación de una curiosa hendidura amazónica en un lago? Pero así quedaban sepultadas, quizá por la eternidad, las pruebas de la existencia de esa raza emparentada con la humana, que había sido regida por el propio Hacedor a través de uno de sus hijos, tal como volverá a ocurrir al fin de los tiempos, ahora bajo el mandato de Cristo, según las Escrituras. Al pensar así se santiguó, mientras el avión efectuaba la última vuelta en torno al valle de Luzbel.

Algún día el hombre quizá desentierre esas ruinas, cuando la exploración del subsuelo sea tan expedita como los viajes submarinos. Porque en el próximo siglo, o en los siguientes, el agotamiento de los recursos no renovables obligará a buscarlos más abajo. Y al tropezar con las huellas de los preadamitas no sabrán cómo interpretarlas, porque los exponentes de esa raza, que siempre han convivido con los hombres sin delatarse, seguirán mudos.

Al recordarlos me sorprendía a veces escudriñando algún rostro sospechoso, pero no tardaba en recapacitar, comprendiendo la inutilidad de mis esfuerzos: los preadamitas eran tan o más invisibles que los virus, porque procedían conscientemente para asegurar su incógnita entre los mortales pobladores de la Tierra. Y sus restos arqueológicos puestos a la vista en un indefinido futuro serían atribuidos a alguna civilización del alba de los tiempos.

Tampoco se sospecharía la verdad cuando alguna expedición humana encontrase construcciones semejantes en algún planeta de otro sistema solar. ¿Cómo aceptar la idea de que una raza prehumana había esparcido su simiente por todo el universo a bordo de naves inimaginables para su tecnología? Equivaldría a reconocer el fracaso de su ciencia.

Pero también cabía la posibilidad de que en ese porvenir la humanidad se hallase sumida en el caos y el terror después de alguna guerra atómica, o de cualquier imprevisible catástrofe natural, y jamás llegara a sospechar siquiera la existencia de los preadamitas. Porque según Elizondo, el Hacedor había permitido la supervivencia de aquellos a condición de que nunca se diesen a conocer, hasta el día del Juicio Final. Y no sería yo el encargado de contradecirlo.

Como seres naturales, originados en el vacío intergaláctico —conforme a la versión de Marcos— y capaces de comunicarse con ciertos humanoides de los astros, las Crigal pudieron trasladar algunos de estos a la Tierra en tiempos prehistóricos, no para colonizarla, sino con fines desconocidos. Y las reproducciones de ángeles sepultadas en las entrañas de los continentes, expresiones de su propia cultura y accesibles algunas en esa época, quizá influyeron en los primitivos homínidos. Así, el mito de los preadamitas admitía otra interpretación, ajena a las ideas de Benalcázar y a su particular visión de la historia bíblica.

Pero la elocuencia del fanal oculto en el valle de Luzbel seguía pesándome,

aunque la conclusión de que esos vestigios integrasen un faro fue mía, al interpretar los dibujos como ideogramas. Como sea, hasta aquí llegaban mis expectativas de hallar una explicación para ese vertiginoso enigma.

Irónicamente, el valle de Luzbel colindaba con las fuentes del pecado. ¿Simple coincidencia? Sin duda: hasta el día en que se había construido ese faro sepultado, Luzbel seguía bajo la protección divina. Tampoco sentí nada ominoso durante mi visita al lugar, de alguna maldición recaída sobre esas ruinas, como le ocurría a los que se asomaban al Gólgota después de la crucifixión, según Pär Lagerkvist.

Tus temores y vacilaciones fueron simplemente humanos. ¿Podría el Hacedor lamentarse de sus obras? El arrepentimiento es fruto de la imperfección, aunque Dios castiga a los que proceden torcidamente. «Pero el pecado no se imputa no habiendo ley», sostiene san Pablo. Y hasta ese momento Luzbel aún no pecaba.

La inundación de esa lejana hondonada no ponía término a mis inquietudes. Al revés: debía considerar esa catástrofe como una señal. Y aunque hasta entonces las Crigal siguiesen sin manifestarse, no dependía de mi voluntad apresurarlas: estaba forzado a esperar.

Se sentía incapaz de reemplazar a Ismael Fernández en el manejo de su imperio empresarial, así que resolvió dejarlo en las manos de los actuales ejecutivos. Se conformaría con el papel de un modesto administrador, también algo difícil, porque se trataba de tareas para las cuales carecía de idoneidad. Tampoco te las habías buscado. Pero poseía un espléndido privado en la oficina de Santiago de la inmobiliaria El Retiro, base de las operaciones de Fernández en Chile, y allí acudía dos o tres veces por semana para hacerle sentir a la plana directiva su personal preocupación. También empezó a vincular a su hijo y su yerno en estas tareas.

Solía ver a los McCormack, porque me traían recuerdos de Stephanie. Pero evitaba a las mujeres, porque de alguna confusa manera vivía esperando algún acontecimiento imprevisto. Presentía que necesitaba algún detonante y de pronto llegó. Aún no transcurrían seis meses desde la muerte de Fernández cuando recordó el cofre con joyas guardado en la bóveda principal, que nunca abría porque los papeles importantes, incluido el inventario resumido, los guardaba en la caja fuerte del escritorio, más cómoda de usar. Pero ahora pensó en qué haría con ese pequeño tesoro de oro y pedrerías. Abrió el estante y la pesada puerta. Como guiados por una fuerza subconsciente, sus ojos se fijaron en la silueta adherida a su cara interna. Me sobresalté: Allí estaba la exacta reproducción del faro del valle de Luzbel. Ni siquiera la había recordado al hacer su descubrimiento en ese remoto escondite, aunque no era extraño, pensaría luego, dadas las distintas magnitudes de las reproducciones.

Un gran frío me invade lentamente: solo Fernández podía haber puesto allí esa figura. Aún más: significaba que conocía esos exponentes de la cultura preadamita. ¿Cómo? ¿Y por qué la puso dentro de la bóveda? Seguro que para que yo, su heredero, la hallase. Pero se estrellaba con otro enigma, porque Ismael debió poseer la certeza de que yo no solo iría al valle de Luzbel: descubriría además un acceso a

esas ruinas, inexistentes durante su visita, según Andrés. ¿O hizo un segundo viaje secreto, sin pasar por Manto Verde? Solo ahora recuerdas el curioso efecto que te produjera Fernández al conocerlo donde Magdalena...

A las cuatro de la tarde llegaba a la casa de la viuda de Flores y le mostraba la foto donde aparecía con Ismael Fernández. Rosaura la miró detenidamente y exclamo temblorosa:

—Es Marcos. Un poco más gordo, solamente, y con algunos años más. Y de bigotes. —Y ante tu nerviosa insistencia—: Es igual a él. Tenía una cara muy especial, porque no se parecía a nadie. Aun con esos bigotes lo estoy viendo.

—Es cierto —comentas, estremecido—. Algo me había llamado la atención... ¡No se parecía a nadie! Es algo muy sutil y difícil de describir. ¡Claro! Venía de otro mundo.

Cuando me fue presentado esa noche por Magdalena tuve la brumosa sensación de haber visto antes al mexicano: en mi niñez. Pero entonces no lo recordé.

—Pero ¿quién es este señor? ¿Por qué está con usted? Si fuese Marcos, tendría por lo menos ochenta años, o más, y esta persona no representa más de cuarenta.

—Un hombre que desapareció. Desgraciadamente, no puedo darle mayores antecedentes. Pero me comunicaré pronto con usted.

Regresé sumergido en un estado de nerviosismo, pero todavía necesitaba corroborar algo más. Llamé a Rafael Centeno.

—¿Recuerda qué año, más o menos, llegó Ismael a la casa de don Lorenzo Fernández?

—Hace más de cincuenta años. A fines de la década de los treinta. ¡Yo era un niño entonces!

—¿Y se acuerda cómo se llamaba antes de que lo adoptaran?

—Marcos a secas. No lo olvido, porque es el nombre de mi evangelista preferido. «Mi nombre es legión...» —Y aquí rió, sombrío.

—Usted me dijo que en esa época Ismael tenía unos veinte años.

—Exacto. Y cuando lo vi por última vez debía tener más de sesenta años. Pero no los representaba. Y según supe, se conservaba igual al morir. ¡Tenía el secreto de la eterna juventud! —Y terminó, riendo—: Con tanta plata también...

Algo revelador de la personalidad de Centeno: no se dejaba arrastrar por la curiosidad, porque no me preguntó nada.

No podía seguir dudando. Marcos se había ido de Chile a fines de 1938, o a comienzas del 39, luego de haberse integrado a la vida humana para anunciarle su destino, como primera misión. Pero también para cumplir el período que las Crigal le asignaran en la Tierra. ¿Con qué propósito? ¿Como una etapa de perfeccionamiento, algo parecido a la metempsicosis, quizá? ¿O para completar su misión conmigo, ya en vísperas de su partida y bajo el nombre de Ismael Fernández? De pronto me asalta

esa ocurrencia, porque tal vez Marcos no le había contado toda la verdad a Flores, pues no correspondía, ni al niño Carlos Sánchez, por su falta de madurez.

¿Fue por un mero azar que Ismael descubrió a ese señor tan parecido a su enemigo en la estación Escuela Militar, como le relatara Clemencia? ¿O ya en ese momento su percepción le reveló mi verdadera identidad, que yo era el mismo niño a quien venía a buscar? Desde luego, ahora con cincuenta años más, y mayor que él en apariencia gracias a su lento envejecimiento, conforme a las notas de Waldo Flores. ¿O esto solo ocurrió en casa de Magdalena? Centeno había negado la participación de Fernández en la muerte de Garachena, pero desconocía la famosa foto que, según Acorsi, fue el detonante para el asesinato. Además, Centeno no constituía la mejor defensa de la honestidad de Ismael, porque existían antecedentes abrumadores: la visita de Navarro a la casa de Ismael, la secreta relación de ambos, según el mexicano de la embajada, las fotografías tomadas por Pilar Santelices, una de las cuales había sido encontrada por la policía colombiana. Porque tampoco podía atribuir esta última noticia a una mentira de Acorsi por su aversión a Fernández.

Dejando aparte los sentimentalismos, la idea de que Fernández no resistiese la tentación de tenderle una trampa a Garachena valiéndose de mí tendría que consolidarse. Pero no así que me hubiese pagado mi involuntaria complicidad dejándome su descomunal herencia. Eso debía imputárselo a su misión en la Tierra: yo era su legítimo heredero. Por eso te habló del valle de Luzbel y colocó la figura del fanal en la puerta de la gran caja fuerte. Porque seguramente Marcos había visto ese emblema, o el original, quizá, en alguno de los mundos que conociera. Ahora, ¿por qué desapareció? Simplemente porque había recibido el llamado de la Crigal. Y para evitarme problemas con la cuestión de la muerte presunta, que habría retrasado los trámites de la herencia, fingió su fin en un accidente. Sabía, además, que yo no tardaría en seguir su destino, cuando la Crigal me citase.

Y solo ahora la frase «ya no estaré en este mundo», contenida en su primera nota dirigida a mí, adquiere todo su significado. Porque no aludía a su muerte, sino a su partida de la Tierra. Es decir, cuando yo me preocupaba por su posible resurrección, quizá Fernández ya se hallaba en el otro extremo del universo.

Tal vez en sus etapas planetarias los preadamitas, o sus descendientes mestizos, se dejaban arrastrar por su lado netamente humano, y Marcos se dedicó a acumular riquezas con todos sus riegos. Esta reflexión me convenció. Por grata que fuese mi vida presente, pronto la vejez empezaría a afectarme con sus achaques, tornándome desconfiado e incapaz de adoptar decisiones. Y, lo peor de todo, mi natural tendencia a la comodidad aumentaría con los años, dejándome solo apto para una existencia pasiva, incluso reacio a comunicarme con los demás. Porque al parecer el destino impuesto por las Crigal comprendía una prueba final: su aceptación o rechazo en vísperas del ocaso definitivo, cuando el hombre comienza a confundir lo real con lo imaginario, algo natural en la niñez.

En cuanto a mi situación ante las Crigal, subsistían interrogantes inhibitorias,

como la de enfrentarme con el ambiente absolutamente desconocido de otro mundo, en el caso de acudir a su llamado. Aunque siempre arribo a la misma conclusión: solo la muerte te aguarda con total certidumbre a la vuelta de unos pocos años. Es el destino natural de las personas, ciertamente, pero no de las que estaban en su posición. No había donde perderse.

Debía sacrificar esos pocos años de bienestar que me restaban envejeciendo. Porque pasada cierta edad, los bienes materiales solo proporcionan escaso agrado, excepto una digna vejez, cuando no afrontas alguna péfida enfermedad. Fuera de los hijos y nietos, nada lo ataba a este mundo con lazos muy sólidos, quizá por la misma vida mediocre que llevase hasta la interrupción de Ismael. Y las traumáticas muertes de tu mujer y Carlitos... ¿Qué no harían los hombres para recuperar la juventud? Basta leer la historia de Fausto. Es cierto que todos desean ser eternamente jóvenes en un medio conocido. En cambio las Crigal, de acudir en tu búsqueda, te llevarían lejos, sin posibilidad de volver a la Tierra sino siglos o milenios después. Pero llegaría a un lugar donde podría realizarse de nuevo, aprovechando toda la experiencia adquirida en su anterior etapa, en medio de una raza compatible con la humana, y muchas veces a través de las edades, suficiente como para adquirir una ilimitada sabiduría, pero con el peligro de cometer errores, como le ocurriese a Fernández. Porque tal vez, a lo largo de una existencia tan prolongada, se atravesaba por distintos ciclos, donde lo negativo se alternaba con lo positivo.

Quizá algún día reencuentre a Ismael Fernández o Marcos en cualquier planeta de esta o de otra remota galaxia y puedas aclarar con él mismo tus dudas. Incluso le enrostrarías algunas cosas. Por ejemplo, si también fue producto de «su mente entenebrecida» —acudiendo a otra expresión de mi padre— la reunión en casa de Rafaela para oír la digresión de Elizondo sobre los preadamitas, y la muestra de los grabados de Lamoureux donde los McCormack. Algo me dice que eso es posible. Porque no te nace averiguarlo con la propia Magdalena, que aún presta su asesoría a la inmobiliaria El Retiro, ni con Clemencia. Además, mis relaciones con la primera nunca alcanzaron una cierta intimidad, no así con la segunda, que de no mediar la aparición de Stephanie quizá hubiese llegado más allá. Tal vez fue para mejor... No he vuelto a ver a Clemencia, pero sé que está próxima a casarse, según Sebastián Alcalde oyó decir. También Acorsi enmudeció después de su último llamado. En estricta justicia, haberlo conocido fue positivo para mí, pero con él no me funcionaba la «química», según la expresión de Ismael Fernández. ¿Cuántas veces hemos rechazado a personas valiosas debido a una primera mala impresión? Pero así nos hicieron. ¿Cómo habrán interpretado Clemencia y Magdalena mi relación con Ismael Fernández? ¡Tantas preguntas sin respuestas! El hombre, en general, es incapaz de responder todas las dudas que se plantea.

Y fue al llegar a esta conclusión que columbró, vagamente, los motivos de esta

oportunidad: había algo más allá de todo eso, únicamente accesible a través de numerosas vidas en otros tantos mundos. Algo que ni el propio Ismael tenía claro, sin duda, porque seguía sometido a las Crigal, en lugar de quedarse en algún planeta para terminar sus días en medio de una apacible ancianidad. ¿O tal vez esperaba volver a su mundo para adoptar esa decisión? ¿O esa especie de inmortalidad creaba algo como una adicción irrenunciable? ¿O los ininterrumpidos renacimientos en distintos astros generaban siempre nuevas expectativas para mantener latente la inquietud de continuar esa búsqueda?

Son preguntas que tal vez algún día él mismo lograra contestar.

Epílogo

Como a dos kilómetros de los piñones, el hombre ya maduro, pero de saludable aspecto, le pidió al conductor del jeep que se detuviera.

—Me quedo aquí —le dice, en un tono resuelto—. Vuélvase usted, nomás; voy a recorrer los alrededores y después regreso al pueblo.

El chofer, de rostro inexpresivo y flaco, se encogió de hombros.

—Usted manda, señor. ¡Que le vaya bien!

Carlos Sánchez, vestido con sencillez, lo vio dar vuelta el vehículo en la estrecha y agrietada huella, y alejarse luego con un bamboleo. El sol de marzo, desde un cielo despejado, derramaba un escaso calor sobre el paisaje cordillerano, cubiertas de bosques las laderas y de pasto y matorrales los bordes del rústico camino que permitía los arreos de ganado desde Argentina. Eran las doce del día. ¿Por qué había acudido hasta allí, cuando pudo aguardar ese encuentro tan decisivo en cualquier lugar solitario? Simplemente para despistar a quienes se les ocurriese seguir mis pasos, por una parte, y también porque había sido ese sitio donde Nelson Huilcamán enfrentase la estatua del ángel emergiendo del abismo. Y además en mis recientes sueños la efigie descrita por el arriero solía aparecerse tal como me la describiera.

Los tres últimos meses habían sido fatigosos y de mucha tensión. Le expliqué a mis hijos que había resuelto recluirme en mis últimos años lejos de Chile para dedicarme exclusivamente a la meditación. Lo interpretaron como que me iría a vivir a un convento o quizá a uno de esos monasterios perdidos en el Himalaya. No los saqué de su curiosidad, pero les advertí que no deberían buscarme por motivo alguno, porque les anunciarías oportunamente cualquier intención de volver. Lo más probable es que no regresarás, les dices con bastante seguridad. Ya había establecido con mi fortuna una fundación para investigaciones científicas y otorgamiento de becas, que estaba además encargada de proporcionarle a mis hijos y su descendencia los medios económicos para vivir a lo grande. Hice extensivo estos beneficios a mis hermanos, y por separado, favorecí a Rosaura de Flores, para alegrarle sus últimos años. Por cierto, también me preocupé de los cuidadores de Acorsi. ¡No podía ignorarlos!

Porque ya las Crigal se me habían convertido en una presencia constante. En la planicie blanca, que tanto te preocupara al comienzo, empezaba a reflejarse una gran sombra, cuya procedencia era evidente. Ya no escuchas la voz terrible, que una vez te alterase, sino únicamente tienes esa visión onírica, en cierta medida tranquilizadora. Aún despierto, esa comunicación cobraba cada vez más elocuencia.

Su decisión fue sin duda algo frustrante para sus hijos. Y entonces comprendió que de veras lo amaban. Pero solo de imaginar sus últimos momentos rodeado de todos sus

familiares llorosos, su determinación se revistió de contornos de acero. Además podía morir de un infarto en cualquier lugar, sin el auxilio de nadie. Tomó el avión de línea con destino a Londres, pero desembarcó en Buenos Aires, y transbordó bajo otro nombre a Bariloche. Pasó a Puerto Montt, donde arrendó un jeep con chofer, y se dirigió a Los Piñones, en cuyas vecindades Huilcamán y Catrileo tuvieron su apocalíptica aventura. Difícilmente alguien podía rastrearlo. Solo ahora la resolución que tanto me costara tomar empezó a pesar sobre mi espíritu. Te acomete una gran debilidad a medida que te internas por ese agreste paisaje soleado, tan hermoso en tu país. ¿Volverías a verlo algún día? Enfrentó una estribación boscosa, a cuyo costado izquierdo el camino se internaba en el macizo cordillerano, y al derecho descendía en una suave pendiente hasta el fondo de la llamada Quebrada del Ángel. Un secreto temor te asalta. Porque allí, a unos cientos de metros de profundidad, la efigie del arcángel caído permanecía oculta desde el comienzo de los tiempos. Pero ¿qué podía temer? Si la Crigal no acude regresaré a Los Piñones, y desde allí a la carretera, donde algún bus me llevaría a Santiago. Dirías simplemente que te habías arrepentido, y todos se alegrarían. La idea lo reanimó, y con pasos seguros bajó a la hondonada, por cuyo fondo susurraba un arroyuelo entre espesuras de boldos, litres y pangues.

Pronto saldrás de dudas sobre la historia del jardinero. Una oculta angustia pugna por asomarse, pero siempre consigues rechazarla. En las cercanías, el canto de chucao, como el relincho de un potrillo, arrancó ecos entre los cerros. Sigues caminando, y de pronto un suave e inusitado cosquilleo en la piel te obliga a detenerte. La frescura del aire se entibia y a tus pies la hierba empieza a crepitar suavemente.

Alzo la vista. La transparencia del cielo adquiriría un leve tinte celeste. Regocijado comprendes que todas tus interrogantes están a punto de resolverse. ¡Centenas de mundos a través de centenares de vidas vienen a tu encuentro! El tonificante calor invadió cada una de sus células. Perdió peso rápidamente y un veloz sopor le hizo cerrar los ojos, pero mantuvo el equilibrio. Su última sensación fue de que ascendía con gran celeridad, dando vueltas en forma vertiginosa.

En la ladera de la Quebrada del Ángel reinaba una completa soledad bajo el fresco calor del mediodía.



HUGO CORREA MÁRQUEZ (Curepto, región del Maule, 24 de mayo de 1926-Santiago, 23 de marzo de 2008) fue un periodista y escritor chileno de ciencia ficción. El reconocimiento de Ray Bradbury le permitió ver sus obras traducidas al inglés, francés, alemán, portugués y sueco; así como publicar en dos revistas clásicas: *Fantasy and Science Fiction* y *Nueva Dimensión*. En Chile fue columnista del diario *El Mercurio*, *La Tercera* y revista *Ercilla*. Además fue presidente de los comités culturales del Instituto Chileno Norteamericano. Sin embargo, en su país de origen su reconocimiento desde la cultura oficial nunca llegó. Sus obras se anticiparon en lo temático a clásicos reconocidos como *Mundo Anillo* de Larry Niven o *Solaris* de Stanislaw Lem. Entre sus obras más destacadas están *El que merodea la lluvia* (1962), *Los títeres* (1969), *Cuando Pilato se opuso* (1971), *Los ojos del diablo* (1972), *Donde acecha la serpiente* (1988) y *La corriente sumergida* (1993). Su obra más conocida es la novela *Los Altísimos* de 1959.